



ALJAZEERA
MEDIA INSTITUTE

Fuimos los únicos que cubrimos la guerra

PRESS

PRESS

Testimonios
periodísticos de la Franja
de Gaza y Cisjordania



**AL JAZEERA
MEDIA INSTITUTE**

**Fuimos los
únicos que
cubrimos
la guerra**

**Testimonios periodísticos
de la Franja de Gaza y Cisjordania**

Traducción:
Fekri Soussan

Originalmente publicado en árabe como:
(وحدنا غطينا الحرب: شهادات صحفية من قطاع غزة والضفة الغربية)

Editores de la versión en árabe:
**Mohamed Ahdad
Mohammad Zeidan**

Diseño:
Ahmad Fattah

ISBN: 5-455-431-614-978

Todos los derechos reservados
© **Al Jazeera Media Institute 2025**

ÍNDICE

Prólogo del Al Jazeera Media Institute	8
Prólogo a la versión española	12
Entre la vida y la muerte	16
Mirando el vacío	32
Un año fuera de la vida	56
Dije la verdad y mataron a mi padre	70
Imágenes de la muerte en Gaza	82
Ese olor... ese sonido	100
Sobre el significado del exterminio en Gaza	114
¡Dos días y regresamos!	132
Regreso de la muerte	144
El fotógrafo de prensa en Palestina: un ojo que no se apaga	166

La prensa en Gaza: El ser humano primero	186
El periodismo es lo que los enloquece	200
Cobertura de Palestina después del 7 de octubre	214
El peso del testimonio en tiempos de exterminio	244
La eficacia cultural frente al genocidio radical	258
La profanación de la humanidad en Palestina. Testimonio de un periodista	258

Prólogo del Al Jazeera Media Institute

Cuando le pedimos a nuestro colega Hisham Zaqout, corresponsal de Al Jazeera en Gaza, que añadiera algunos párrafos a su testimonio, respondió:

"¡Dios mío! Solo Dios nos da la paciencia y la fuerza para soportar esto; de no ser por Él, sería imposible. Este testimonio está escrito con lágrimas y con intentos de olvidar parte de lo sucedido. Ojalá no me hubieras pedido que escribiera más".

¿Es posible que escribir sobre una tragedia sea tan desgarrador?

Desde el primer momento en que decidimos documentar los testimonios de los periodistas palestinos que vivieron la guerra de exterminio, éramos plenamente conscientes de que estábamos desenterrando una escena del crimen en continuo desarrollo. Por eso, no buscábamos testimonios ordenados o regidos por algún método particular. Sabíamos que quienes enfrentan la muerte masiva, el hambre, el asedio total, rodeados de cadáveres y protegidos bajo una tienda rota, tras haber perdido a sus familias, no disponen del lujo de editar o elaborar sus palabras con cuidado literario.

El impulsor detrás de "registrar" estos testimonios fue el temor a que la violencia israelí cobrara más vidas de periodistas, o que la memoria de lo ocurrido se desvaneciera, enterrando las verdades que documentan esta guerra de exterminio.

Estos testimonios no son simples narraciones pasajeras, sino documentos históricos destinados a perdurar para las futuras generaciones. Liberan esta guerra del engañoso simplismo que pretende reducir su inicio al 7 de octubre, devolviendo su complejidad y contexto histórico al relato.

Por mucho que imagináramos la magnitud de la tragedia que viven nuestros compañeros en el campo, los testimonios recogidos en este libro sobrepasan los límites de lo humanamente soportable y casi trascienden el concepto de genocidio tal como lo han formulado los juristas para hacer que los responsables rindan cuentas ante la justicia que les aguarda. En cuanto al periodismo, nunca en la historia de esta profesión se ha registrado un caso de ataque sistemático y brutal contra un colectivo profesional como el que reflejan estos relatos.

Aquí está Amal Habib, buscando a su esposo en las morgues, resignada al destino de Dios, convencida de su martirio, solo para encontrarlo entrando a casa dos días después. Mohammed Al-Sawaf también regresa de la muerte por un milagro después de que la ocupación aniquilara a toda su familia. Lama Khater contempla el vacío aterrador de la prisión de Damon. Ahmed Al-Batta, cuya madre cayó mártir el día de su cumpleaños. Anas Al-Sharif, quien enterró a su padre y regresó a cubrir las noticias. Moath Amarneh, con una bala incrustada en una frágil esquina de su cabeza...

Cada vez que recibíamos un nuevo testimonio, nos decíamos: "Este es el más duro". Pero pronto esa afirmación se desmoronaba ante el horror de las escenas y los detalles estremecedores del siguiente relato... y del siguiente. Se

genera una sensación apremiante de que cada testimonio está escrito con la urgencia de quien siente que esas palabras podrían ser las últimas. Todos compartían un temor común: estar "programados" en la lista de objetivos de las fuerzas israelíes. No son solo sobrevivientes, sino posibles víctimas a quienes la muerte acecha a cada paso mientras esta guerra se prolonga.

No obstante, en estos testimonios impregnados de heridas, sangre y tragedias colectivas, no hallamos una pizca de deseo de rendición o abandono del campo de batalla. Al contrario, emergen historias como las de "la peluquera Najlae", que logra arrancar momentos de alegría de los "novios de la guerra", o el esfuerzo inquebrantable de las madres periodistas por educar a sus hijos, enfrentando la escasez y documentando las celebraciones y festividades, incluso en medio de la adversidad más extrema.

Este testimonio espontáneo, libre de las estrictas reglas de la transmisión en directo o la escritura periodística convencional, no encierra al periodista palestino en la dualidad de ser un "daño colateral" despojado de humanidad o un "héroe invencible" dispuesto a sacrificar su vida. En cambio, retrata a un periodista que busca la verdad, denuncia las continuas violaciones de la ocupación, solo y desarmado en el campo, transmitiendo la voz de las víctimas al mundo con la esperanza de que su mensaje mueva conciencias y provoque alguna acción.

Son 17 periodistas, hombres y mujeres, que representan a los periodistas palestinos que "cubrieron la guerra en solitario" después de que la ocupación cerrara Gaza al acceso de la

prensa internacional y las organizaciones internacionales los abandonarían. A través de sus relatos, comparten detalles que, estamos seguros, el lector descubrirá por primera vez.

Si la comunidad internacional fuera realmente justa, este libro sería una "prueba condenatoria" que llevaría sin demora a los responsables de crímenes contra los civiles ante la justicia. Pero cuando la balanza de la justicia se inclina hacia el poder, equiparando la verdad con la prepotencia de la fuerza, estos testimonios se erigen como guardianes de la memoria colectiva del periodismo palestino durante la guerra de exterminio. Son voces que resisten la opresión, el olvido y la muerte, porque, como dijo Elias Khoury, aquello que no escribimos, muere.

Prólogo a la versión española

La presente obra reúne quince testimonios desgarradores de periodistas palestinos que, como testigos de primera línea, han documentado y vivido en carne propia la brutal realidad del genocidio perpetrado en Gaza por el ejército israelí. Estos periodistas no solo han cumplido con la misión de informar sobre los crímenes de guerra y las violaciones sistemáticas de derechos humanos, sino que también han compartido sus vivencias más personales y su lucha diaria por sobrevivir en medio del caos, la violencia y la destrucción.

Para los lectores hispanohablantes, este libro ofrece una ventana invaluable a una realidad que, a menudo, queda empañada por la desinformación o las narrativas distorsionadas en los medios convencionales. Aquí, las voces de quienes documentan el horror nos muestran una verdad incontestable: la guerra en Gaza es una experiencia que supera los límites del conflicto armado y se adentra en el terreno del exterminio de un pueblo.

Algunos de estos periodistas, como Moath Amarneh, Hamam Hantash o Hamza Alaqrabawi, nos llevan a través de sus relatos a los momentos más oscuros de sus vidas, donde las cámaras se convierten en sus escudos y las palabras en su única arma para hacer frente a una maquinaria bélica implacable. Con sus testimonios, comprendemos que no son meros reporteros en busca de una historia; son seres humanos atrapados en el mismo sufrimiento que

documentan, personas que han visto a amigos, familiares y compañeros caer bajo los ataques indiscriminados, pero que siguen luchando para que el mundo conozca la verdad.

Las voces de mujeres periodistas como Lama Khater, Amal Habib, Alae Abu Aisha y Amani Shinou también destacan en esta narrativa, no solo por la valentía de su trabajo, sino por el dolor que enfrentan en su vida cotidiana, un dolor que es inseparable de su labor.

Lama Khater, encarcelada y torturada, relata cómo, tras su liberación en noviembre de 2023, su lucha no ha terminado y sigue documentando los abusos que padecen los palestinos. Amal Habib, por su parte, narra el doloroso equilibrio entre ser madre y periodista, enfrentando el bombardeo constante mientras intenta proteger a sus hijos. Alae Abu Aisha y Amani Shinou, desde sus respectivas trincheras, nos permiten ver el conflicto desde una perspectiva íntima, donde la esperanza parece condenada a morir, pero nunca lo hace del todo.

Los testimonios de estas mujeres revelan que el periodismo en Gaza no es solo un oficio, es un acto de resistencia y supervivencia. Aquí, las cámaras y los micrófonos no solo capturan la tragedia, sino que también son una herramienta para dar voz a los sin voz, una forma de defender la dignidad en medio del sufrimiento más extremo.

En definitiva, este libro es más que una recopilación de testimonios: es un clamor de justicia. Al leerlo, los hispanohablantes tendrán la oportunidad de conectarse con la resistencia de un pueblo que, a pesar de ser silenciado por la ocupación, sigue buscando ser escuchado en su grito

por la libertad. Las palabras de estos periodistas nos invitan a cuestionarnos nuestro papel como espectadores y nos impulsan a alzar la voz contra la opresión.

Ojalá este libro sirva como herramienta para que el lector hispanohablante entienda mejor la dimensión de la tragedia que vive el pueblo palestino y la importancia de no quedarse callado ante tanta injusticia.

An aerial, black and white photograph of a city in complete ruin. The buildings are skeletal, with missing roofs and walls. Debris is scattered everywhere. In the foreground and middle ground, numerous people are seen walking through the wreckage. Some are pushing carts or carrying items. A few motorcycles are parked or being moved. The overall atmosphere is one of desolation and the aftermath of a major disaster.

Entre la vida y la muerte

□ Hisham ZAQOUT



Hisham ZAQOUT

Periodista palestino y corresponsal del canal Al Jazeera en la Franja de Gaza. Nació en el campo de refugiados de Nuseirat, en una familia refugiada de la aldea ocupada de Asdod. Tiene un doctorado en psicología. En mayo, la Universidad de Birzeit otorgó a Hisham Zaqout el "Premio Shireen Abu Akleh a la Excelencia en Medios de Comunicación" en 2024, en reconocimiento a su papel en la cobertura de la guerra en la Franja asediada

Entre la vida y la muerte

Hisham ZAQOUT

Imágenes de escombros apilados como si fueran cielos aplastando a las víctimas en la tierra, los gritos desgarradores de quienes quedan atrapados bajo las ruinas, con extremidades arrancadas o asfixiados por el polvo y los fragmentos de piedra. El aliento entrecortado de los sobrevivientes que, en la oscuridad, buscan con sus manos a sus seres queridos, tocando sus pies y cuellos, intentando confirmar si aún están vivos o si ya ha llegado el momento del último adiós.

Corro yo, con mi cámara y mi destino, hacia el escenario de la muerte, siguiendo el evento antes de que un misil nos alcance, y luego comienza el trabajo de recuperar los cuerpos y recoger los pedazos de carne y sangre esparcidos por todas partes.

Me obligo a aparentar fortaleza, pero ¿cómo puedo ignorar las imágenes de mis hermanos, amigos y vecinos retorciéndose en el fuego, el bombardeo y la pérdida?

El sonido de los disparos no era normal, ni tampoco el intenso y cercano bombardeo que escuchábamos desde nuestro refugio en Rafah el 27 de mayo pasado. De repente, sin previo aviso, justo después de la puesta del sol, las fuerzas de ocupación, que ya estaban avanzando por los barrios orientales de Rafah, intensificaron su bombardeo en los

barrios occidentales, en el área donde estábamos cerca de la carretera principal que conduce al barrio de Tel Al-Sultan.

Al caer la noche, el bombardeo se volvió más intenso y nos vimos completamente rodeados. Desde las ventanas de nuestro apartamento en el cuarto piso, observábamos los tanques israelíes, que se encontraban a solo unos metros de nuestro refugio. En esos momentos, experimentamos un miedo abrumador y un terror paralizante que sobrecogió nuestros corazones hasta el límite de lo soportable. Nos apresuramos a recoger nuestras pertenencias y decidimos trasladarnos al piso inferior, convencidos de que intentar escapar era equivalente a una muerte segura.

A pesar de la situación tan aterradora, el periodista que llevamos dentro se despertó de inmediato. Comenzamos a documentar lo que estaba ocurriendo, conscientes de que esas podrían ser nuestras últimas imágenes en ese lugar, el único testimonio de que alguna vez hubo vida en medio de ese infierno.

En estas duras circunstancias, habíamos perdido gran parte de nuestras herramientas periodísticas. Ya no teníamos nuestro equipo ni las cámaras que tanto apreciábamos y que parecían parte de nuestra esencia. El único recurso que nos quedaba para registrar la situación era nuestro teléfono móvil, que se convirtió en nuestra principal herramienta de documentación, cuando antes era algo secundario y poco relevante comparado con nuestras sofisticadas cámaras.

Esta guerra es diferente en todos los aspectos. No hay lugar seguro, no hay estabilidad. Dejamos muchos de nuestros

equipos en Gaza, esperando poder regresar pronto. Sin embargo, con el paso del tiempo y la cobertura continua, junto con los ataques directos contra periodistas y sus cámaras, comenzamos a perder lo más valioso de nuestra cobertura. No solo perdimos nuestras cámaras, sino también a esos intrépidos periodistas y camarógrafos que, con valentía, arriesgaban sus vidas al lado de los reporteros, moviéndose de una ciudad a otra para contar lo que estaba pasando. Lamentablemente, fueron víctimas de ataques directos, como el caso de Samer Abu Daqa¹, camarógrafo de Al Jazeera, quien murió al ser atacado, sin siquiera recibir la ayuda de los servicios de emergencia.

Con el continuo ataque contra periodistas de Al Jazeera y de Gaza en general, y la pérdida de sus equipos debido a los bombardeos y las difíciles condiciones de trabajo, sumado a la prohibición por parte de las fuerzas de ocupación de introducir nuevos equipos en la Franja de Gaza, el teléfono móvil se convirtió en el salvavidas y la única opción viable para cubrir el rápido desarrollo de los acontecimientos en esta guerra de exterminio.

Al principio, no fue fácil para los periodistas, acostumbrados a la "elegancia" y al profesionalismo en su trabajo y en el uso de sus cámaras, adaptarse a un cambio tan radical. Sin embargo, al igual que nos acostumbramos a la pérdida, el hambre y la privación de nuestras vidas, también nos adaptamos al uso del teléfono móvil como herramienta esencial.

¹ Samer Abu Daqqa, periodista palestino de 45 años, camarógrafo y editor de Al Jazeera Arabic, murió el 15 de diciembre de 2023 durante un ataque con drones israelí en Jan Yunis. Abu Daqqa resultó herido junto a Wael Dahdouh, jefe de la oficina de Al Jazeera en Gaza, mientras cubrían un ataque israelí contra la escuela Farhana en Gaza. Abu Daqqa permaneció atrapado dentro de la escuela durante seis horas, ya que las fuerzas israelíes impidieron que los equipos de rescate lo alcanzaran debido a los bombardeos incesantes.

El móvil fue el mejor aliado del periodista, permitiéndole seguir informando, publicando y manteniendo contacto constante con el mundo y las salas de redacción, en ausencia de ordenadores o escritorios. Además, fue el fiel compañero del camarógrafo que se desplazaba de un lugar a otro, ya que las cámaras tradicionales se convirtieron en un peligro mortal, en manos de un enemigo que teme ser desenmascarado por la imagen.

Las cámaras profesionales desaparecieron del escenario, reemplazadas por este pequeño dispositivo, que se convirtió en la herramienta con la que capturamos y documentamos los eventos, con una calidad que rivaliza con las cámaras convencionales. A través de aplicaciones de mensajería instantánea, seguíamos las noticias en tiempo real. En un contexto en el que la ocupación intenta silenciar cualquier voz o imagen, destruyendo vehículos de transmisión en vivo, este dispositivo se mantuvo firme, cumpliendo su misión sin dudar, transmitiendo la verdad desde el epicentro del conflicto al resto del mundo.

No era solo una herramienta, sino nuestra ventana a la vida y nuestro testigo indestructible, que seguía presente incluso cuando las bombas caían. Era el canal por el que la verdad se hacía oír, resistiendo todos los intentos de ocultación.

El ejército de ocupación parecía haber descubierto nuestras estrategias para seguir trabajando como periodistas, por lo que el siguiente paso fue cortar el acceso a Internet, haciendo aún más difícil nuestra tarea de mostrar al mundo lo que ocurría en Gaza. Sin embargo, el teléfono móvil también jugó un papel crucial en superar este obstáculo. A

través del uso de tarjetas SIM, conseguimos conectarnos a Internet, eludiendo el intento del enemigo de aislar la Franja de Gaza del resto del mundo y de eliminar las imágenes del horror y la devastación de las pantallas internacionales.

Este ingenio fue nuestra salvación en el momento más crítico, cuando el enemigo intentaba, no solo físicamente destruirnos, sino también silenciar nuestras voces y evitar que el mundo fuera testigo de la magnitud de la violencia y las atrocidades que sufríamos.

Cerca de la muerte

Cubrir la guerra en Gaza sigue siendo una de las tareas más peligrosas y cercanas a la muerte. Los periodistas no solo están en constante riesgo de ser acusados y atacados directamente, sino que también deben encontrar soluciones para todo lo que les falta: desde equipos indispensables para la cobertura, hasta las medidas necesarias para protegerse de los ataques injustificados del ocupante. Aunque este casi nunca necesita pretextos para convertir a los periodistas en objetivos, se las ingenia para fabricarlos y legitimar sus acciones.

Durante este año de guerra, las tiendas de campaña han reemplazado a los edificios en toda Gaza. No hay viviendas, instituciones ni oficinas para las organizaciones de medios. Llevábamos nuestras tiendas allá donde nos desplazáramos, huyendo del bombardeo y de las zonas de evacuación. Las transportábamos en carros tirados por animales, camiones e incluso a pie, buscando refugio en las zonas desiertas cerca del mar, lejos de cualquier signo de vida: sin electricidad, sin

agua, sin combustible. El combustible escaso que llega se destina principalmente a las organizaciones internacionales, y su uso está estrictamente limitado. Nos vimos obligados a regresar a un modo de vida primitivo.

Durante este año de conflicto, los hospitales se convirtieron en nuestra base o, en muchos casos, en las aceras que los rodeaban. Delante de sus puertas, instalábamos nuestras tiendas, tratando de acceder a algunos servicios, ya que eran los únicos lugares en toda Gaza con electricidad, proporcionada por generadores que funcionan con el combustible suministrado por las organizaciones internacionales. Solo allí podíamos acceder al agua, al internet, y garantizar, al menos, la posibilidad de seguir cubriendo los eventos y difundiendo lo que ocurre en Gaza.

Después de haber terminado de preparar nuestros espacios de trabajo para volver rápidamente a la pantalla, comenzaron diferentes batallas para conseguir alternativas a todo aquello que el ocupante impedía que llegara a los residentes de la Franja de Gaza, incluso las cosas más básicas. Esta guerra no fue solo una lluvia de fuego desde tierra, mar y aire, sino una guerra contra todo lo que mantiene al pueblo palestino en pie, lo que le ayuda a resistir y seguir viviendo. En varias ocasiones, el ocupante prohibió la entrada de harina, para luego permitir su ingreso tras presiones internacionales que se desvanecían rápidamente. Esta fue una guerra de hambre, implementada desde el inicio de la operación genocida².

² Numerosos informes de organizaciones internacionales han confirmado que el gobierno israelí utiliza el hambre de la población civil como método de guerra en la Franja de Gaza, una táctica que constituye un crimen de guerra según el derecho internacional.

Es difícil encontrar las palabras adecuadas para describir esta forma de muerte, pero lo que queda claro es que el ocupante perfeccionó su brutalidad y su cerco, cerrando todas las puertas a la vida. Por ejemplo, el acceso a medicamentos — un derecho fundamental para cualquier ser viviente— ya no está disponible para una población que sufre no solo por las heridas de la guerra, sino por enfermedades agravadas por la falta de cuidados. Incluso los analgésicos más simples ya no se encuentran.

Esta vez, fracasamos en encontrar alternativas para los medicamentos, a pesar de que algunas farmacias abrieron sus puertas en tiendas improvisadas hechas de lonas rasgadas. También reabrió el único hospital en el centro de Khan Younis, rodeado de destrucción y recordándonos a cada momento que la guerra aún no ha terminado. Nadie puede culpar a quienes tratan de proveer medicinas o prestar servicios médicos, ya que ellos hacen todo lo posible por salvar a los heridos de los "horrores" de este apocalipsis cotidiano.

Nos privaron de todo, incluso de los productos básicos de limpieza: no había champú, jabón, pasta de dientes, ni siquiera detergente para lavar la ropa. A medida que las enfermedades comenzaron a propagarse, nuestras dificultades en el campo de cobertura aumentaron. Además del bombardeo constante y la falta de zonas seguras, las enfermedades nos acechaban, ya que nos movíamos de una tienda de campaña a otra, documentando el sufrimiento de los desplazados que vivían bajo la amenaza de que sus refugios temporales fueran atacados.

No me avergüenza confesarles lo precario de nuestra situación: no teníamos ropa suficiente, y mi vestimenta y calzado, con los que había huido en un primer momento, se desgastaron por completo. Nunca imaginamos que pasaríamos tanto tiempo sin regresar a nuestros hogares, o al menos, no esperábamos que el mundo entero presenciara esta operación genocida contra los palestinos sin que nadie interviniera para detenerla. Esta tragedia no tiene precedentes en la historia moderna, y el silencio cómplice del mundo refleja la muerte de la conciencia humana.

Invierno y verano

Pasó el verano y llegó el invierno, y apenas logramos conseguir algunas prendas de abrigo para nosotros y nuestras familias gracias a la generosidad de amigos y familiares. Ahora, tras un año de guerra, ningún artículo de ropa o calzado ha entrado en la Franja de Gaza devastada, dejando nuestros cuerpos desgastados por el interminable sufrimiento sin siquiera una prenda para protegernos del frío.

Parece que el simple hecho de que sigamos vivos molesta al ocupante y sus líderes. Han decidido que aquellos que no mueran por los bombardeos serán eliminados por enfermedades, hambre o desesperación.

Todos estos detalles, y muchos otros más, deben ser documentados, con la esperanza de que algún día sirvan como testimonio de las atrocidades cometidas contra un pueblo que ha soportado el horror de las guerras durante décadas. Esta nueva guerra no busca solo aniquilar cuerpos,

sino también destruir toda esperanza de libertad y liberación del yugo de la ocupación.

Durante la batalla por encontrar alternativas en medio del caos, luchaba internamente con una batalla invisible que evitaba desvelar. Esperaba el fin de esta guerra demencial con la esperanza de que mi mente encontrara una forma de escapar del constante pensamiento, para calmar así mi corazón ante la nostalgia. Era una batalla sin alternativas, porque todos mis compañeros en esta guerra —amigos, colegas, vecinos, con quienes compartí días amargos— se habían ido.

El 6 de enero de este año (2024), tras casi 100 días de cobertura en Deir al-Balah, en el centro de la Franja de Gaza, decidimos, mi equipo y yo, trasladarnos a Rafah, en el extremo sur. Allí, un gran número de colegas había levantado una tienda que servía como base de operaciones, entre ellos, Hamza Wael al-Dahdouh³, hijo mayor de nuestro querido compañero Wael, quien se había convertido en un periodista prometedor para Al Jazeera, tras haberlo conocido desde su niñez. Esa primera noche en Rafah, Hamza no se separó de mí ni un solo momento. En la tarde, lo acompañé a la tienda de campaña de los periodistas, refugio de varios reporteros de la ciudad.

Aquella noche, compartimos historias con su amigo Mustafa Abu Thuraya, hablamos sobre las circunstancias de la guerra y nuestras reflexiones sobre lo que deparaba el futuro. Prometimos volver a encontrarnos en los próximos días.

³Hamza Al Dahdouh, periodista palestino y camarógrafo de 27 años que trabajaba para Al Jazeera, murió junto con Mustafa Thuraya, periodista y videógrafo independiente, en un ataque de drones israelí el 7 de enero de 2024.

A la mañana siguiente, Hamza insistió en que desayunáramos juntos. Después, me pidió que le tomara una foto para su primera transmisión en vivo desde Rafah, que luego publicó en su cuenta de Instagram. Su popularidad había crecido durante la guerra, con más de un millón de seguidores. Junto a Mustafa, partió hacia el norte de Rafah para cubrir un evento.

No me di cuenta en ese momento de que Hamza se estaba despidiendo de mí, capturando sus últimos momentos conmigo. Más tarde, un colega periodista me llamó para decirme que Hamza había resultado herido en un bombardeo israelí contra un vehículo. Corrí al hospital, solo para encontrarlo tendido como mártir.

¿Cómo podría darle la noticia a su padre, Wael, que apenas unas semanas antes había perdido a su esposa, hijos y nieto? No tuve el valor. Wael llegó al hospital, y como siempre, con una serenidad inquebrantable, aceptó la voluntad de Dios, ofreciendo una lección de paciencia en medio del dolor.

Pero el dolor de la pérdida no tocó solo a "Abu Hamza". La lista de los caídos es larga, y todos ocupan un lugar en mi corazón. Cada vez que llegaba una ambulancia con heridos o fallecidos, temía reconocer algún rostro, un amigo, un familiar.

Así fue cuando la casa de mi tía en Rafah fue bombardeada. Las víctimas llegaron al hospital de Kuwait, donde habíamos montado nuestra tienda. Los mártires eran niños, mujeres, y muchas partes desmembradas. Reconocía a algunos: este mártir, este niño, aquella persona. Entre ellos, estaba

mi primo Abdul Fattah y toda su familia, borrados por la ocupación, asesinados en lo que se suponía era una zona "segura".

Semanas después, el ejército ocupante bombardeó la casa de mi abuelo en el barrio de Al-Daraj en la ciudad de Gaza, arrasándola por completo, matando a todos los que estaban dentro: la esposa de mi tío, sus hijos, sus hijas, sus familias, sus niños. Algunos cuerpos fueron recuperados, otros siguen desaparecidos. Esta vez, no pude estar en el funeral, ni darles un último adiós. La barrera entre nosotros era demasiado grande y peligrosa, ya que la ocupación había dividido la pequeña Franja de Gaza en dos, impidiendo el acceso a la ciudad de Gaza desde el centro y el sur del enclave.

Incluso mientras escribo estas palabras, intento escapar del peso de la historia, pero me encuentro volviendo una y otra vez al recuerdo del mártir y camarógrafo Samer Abu Daqa. Las lágrimas brotan de mis ojos cada vez que menciono su nombre, así que imagínense el dolor que siento al intentar escribir algunas líneas sobre él. Un día, le dije, como si anticipara su destino sin saberlo, que últimamente parecía ser capaz de reconocer a los mártires antes de su caída, por la forma en que vivían, por los rasgos de sus rostros y por esa extraña sensación que me invadía cuando hablaba con ellos. No sabía que, en ese momento, estaba hablando con uno de ellos.

Dios mío, ¿qué clase de impotencia es esta que nos ha golpeado? No pudimos socorrer a Samer mientras sangraba ante nuestros ojos durante más de seis horas. No fuimos

capaces de traer una ambulancia, pues los bombardeos israelíes rodeaban todo a nuestro alrededor. ¿Puede haber una impotencia mayor que esta? Que Samer muriera como mártir mientras nosotros permanecíamos de brazos cruzados, sin poder hacer nada.

¿Qué palabras pueden capturar la profundidad de esta pérdida? ¿Cómo se puede describir el dolor que sentimos por Samer, por Basem, Othman, Ahmed, Abdel Salam, Jamil, Fathi, Sama Hamza, y tantos otros que hemos perdido, y otros que perderemos cuando esta guerra finalmente termine?

Estas son las reflexiones cotidianas de un periodista y ser humano de Gaza, quien día tras día sigue imágenes y videos en cada escenario de miedo, acompañados de gritos y bombardeos, y que se enfrenta a la pantalla para relatar y acercar a los espectadores lo que sucede. Describo esos sonidos y escenas, pero muchas veces, el periodista que llevo dentro no puede traducir ni reproducir ese dolor.

¿Puede acaso el corazón del mundo escuchar la historia de un periodista que se duerme y despierta con el estruendo de los bombardeos, como si fuera el último aliento de la muerte? ¿Puede alguien comprender ese instante en que la tierra parece abrirse por la magnitud de su fuerza y su horror? Y la tarea no se detiene ahí; debo correr entre el polvo, bajo las llamas y el olor a sangre y humo, para capturar la escena completa, o al menos una parte de una imagen que ninguna cámara, informativo o novela, por extensa que sea, puede captar por completo.

Por otro lado, está el panorama de un éxodo, una imagen ya conocida desde hace un año, mientras la angustia se acumula sobre mi pecho, como el polvo que se incrusta en los pulmones hasta bloquear la respiración. Camino entre los callejones de los desplazados, arrastrando montañas de dolor. Me apoyo en mi corazón, que anhela a alguien que lo sostenga y lo consuele, mientras intento dar ánimo a los niños sucios de miseria y privaciones, y a los ancianos que llevan en sus rostros las huellas del tiempo. Las mujeres y jóvenes, privadas del sentido y valor de la vida, ahora enfrentan una etapa de lucha y agotamiento.

Ese estrecho fragmento de tierra, atrapado entre el mar y el fuego, es el único refugio para mi familia, para los habitantes de Gaza. Y es el terreno desde el cual narro los detalles del hambre, la congestión y la desesperación. Al transmitir el sufrimiento de mi gente en sus tiendas de campaña y sus fuegos, siento como si el micrófono estuviera silenciado, como si no tuviera voz, o como si fuera un niño gritando en un sueño sin que nadie lo escuche.

¿Cómo puede una cámara y un micrófono capturar la idea completa del sufrimiento en todas sus dimensiones: espiritual, física y económica? ¿Cómo el pasado se convierte en una carga, el presente en un terror y el futuro en una incógnita?

¿Cómo puedo decir que dos tercios de la población asediada están ahora confinados de nuevo en una cuarta parte del territorio, sin posibilidad de regresar a su hogar o incluso a los escombros de lo que fue su hogar? ¿Cómo explico que una tienda de campaña no sirve ni para dormir, ni para asentarse, ni para esperar, ni siquiera para morir?

Esta imagen la transmito y se difunde en los medios árabes y occidentales. Este informe cuenta la historia, y este titular aparece en una franja de noticias tardías. En internet, todos comentan nuestra tragedia y resistencia al mismo tiempo, pero...

Mi corazón está atrapado entre la esperanza y la desesperación, sin saber en qué dirección dirigirse. Sin embargo, contiene ambos sentimientos a la vez, quizá porque mi identidad, que alguna vez se llamó Palestina y aún se llama Palestina, siempre ha sabido reunir contradicciones en una misma voz y corazón. Gaza nos ha enseñado a vivir con la muerte acechándonos, a resistir aunque los recuerdos nos ahoguen, y a perseguir la verdad porque somos hijos de ella. Aunque el mundo injusto intente arrebatárnosla y atribuírsela injustamente, no tenemos más opción que abrazar la cámara, levantar la voz, y hacer que se escuche más fuerte. Para que, desde esta franja de luz y oscuridad, de muerte y vida, de amor y guerra, resuene la verdad: ¡Gaza!



Mirando el vacío

Lama KHATER

□ Lama KHATER



A black and white photograph capturing a powerful volcanic eruption. A thick, dark plume of ash and smoke billows upwards from the left side of the frame, dominating the upper half of the image. Below the eruption, a densely packed urban area is visible, with numerous buildings of varying heights and structures. The scene is dramatic and conveys a sense of natural power and potential impact on human settlements.

Lama KHATER

Escritora, periodista y activista mediática de Cisjordania. Madre de cinco hijos, fue arrestada por la ocupación israelí en su hogar el 26 de octubre debido a su actividad periodística. Fue liberada el 30 de noviembre de 2023 y contribuyó al lanzamiento de una campaña mediática para concienciar sobre las terribles condiciones que enfrentan las prisioneras y prisioneros palestinos en las cárceles de la ocupación israelí.

Mirando el vacío

Lama KHATER

Parece como si hubieran sido dos prisiones diferentes, o bajo dos entidades distintas: aquella en la que recibí una carta de mi hija a principios de 2019, una carta que me hizo llorar y rompió mi corazón. En ella me decía: "Hola, mamá, desde la otra acera del invierno, esa acera fría en la que me paré sola, esperando el refugio de tu corazón para protegerme del frío de tu ausencia". Y luego está la prisión en la que me encarcelaron a finales de 2023, en medio de la guerra de exterminio en Gaza y las violaciones vengativas que se extendieron por todas las tierras palestinas.

Las prisiones han sido un lugar de gran sufrimiento y tortura en los largos meses recientes. Desde el 7 de octubre, todo cambió radicalmente. El régimen de ocupación se despojó de toda máscara de moralidad y de sus falsas pretensiones de respeto por los derechos humanos. Esta guerra parece habernos recordado el verdadero origen de este régimen y su esencia, dirigiendo nuestra atención al océano de sangre sobre el cual se fundó su existencia en Palestina

La prisión en ambas ocasiones era la misma: Damon⁴, situada

⁴ La prisión de Damon está situada en Haifa, en el monte Carmelo, sobre tierras pertenecientes al pueblo de Damon, que fue desalojado de su población durante la limpieza étnica de 1948. Desde noviembre de 2018, esta prisión se ha convertido en el centro principal para todas las prisioneras palestinas. Numerosos informes confirman que las prisioneras de la prisión de Damon viven en condiciones difíciles y severas, las cuales se han agravado considerablemente desde el 7 de octubre de 2023.

en la cima del Monte Carmelo en Haifa, donde se encuentran detenidas todas las prisioneras palestinas catalogadas como "presas de seguridad", es decir, encarceladas por su actividad nacional. En esta prisión pasé la mayor parte de mi primer encarcelamiento entre 2018 y 2019, y todo mi segundo encarcelamiento, que comenzó el 26 de octubre de 2023, alrededor de veinte días después del inicio de la Operación "Inundación de Al-Aqsa".

Sin embargo, la prisión de Damoon, al igual que todas las cárceles, ya no es lo que era antes de la "Inundación". Si bien antes las cartas que recibíamos de nuestras familias a través del correo nos aliviaban un poco la distancia, hoy en día están completamente prohibidas, junto con cualquier forma de comunicación con los seres queridos, ya sea mediante visitas o llamadas. La ocupación ha hecho de la prisión un confinamiento total para los palestinos, desconectándolos por completo del mundo exterior, de los acontecimientos y noticias que suceden. Incluso han prohibido el acceso a papel y lápiz, impidiendo cualquier vínculo con los recuerdos y los deseos que estos objetos evocan. Tal vez, más adelante, regrese a profundizar en algunos detalles y mis experiencias relacionadas con este tema.

Pero ahora mi mente viaja a los momentos de mi llegada al centro de interrogación de Ashkelon en julio/agosto de 2018, cuando el interrogador me dijo: "No te arrestamos por tus escritos. Incluso si llevaras a cabo una operación suicida en papel, no sería suficiente para arrestarte". Soy periodista palestina, y aunque mis escritos y mi actividad en este campo estuvieron presentes en la mayoría de las rondas de interrogatorios posteriores, recuerdo a los seis

oficiales del Shin Bet que fuimos obligadas a ver el día de nuestra liberación como parte del intercambio de noviembre de 2023, realizado entre las Brigadas Al-Qassam y la entidad ocupante. Fui liberada en el sexto grupo. Las amenazas de esos oficiales se lanzaban en todas direcciones, pero el mensaje era siempre el mismo: "Está prohibido que escribas una sola palabra en ningún lugar después de tu liberación, o te arrestaremos de nuevo y duplicaremos tu condena. No creas que tienes suerte por haber sido liberada en el intercambio".

Quizás habría permanecido tras las rejas hasta el momento en que escribo estas líneas si no hubiera sido liberada en el marco del acuerdo de "libertad". El oficial del Shin Bet que irrumpió en mi casa junto con decenas de soldados la noche de mi arresto me prometió una larga detención. Incluso gritó a mi esposo, amenazándolo: "No esperes a tu esposa porque esta vez no saldrá. Cásate con otra y olvídate de ella". Poco después de mi arresto, y tras dos semanas, regresaron y arrestaron también a mi esposo, quien no fue liberado hasta ocho meses después.

La noche del arresto

En la noche del arresto, me di cuenta de que estábamos entrando en una nueva fase, marcada por la libertad con la que la ocupación ejercía sus agresiones y violaciones, tanto dentro como fuera de las prisiones. "Israel", después del 7 de octubre, había perdido completamente la cordura o, más bien, había mostrado su verdadero rostro.

Esa noche, mi hija me despertó alrededor de las 2:30 a.m.

después de escuchar los pasos de los soldados alrededor de nuestra casa en la ciudad de Hebrón, en Cisjordania. Apenas tuve tiempo de levantarme y ponerme rápidamente el hiyab, cuando ya encontré a los soldados dentro de mi dormitorio. Me pusieron junto a mi esposo e hijos en la sala, y comenzaron a registrar la casa de manera salvaje, destruyéndola y saqueando todo lo que encontraban: revistas, libros y dispositivos electrónicos, que colocaban ante nosotros en el suelo. Todos los soldados estaban enmascarados, excepto el oficial de la zona, quien gritaba y amenazaba continuamente, lanzando insultos vulgares contra nosotros y contra la resistencia y sus símbolos.

Entre lo que me dijo estaba: "Estabas feliz el 7 de octubre, y te haremos pagar por ello". Le respondí: "¿Me vas a castigar por mis emociones?". Él replicó: "Te castigaremos por todo. Ahora todo ha cambiado. Antes, la prisión era un paseo; antes eras una prisionera, pero ahora eres una prisionera de guerra y no tienes ningún derecho". Luego se dirigió a mi esposo y le dijo: "Y tú, te haremos pagar porque le permites hacer lo que quiera sin detenerla. Si fuera mi esposa, la golpearía y le arrancarí la cabeza". A lo que mi esposo respondió: "Si ustedes golpean a sus esposas, nosotros no lo hacemos. Mi esposa es libre en su pensamiento y en sus acciones".

Estaba pensando irónicamente en la hipocresía de aquel oficial de la ocupación, que representa a un Estado que presume de defender los derechos de las mujeres y de promover la igualdad entre hombres y mujeres en todos los ámbitos, así como de respetar los valores liberales. Sin embargo, no dudó en utilizar un discurso machista

y miserable para intentar someter a una mujer enemiga, incitando a su entorno social contra ella. El carcelero busca que los hombres del entorno de la mujer se conviertan en una especie de carceleros adicionales, repitiendo un patrón común con todas las prisioneras palestinas: ejercer presión sobre los hombres para que, a su vez, presionen a la mujer, la disuadan de luchar o escribir, y así eliminar su papel dentro de la sociedad y en la causa de la liberación.

Después de unas dos horas de destrucción, amenazas y gritos, uno de los soldados me registró y me sacaron de la casa sin permitirme despedirme de mi familia, ni siquiera ir al baño, beber agua o llevarme algo de ropa. Caminé unos doscientos metros con el arma apuntando hacia mí, hasta que llegamos al vehículo que me llevaría a la prisión. Antes de entrar, me vendaron los ojos y me ataron las manos, luego me tiraron al suelo del vehículo. Permanecí así hasta que llegamos al primer centro de detención en un campamento cerca de la colonia de Kiryat Arba en Hebrón. Durante todo el camino, me esforzaba por recomponerme y controlar mis emociones, apoyándome en las súplicas y los versículos del Corán, preparándome para enfrentar lo que vendría, que imaginaba sería duro y diferente a todo lo que había vivido antes.

Me bajaron en ese campamento, aún con los ojos vendados y las manos atadas, y me llevaron una distancia que me pareció interminable antes de entrar en un lugar cuya forma no pude distinguir. Poco después escuché una voz que supuse era de un oficial del Shin Bet (Shabak), que comenzó a hablarme. Empezó gritando sobre el 7 de octubre, intentando cuestionar mis convicciones sobre lo sucedido, y

de repente dijo: "En esta habitación hay 20 soldados, los dejaré violarte, como lo hicieron los tuyos con las mujeres judías en los asentamientos del sur". Ese tipo de amenaza me impactó profundamente, y supe que toda la brutalidad y odio que había presenciado podría llevarlos a cumplir con sus amenazas. No obstante, reuní mi valor y le respondí: "Eso es una mentira, no ha habido ninguna violación en los asentamientos del sur, todo es una invención para justificar la barbarie de tus soldados y sembrar en ellos un deseo de venganza". Esto lo enfureció aún más, comenzó a gritar: "Si lo niegas, traeré a tu hija, la que vimos en tu casa, para violarla frente a ti, o mejor aún, voy ahora mismo y quemo tu casa con todos tus hijos dentro".

En ese momento, me negué a seguir hablando, lo que provocó que me amenazara con dejarme tirada en el suelo, atada y con los ojos vendados, hasta que decidiera hablar. Comprendí entonces que lo mejor era evitar cualquier discusión política con ellos, especialmente en esta fase donde claramente habían perdido el control y solo aceptaban que los palestinos vieran la realidad desde su propia óptica. Sin embargo, no podía quedarme callada frente a las mentiras sobre las supuestas violaciones a mujeres israelíes o la quema de niños el 7 de octubre, una propaganda que enfrenté en todas las etapas de mi encarcelamiento, cuando constantemente se nos arrojaba en la cara.

Después de una hora o más de esa sesión de amenazas y gritos, comprendí que su único propósito era infundir terror y quebrar el espíritu, destruir la voluntad y socavar la dignidad a través de sus insultos vulgares. Antes de sacarme del lugar, el oficial me dijo: "Solo hay una cosa que nos impide hacer

lo que escuchaste, y es que no tenemos la autorización del gobierno. Pero ten por seguro que llegará el día en que este gobierno se vaya y otro nos permitirá hacer con ustedes lo que queramos". Y añadió con sarcasmo: "Ahora te espera otra ronda en el campamento de Ofer, y me aseguraré de hacer una 'buena recomendación' sobre ti".

Después de varias horas, alrededor de las ocho de la mañana, fui trasladada al campamento y prisión de Ofer⁵, cerca de la ciudad de Ramala. Este es un complejo enorme que incluye una gran prisión donde miles de palestinos están detenidos, un centro de interrogatorios y un complejo de tribunales militares. Al llegar a la prisión de Ofer, me metieron en una celda fría y vacía, todavía con los ojos vendados y las manos atadas, aunque pude vislumbrar algunos detalles de la celda a través de la venda.

Aproximadamente media hora después, se abrió la puerta de la celda y metieron a dos prisioneras más. Al principio no las reconocí, y me di cuenta de que sus ropas estaban sucias de polvo. Después supe que eran Rukia Amro y Maryam Salhab, también de Hebrón, y que habían sido arrestadas la misma noche que yo. Ambas estaban agotadas, con las esposas oprimiendo dolorosamente sus muñecas. Maryam me contó que la dejaron en el suelo en el campamento de Kiryat Arba, con la cara contra el polvo durante varias horas,

⁵ La prisión de Ofer, también conocida como el campamento de Ofer, es una prisión militar israelí situada en las tierras confiscadas de Beitunia, al oeste de Ramala, en la Cisjordania ocupada. Este recinto incluye un tribunal militar, un centro de detención y varias secciones destinadas a albergar a miles de prisioneros. Numerosos informes de derechos humanos han documentado el trato brutal y punitivo infligido a los prisioneros palestinos en Ofer, como la provisión de agua solo durante 45 minutos al día y la negativa a suministrar alimentos adecuados y de calidad, con el objetivo de propagar enfermedades entre los detenidos, incluida la sarna.

y que los soldados le pisoteaban la espalda cada vez que intentaba levantar la cabeza para respirar.

A pesar de la angustia física y emocional causada por el cansancio, las esposas y el trato brutal que habíamos enfrentado en las horas anteriores, el hecho de estar juntas en la misma celda nos proporcionó un poco de alivio. Intentamos engañar a las vendas y las esposas para poder vernos, y comenzamos a llamar a los carceleros para que nos permitieran ir al baño. Después de una hora, finalmente accedieron, pero solo nos quitaron las vendas de los ojos, dejando las manos esposadas por delante. Cada una de nosotras tuvo que usar el baño con las manos aún atadas.

Más tarde, comenzaron a llevarnos a las sesiones de interrogatorio. Fui la primera en ser interrogada. Mientras me llevaban, pude ver cómo todas las salas de interrogatorio estaban llenas de prisioneros, a quienes insultaban y maltrataban. Escuché a uno de los interrogadores ordenarle a un joven que blasfemara contra Dios y lanzara insultos hacia Hamás y a Yahya Sinwar con palabras vulgares.

Cuando entré en la sala del interrogador que me asignaron, vi un expediente grande sobre su escritorio. Comenzó a enumerar una serie de acusaciones en mi contra, tales como incitar contra Israel en medios de comunicación y redes sociales, glorificar a los "terroristas" (refiriéndose a los combatientes de la resistencia) y participar en manifestaciones en apoyo a Gaza.

Además, tenía en sus manos una gran cantidad de papeles que, según él, eran escritos míos posteriores al 7 de octubre

y que habían sido tomados de las redes sociales. Negué todas las acusaciones, incluidas esas publicaciones, y fue entonces cuando comenzó a revisar mi teléfono móvil, que había sido confiscado durante el allanamiento de mi casa. Sin embargo, no encontró ninguna aplicación de redes sociales instalada, lo que lo llevó a acusarme de haberlas eliminado previamente, advirtiéndome que eso no me serviría de nada para evitar la cárcel.

Después de que finalizó el interrogatorio, que esta vez fue notablemente más breve en comparación con el de mi primer arresto, el cual duró 35 días en el Centro de Interrogación de Ashkelon, fui trasladada de inmediato a la prisión de Sharon⁶. Mientras recorría el pasillo antes de salir, vislumbré a Um Asif Barghouti⁷. Su arresto me sorprendió profundamente, y en ese instante comprendí que esa noche había una campaña de detenciones dirigidas especialmente hacia las mujeres en Cisjordania.

La prisión de Sharon, ubicada cerca de Netanya, en el centro de Palestina, es una cárcel destinada principalmente a prisioneros israelíes comunes. Sin embargo, también cuenta con algunas celdas en condiciones muy precarias que se

⁶ La prisión de Sharon, o Hasharon, está ubicada en el centro de Palestina, cerca de la ciudad de Netanya. Está destinada a criminales israelíes, pero también cuenta con varias celdas conocidas como al-Ma'bar o de detención temporal, reservadas para las prisioneras palestinas clasificadas como "de seguridad". Estas mujeres son detenidas en condiciones difíciles y precarias durante varios días, desde su arresto hasta su traslado a la prisión central de mujeres (Damon) en Haifa.

⁷ Um Asif Barghouti es la viuda de Omar Barghouti, un luchador por la libertad y ex prisionero político. Su hijo, Saleh, fue asesinado por las fuerzas israelíes, mientras que otro de sus hijos, Asim, sigue en prisión. Su hermano, Jasser, es un ex prisionero exiliado en Gaza. Por su parte, su cuñado, Nael, de 68 años, ostenta el triste récord de ser el prisionero político palestino más antiguo en las cárceles israelíes.

utilizan como centro de detención temporal para prisioneras palestinas, quienes permanecen allí varios días antes de ser trasladadas a la prisión de Damon. En Sharon, me llevaron junto con una prisionera de Jerusalén Este, a quien conocí allí. Nos condujeron a través de varios corredores, subimos por una larga escalera y caminamos por un pasillo hasta llegar a la última celda. Nos detuvieron frente a la puerta, abrieron la celda y sacaron a un prisionero israelí enfermo y en un estado lamentable de suciedad. Nos hicieron entrar en su lugar y cerraron la puerta tras nosotras.

No podía comprender lo que sucedía al ver el estado de la celda: estaba llena de inmundicias de todo tipo, no había un solo lugar limpio para sentarse, el baño estaba expuesto y era extremadamente sucio, y la celda tenía un tamaño de apenas 1.5 x 2.5 metros. Empecé a golpear la puerta, pero no obtuve respuesta alguna de los guardias. Parecía como si estuviéramos en un exilio dentro de la misma prisión. Intentamos limpiar la celda, pero no había agua. Volví a golpear la puerta, y un prisionero civil árabe del Néguev, que estaba en la celda contigua, comenzó a golpear con fuerza la puerta de su celda y a llamar a los guardias para que vinieran. Después de un largo rato, aparecieron los guardias y nos hablaron a través de la ventana de la celda. Les pedimos productos de limpieza y mantas limpias, pero nos lo negaron. Dos horas más tarde, los guardias abrieron la puerta e hicieron entrar a Rukia y Mariam. En ese momento, no podía entender cómo íbamos a sobrevivir las cuatro apretujadas en una celda tan pequeña, así que grité a la guardiana, quien respondió con desprecio: "¡Traeremos a más también!"

Es difícil describir los sentimientos que me invadieron en ese momento; era una mezcla de ira y anticipación ante más sorpresas horribles de una naturaleza desconocida para nosotras, incluso comparado con el maltrato que ya habíamos sufrido o del que habíamos oído hablar. Sin embargo, la única opción que teníamos era intentar mantener la calma, controlar nuestras emociones, no caer en el pánico, y pensar en lo que debíamos hacer para soportar la estancia en la celda o, al menos, limpiarla.

El prisionero árabe de la celda contigua nos llamó y ofreció limpiarla, ya que tenía acceso a agua, y luego pediría a los guardias que nos trasladaran allí, sugiriendo que él pasaría a ocupar nuestra celda. Naturalmente, aceptamos su oferta con gratitud. Después de terminar de limpiarla, comenzó a gritar con todas sus fuerzas para atraer la atención de los guardias, ya que nuestras celdas estaban en un pasillo superior y lejano. Cuando llegaron, les explicó su plan y el motivo del traslado, pero los guardias se negaron rotundamente. Estaba claro que nos habían colocado intencionalmente en la celda sin agua.

Al anoecer, trajeron a Um Asif y a otra prisionera de Jerusalén a nuestra celda, y más tarde, el suministro de agua fue restablecido, lo que nos permitió limpiar la celda mínimamente. Pasamos la noche allí, las seis compartiendo el mismo espacio, pero tuvimos que turnarnos para dormir debido al reducido espacio, y enfrentamos grandes dificultades al utilizar el baño, ya que una de nosotras tenía que cubrir el área con una manta para que otra pudiera usarlo con un mínimo de privacidad.

Pasamos cuatro días en esas condiciones de hacinamiento e incomodidad en una celda diminuta, con una escasez extrema de comida y productos de limpieza. Luego, se decidió trasladarnos a la prisión de Damon, pero no sin antes ser sometidas a un humillante registro corporal en la prisión de Sharon, realizado por tres soldados mujeres, mientras nos insultaban y nos amenazaban con la muerte y el exilio a Gaza.

Ingresamos a la prisión de Damon después de un arduo viaje en la "bosta", el vehículo destinado para el transporte de prisioneros. Esta es una furgoneta completamente hecha de hierro, donde los detenidos no tienen ninguna visión del exterior durante el traslado. Así que, a pesar de que ascendíamos el Monte Carmelo, no pudimos ver nada de los alrededores naturales mientras nos llevaban a la prisión, situada en la cima. Esta cárcel tiene una larga historia, pues data de la época del mandato británico, y se dice que anteriormente fue un establo para caballos, hasta que fue convertida en una prisión.

Al entrar en la sección 3 de la prisión de Damon, donde se encuentran las prisioneras, la primera persona que vi fue Nurhan Awad, quien estaba en el patio encargada de gestionar las necesidades de las demás prisioneras, una tarea que las reclusas suelen cumplir por turnos. Las demás permanecen en sus celdas o salas de detención casi todo el tiempo, excepto por una hora al día en la que se les permite salir al patio. Al abrazar a Nurhan, sentí una opresión en el corazón; ella, junto a otras prisioneras con largas condenas, eran compañeras a quienes había conocido durante mi primer encarcelamiento años atrás. Había sido liberada mientras

ellas seguían allí, y ahora, al regresar, las encontraba aún tras las rejas. Nurhan solía decir, cada vez que una nueva prisionera entraba y salía de la cárcel: "Ellas se van, pero nosotras seguimos aquí", una expresión que refleja la cruda realidad de su encarcelamiento prolongado. Durante todo ese tiempo, han visto pasar a varias generaciones de prisioneras, mientras ellas continúan soñando con la libertad, aferrándose a la esperanza de un intercambio de prisioneros que parece revivir en ocasiones, pero que la mayor parte del tiempo permanece distante.

En la prisión de Damon, todo había cambiado drásticamente después de la guerra. Las prisioneras fueron sometidas a un doble aislamiento: primero, fueron separadas del mundo exterior y se les prohibió cualquier tipo de comunicación con sus familias, incluyendo las visitas, que habían sido suspendidas, y las escasas llamadas telefónicas, que ahora estaban completamente prohibidas. Además, las autoridades penitenciarias confiscaron todos los dispositivos electrónicos, incluidos los transistores de radio, que eran la única manera en que las prisioneras podían mantenerse informadas sobre el mundo exterior o escuchar los programas dedicados a los prisioneros, a través de los cuales sus familiares enviaban mensajes de afecto y ánimo.

El segundo tipo de aislamiento en la prisión de Damon tenía lugar dentro de las propias habitaciones, que hoy se asemejan a celdas por su vacuidad. Están despojadas de todo excepto lo más básico: algunas prendas de ropa, mantas y colchones. Además, el hacinamiento es extremo, ya que cada cuarto, originalmente destinado a seis prisioneras, ahora alberga de 11 a 12 reclusas, quienes permanecen en

estas habitaciones durante 23 horas al día. La vida se vuelve una rutina insoportablemente lenta y agotadora. No hay radios, televisores, libros, papeles, bolígrafos ni utensilios de cocina; todo lo que las prisioneras solían comprar con su propio dinero ha sido prohibido.

Describía esta situación diciendo: "Aquí, solo miramos el vacío". El tiempo se convierte en el enemigo principal, pues no avanza rápidamente, y dentro de estas celdas, no hay nada que ayude a pasarlo o a olvidarse de su opresiva lentitud. Incluso las conversaciones entre las prisioneras, que al principio abordan cualquier tema posible, con el tiempo se vuelven un recordatorio constante de todo lo que les ha sido arrebatado.

Hambre y abusos

La comida era escasa y de mala calidad. Contábamos las cucharadas de arroz que llegaban en la comida para asegurar una distribución justa entre nosotras. Nos veíamos obligadas a comer cosas que, fuera de la cárcel, hubiéramos rechazado, como las salchichas mal cocidas o los huevos duros cuyo color amarillento había virado al azul, reflejo de su mal estado.

Incluso con esta escasez, algunas prisioneras encontraban un consuelo alimentando a los gatos grandes que rondaban el patio de la cárcel, aunque estaba prohibido y podía acarrear sanciones.

Tras la guerra, las prisioneras palestinas fueron sometidas a repetidas represiones por parte de los guardias, y en

algunas ocasiones eran rociadas con gas o agredidas físicamente. Aunque esto era raro en el pasado, ya que solía provocar revueltas en las cárceles de hombres, la situación actual de aislamiento total en las cárceles ha permitido que estas violaciones pasen desapercibidas. Estos abusos rara vez son conocidos, excepto cuando un abogado logra sacar a la luz algún detalle tras una visita o cuando una prisionera es liberada y puede relatar lo sucedido a los medios.

Por otro lado, la única forma en que las prisioneras obtienen noticias del mundo exterior es a través de la llegada de nuevas detenidas o mediante las visitas de sus abogados. Sin embargo, muchos abogados prefieren no compartir información del exterior para evitar ser sancionados por la administración penitenciaria, que podría prohibirles futuros encuentros con las reclusas.

A los pocos días de estar en la prisión de Damoun, recibí una orden de detención administrativa por seis meses, una medida que suele renovarse varias veces. Durante esos días, un abogado vino a visitarme, y le conté todo lo que había sufrido durante mi arresto, especialmente las amenazas de violación y los registros corporales humillantes. Después de que mi testimonio se difundiera en los medios, los servicios de inteligencia de la prisión me llamaron para interrogarme. El oficial del Shabak estaba furioso y me preguntó por qué había dado esa declaración. Le respondí que simplemente relaté con precisión lo que me había ocurrido en cada etapa de mi detención. Le dije: "Si esta es su política en las prisiones, ¿por qué temen que el mundo lo sepa?" Él replicó: "Esto es una prisión, no un

hotel". A lo que yo le contesté: "Tengo el derecho de contar lo que viví".

Como resultado, fui castigada con la prohibición de ver a mi abogado. Sin embargo, esto no me hizo arrepentirme de haber dado mi testimonio, ni cambió mi convicción de que cada prisionero debe hablar sobre su experiencia de detención y los abusos que sufrió, especialmente aquellos que fueron arrestados después de la guerra.

Siempre he considerado que documentar la experiencia en las prisiones es extremadamente importante, ya sea a través de la escritura o de otros medios. Hoy en día, después de la guerra, veo que esta importancia se ha multiplicado, especialmente para las prisioneras. El régimen de ocupación ha intensificado deliberadamente las violaciones a la privacidad de las prisioneras, desde el momento de su arresto hasta su liberación. El maltrato físico, como los golpes y los abusos, se ha convertido en algo cotidiano. He escuchado numerosos testimonios de prisioneras que han sido golpeadas, tanto en la prisión de Sharon como en otros centros de detención. Por ejemplo, una prisionera fue golpeada durante 12 horas seguidas, y otra tuvo su velo rasgado durante la agresión.

Una prisionera del campo de refugiados de Balata, en Nablus, fue encarcelada poco después de mí. Había dado a luz recientemente y fue arrestada junto a su esposo durante una redada en el campamento. Fue brutalmente golpeada, lo que le causó dolor severo en el abdomen y la espalda, así como sangrado uterino. A pesar de ello, no recibió ningún tratamiento médico en la cárcel. Además, debido a su estado

físico y emocional, y al constante llanto por haber dejado a su bebé atrás, era incapaz de comer nada. Finalmente, fue liberada en un intercambio de prisioneros, semanas después de su arresto.

Durante mi primer encarcelamiento, me esforzaba por documentar mi vida diaria y nuestras condiciones en la prisión con todos los detalles. Anotaba mis pensamientos, emociones y todo lo relacionado con mi experiencia. Encontrábamos formas de sacar nuestros escritos al exterior. Sabía que escribir desde la cárcel tenía un significado y un impacto diferentes a escribir después de ser liberada. Sin embargo, hoy en día, escribir dentro de la prisión se ha convertido en un crimen. Las redadas casi diarias en nuestras celdas se llevaban cualquier cosa escrita, lo que era una de las cosas que más me perturbaba.

El papel y el bolígrafo dentro de la cárcel son ahora un tesoro muy valioso, especialmente para alguien que ejerce el periodismo y vive de escribir. Conseguí hacerme con un cuaderno que quedó entre las pocas pertenencias que no fueron confiscadas durante los primeros días de la guerra. En él anotaba pensamientos clave y frases breves, que podrían ayudarme a recordar la experiencia completa más adelante, con todas sus emociones y estados psicológicos, para que no se desvanecieran con el tiempo. Sin embargo, la escasez de materiales para escribir no permitía explayarme en las anotaciones dentro de la prisión. Logré esconder esos pocos papeles durante todos los días de mi encarcelamiento y decidí llevármelos conmigo el día de mi liberación.

En la mañana del 29 de noviembre de 2023, día en que fue liberada la sexta tanda de prisioneros en el marco de un acuerdo, el director de la prisión entró en el patio con una advertencia tajante: prohibió que cualquier prisionera se llevara consigo algún objeto, especialmente papel, bajo amenaza de severas sanciones. La rutina en la prisión era la de estar siempre listas desde temprano, ya que nunca se nos notificaba con antelación sobre los nombres de quienes serían liberadas en cada tanda.

Ese día, entre las cosas que había preparado para llevar conmigo, estaban esas hojas en las que había escrito durante mi encarcelamiento. Sin embargo, después de la amenaza del guardia, me invadió la duda sobre si debía sacarlas o no. Las abrí, leí su contenido una y otra vez, pero finalmente, con mucho pesar, decidí romperlas y arrojarlas a la basura. Hasta el día de hoy, me esfuerzo inútilmente por recordar algo de lo que había escrito en esas páginas.

Las expectativas sobre la "gran liberación" que traerían las negociaciones de intercambio, especialmente para los prisioneros y prisioneras con largas condenas, llevaban años manteniendo viva la esperanza entre los presos palestinos. Durante mi primer encarcelamiento, observé el brillo en los ojos de muchas de esas prisioneras cuando las noticias hablaban de posibles avances en las negociaciones. Para ellas, las conversaciones de intercambio no eran solo rumores; eran un rayo de luz en su larga oscuridad.

Finalmente, en noviembre de 2023, el intercambio se materializó. Las presas con sentencias largas que habían soñado con su liberación durante tanto tiempo lograron salir

en libertad, con una gran excepción: Shatila Abu Ayyada, de Kafr Qasim, que seguía cumpliendo una condena de 16 años, de los cuales aún le quedaban ocho.

Sin embargo, lo que debería haber sido un gran triunfo, una celebración de libertad, quedó empañado por los eventos horribles que sacudían a Gaza en ese mismo momento. El enorme sufrimiento que traía consigo la guerra, la sangre derramada y la destrucción hicieron que la alegría de la liberación se sintiera lejana, casi inalcanzable. Las emociones de las prisioneras estaban marcadas más por el dolor por Gaza que por la alegría de haber recuperado la libertad, dejando a muchas con una mezcla de sentimientos encontrados.

El día de la liberación fue largo y agotador. Los carceleros y los oficiales de inteligencia israelíes se aseguraron de desgastarnos tanto mental como físicamente hasta el último momento. Fuimos trasladadas del centro penitenciario de Damoun a la prisión de Ofer, donde permanecimos cerca de 12 horas, sentadas sobre el frío suelo de las celdas, antes de ser liberadas finalmente en la madrugada del día siguiente, alrededor de las dos de la mañana. Todo el tiempo, los oficiales nos lanzaron amenazas y advertencias, tratando de intimidarnos, pero a pesar de todo, podíamos notar claramente lo molestos que estaban por el acuerdo de liberación, ya que se veían obligados a liberarnos antes de que se cumpliera la totalidad de nuestras condenas.

Cuando por fin los carceleros nos quitaron las esposas y nos subimos al autobús del Comité Internacional de la Cruz

Roja, comenzamos de inmediato a entonar una canción icónica para los prisioneros:

"Tu espíritu no teme el encarcelamiento, no importa cuán largo sea el tiempo en prisión. Hermana, tu libertad es mi anhelo. No te preocupes por tu reclusión. Te juro, aunque derramen mi sangre, no permanecerás en esta oscuridad". Esperábamos encontrar las calles desiertas después de salir de los límites de la prisión de Ofer, y no ver a nadie esperándonos. Sin embargo, nos sorprendió la multitud de personas, con banderas y estandartes verdes ondeando. No pudimos contener las lágrimas, y en ese momento comprendí la grandeza del instante, porque fue un triunfo logrado a pesar de la ocupación. Aunque en esa emoción se entrelazaban dos sentimientos: el dolor por el sufrimiento de Gaza y su gente, y el orgullo por los logros de la resistencia.

Hoy, meses después de mi liberación, la prisión de Damon vuelve a estar llena de prisioneras. Este seguirá siendo nuestro destino hasta que logremos la liberación completa. No habrá una alegría total, sino más bien una lucha constante, resistencia, paciencia frente a los desafíos, y sacrificios en forma de sangre y vidas entregadas en el camino hacia la liberación. Del mismo modo, los años se gastan en las prisiones, y no hay manera de evitarlo antes de alcanzar la salvación colectiva de nuestro pueblo y nuestra nación.

El recuerdo del tiempo en prisión sigue conmigo, a pesar del paso de los días. A veces, los detalles de aquellas jornadas y noches se encienden con fuerza en mi memoria,

para luego desvanecerse lentamente. Intento iluminar esos recuerdos leyendo algunas de las palabras que escribí durante mi primer encarcelamiento. Mis ojos recorren las frases que plasmé justo después de terminar la agotadora etapa de los interrogatorios: "Lo que se enraíza en ti durante los momentos de certeza absoluta no puede ser arrancado por la mano opresora, ni secado por el sol implacable de los desiertos... Hay cosas de las que el corazón no se arrepiente, que no pueden ser extraídas ni por los bisturís más afilados. No son solo 'cosas que no se compran', sino que tampoco se venden, y su calor y su corriente solo los siente tu propio corazón".

Hoy me esfuerzo por sentir esas certezas en mi corazón, esforzándome por mantenerlas vivas y encendidas. Sé que todos, en este país, necesitamos aferrarnos a ellas, sostenerlas con firmeza, para que la oscuridad no nos derrote, ni nos invada el entendimiento, distorsionando nuestra percepción de la realidad. Debemos mantener viva la capacidad de renovarnos después de las grandes pruebas y tribulaciones, y tener siempre presentes nuestros grandes objetivos, aunque el cansancio desgaste nuestras fuerzas, desgarrar nuestros corazones y nos haga perder el sentido de la vida.


Y esas líneas, aunque breves y detalladas, no logran contar toda la historia, ni pueden hacerlo. Sin embargo, arrojan una luz sobre una vida oscura y olvidada detrás de los muros de las cárceles. Son un esfuerzo modesto a la sombra de la gran masacre en Gaza, pero están escritas con el propósito de mantener vivo el sentimiento de sufrimiento compartido por nuestra gente y de sobrellevar el dolor personal. Al hacerlo,

se renuncia a cualquier sueño terrenal de una vida normal que se vea limitada por los rifles del ocupante y confinada por las rejas de sus prisiones.



Un año fuera de la vida

Lama Khate

 Maram HUMAID



Maram HUMAID

Periodista y corresponsal del sitio web de Al Jazeera en inglés en la Franja de Gaza. Ha contribuido a la cobertura de historias sobre los grupos más marginados y vulnerables en la Franja de Gaza, tanto antes como durante la guerra.

Un año fuera de la vida

Maram HUMAID

Cada vez que me dispongo a escribir sobre la guerra, mis palabras y frases para describir la crudeza y el horror de las escenas cotidianas no varían mucho; lo único que ha cambiado es la manera en que el tiempo ha seguido su curso y se ha ido acumulando.

He escrito sobre los primeros días de la guerra, sobre un mes, dos meses, cien días, seis meses, ocho, diez, y hoy escribo sobre el cierre del primer año de la guerra. ¡Y vaya año!

Los nombres han cambiado, y lo que nunca quisimos que se convirtiera en una realidad, lo ha hecho, aunque en contra de nuestra voluntad. Nada, de hecho, sucede según lo que deseamos.

Ahora lleno el formulario de actualización de datos de los periodistas, y en la casilla de dirección, en lugar de poner "Ciudad de Gaza, Plaza Palestina", escribo "Deir al-Balah, cerca de la rotonda", que es el lugar actual de nuestro desplazamiento. Mi dirección ha cambiado a la fuerza; ha cambiado el camino de regreso a casa y la ruta al trabajo.

Desde hace un año, hemos intentado negar que nos hemos acostumbrado, pero la verdad es que nos hemos acostumbrado "a pesar de nosotros mismos". Mi padre incluso se refiere a nuestro lugar de desplazamiento como

"nuestra casa", y escucho cómo se refiere a los habitantes de la zona como "nuestros vecinos", y a la región como "nuestro barrio".

En un solo año, los nombres y las direcciones que habíamos conocido durante toda nuestra vida han cambiado. Nuestros recuerdos, nuestras pertenencias, nuestras casas, nuestras rutinas diarias, y hasta nuestras personalidades se han disuelto y transformado. Hemos vivido experiencias y enfrentado situaciones que jamás imaginamos.

La guerra nos ha cambiado, ha transformado nuestras identidades en algo que aún no alcanzamos a comprender ni a definir. Y lo más trágico es que la guerra continúa. Pero nos hemos acostumbrado, porque así es la vida.

Camino por las calles todos los días, entre la multitud de vendedores ambulantes, aquellos conectados al internet de la calle, vehículos de transporte y carros tirados por animales. El hacinamiento, la miseria, los precios desorbitados y la escasez de productos de todo tipo han llegado a ser la norma.

La gente ha aprendido a sobrevivir en una vida que, para muchos, ya no parece tal. Al preguntarles, la respuesta habitual es que están "llevando la vida adelante". Se avergüenzan de decir que se han acostumbrado, o lo niegan rotundamente, ya que, para muchos, admitir esa adaptación sería una derrota, una señal de que se han resignado a la injusticia. A menudo trato de aliviarles diciendo que ninguno de nosotros tiene opciones reales ante esta situación.

Campo de refugiados Ard Sharab – Deir al-Balah

Después de un año de guerra, camino por las mismas calles y los niños de los campos que he visitado, y cuyas historias familiares he contado, corren tras de mí. Las madres y mujeres me saludan, aunque a veces evitan darme la mano, avergonzadas de no estar tan aseadas como lo estarían en sus hogares "antes de que todo esto comenzara hace un año".

Paso junto a las tiendas de campaña y escucho a un niño llamando a su madre desde adentro: "¡Mamá, la periodista Maram ha llegado!" Otro exclama: "¡La profesora Maram ha venido!". Han aprendido a reconocer mi rostro a lo largo de este año. Saludo a todos, conocidos y desconocidos, con una sonrisa y una conversación diaria que a menudo entrelaza los temas de las historias periodísticas en las que trabajo.

Rompo el hielo de la situación y la incomodidad que siento al observar las tiendas de campaña deterioradas, las mujeres con sus ropas de oración desgastadas, y los niños desaliñados, con una sola frase: "Paciencia, que Dios nos está cuidando, compañeros". Todos me responden con un largo suspiro: "Sí, Dios nos cuida".

Con cada visita al campamento, la situación se vuelve más desesperante, y las condiciones de vida de las personas empeoran. A menudo, me cuentan sobre sus problemas personales, sus luchas diarias e incluso sobre los pequeños conflictos que surgen entre ellos. Durante mis visitas rápidas, me detengo para escuchar las últimas actualizaciones de sus vidas.

Una mujer, con el rostro visiblemente agotado mientras arregla su tienda de campaña, me habla de los problemas entre su hija comprometida y su novio, quien insiste en casarse en plena guerra. Tanto la madre como la hija se oponen firmemente. La joven, que se encuentra de pie en la entrada de la tienda, añade: "¿Cómo voy a casarme, profesora Maram, si puedes ver cómo están las cosas? Vivimos en una tienda de campaña y la situación es muy difícil. No estoy de acuerdo, mamá". Asiento en apoyo, sentándome sobre unas piedras cercanas, y le digo: "Tienes toda la razón, no deberías aceptar".

Um Muhammad me ofrece el café que acaba de preparar en su fogón de leña. Tomo un par de sorbos rápidamente y me disculpo debido a la cantidad de tareas pendientes. Ella me desea éxito y, con timidez, me susurra al oído: "No te olvides de mí", insinuando la necesidad de alguna ayuda económica o material. La tranquilizo diciendo suavemente: "Dios quiera, pronto llegará algo bueno," y sigo mi camino.

Sigo mi ronda periodística, preguntando a la gente de dónde han sido desplazados y cuántas veces han soportado el tormento de moverse de un lugar a otro. Las respuestas, cargadas de emoción, a menudo son un simple "nos hemos 'tshetnatna'", una expresión en dialecto palestino que encierra el sufrimiento de ser desplazados repetidamente, de un lado al otro, entre el norte, el sur y el centro.

Las personas responden a mis preguntas con tristeza y desesperanza, como siempre, esperando alguna señal

de alivio. Algunos habitantes de las tiendas cercanas se agrupan, intentando expresar lo que sienten. Uno de ellos, con amargura, dice: "Aquí nadie se preocupa por nosotros, estamos olvidados". Luego, se dirige hacia su tienda de campaña, visiblemente molesto, y agrega: "Mira nuestra vida, mira esas montañas de basura y las aguas residuales ahí". Señala los montones de desechos esparcidos alrededor de las tiendas, emanando un hedor insoportable, rodeados por aguas residuales que corren a su alrededor.

Esta escena, por sí sola, basta para hacer perder cualquier apetito por la vida, ¡y pensar que aquellos que viven aquí llevan casi un año enfrentándose a esta dura realidad día y noche!

"Insectos han devorado nuestros cuerpos y los de nuestros hijos; enfermedades y dolores de cabeza que no cesan", dice una de las mujeres que pasa su día buscando una sombra para escapar del sol abrasador. Mientras tanto, su esposo, que no es aficionado a las cámaras ni a los medios, habla con pocas palabras: "Estamos muertos en vida".

Este tipo de respuestas suele ser común cuando me presento y pido declaraciones. Al principio, la gente se disculpa y se muestra reacia a hablar, alegando que no confían en los medios o que no quieren interactuar con ellos. Sin embargo, tan pronto como les hago la primera pregunta, se abren como un torrente incontrolable, narrando sus tragedias con detalles desgarradores.

Peluquería Najlae

En los primeros meses de la guerra, la vida parecía completamente paralizada. El conflicto era feroz, indescriptible, y la vida se detuvo durante meses consecutivos sin que la gente tuviera experiencia sobre cómo actuar en una guerra tan prolongada. Apenas sobrevivíamos el día a día: con muy poca comida, sin internet, sin electricidad, sin cargadores ni combustible. Cocinábamos con fuego y leña, desconectados del mundo, mientras las explosiones resonaban constantemente a nuestro alrededor y el único sonido de fondo era la radio. Eran escenas que recordaban épocas medievales.

Tras casi dos meses, cuando la gente comenzó a acostumbrarse un poco al conflicto, decidí llevar a mi hija de ocho años a la peluquería para que le cortaran el pelo. Parecía una solicitud extraña, algo que se sentía fuera de lugar en medio del dolor que impregnaba el ambiente, pero a veces las necesidades no pueden esperar.

Una mujer me indicó una peluquería cercana que abría solo unas horas cada día en medio de la guerra. Tomé la dirección y fui al día siguiente al mediodía.

Nos recibió la propietaria de “Peluquería Najlae”, que atendía desde su hogar durante la guerra. Nos recibió con mucha calidez, y aunque los sonidos de las explosiones continuaban, por un momento me sentí desconectada de la guerra. Entonces, dejé salir mi curiosidad periodística y le pregunté: “¿Vienen clientes durante la guerra?” Su respuesta vino acompañada de una risa fuerte: ‘¡Por supuesto, y todos

los días!' Luego añadió: "Este ha sido el periodo en el que más trabajo he tenido en mi vida!"

Su respuesta me sorprendió tanto que me dejó sin palabras por unos momentos. Pero pronto recuperé mi curiosidad y seguí preguntando:

"¿Qué servicios buscan las mujeres durante la guerra?", le pregunté. "De todo", respondió, "limpieza facial y de cejas, cortes de pelo, depilación, tintes de cabello, 'highlights', e incluso maquillaje".

Me sorprendió un poco su respuesta: "¿Tintura y maquillaje durante la guerra?". La peluquera, mientras tomaba un nuevo mechón del cabello de mi hija para cortarlo, se echó a reír y me respondió en tono jocoso: "¿Y por qué no? ¿Acaso la naturaleza de las mujeres cambia en tiempos de guerra o paz?". Aludía al hecho de que las mujeres cuidan de su apariencia en todo momento, independientemente de las circunstancias.

Esa visita a la peluquería cambió varias percepciones que tenía en mi interior. No puedo negar que me llené de alegría al imaginarme a las mujeres de Gaza, elegantes y cuidadosas con su aspecto, al igual que las mujeres de cualquier parte del mundo. La mujer sigue siendo mujer, no importa en qué parte del mundo se encuentre.

Sin embargo, la tristeza y la amargura me invadieron al pensar en cómo la guerra ha privado a las mujeres de Gaza de su belleza y brillo, cargándolas con responsabilidades tan pesadas como las montañas, después de haber sido

cuidadas y protegidas en sus hogares.

Volví a visitar a la peluquera varias veces durante la guerra. En cada ocasión, me contaba nuevas historias, algunas graciosas y otras dolorosas, sobre sus clientas.

"Todos los días tenemos una o más novias que vienen a arreglarse para su boda", me dijo, cortando mi pregunta de raíz: "¿Qué hay de los preparativos de su boda? ¿Dónde van a vivir? ¿Qué vestimenta usan en su boda? ¿Cuáles son las ceremonias y qué tipo de adornos llevan?".

Según la "peluquera del barrio", durante la guerra, las novias suelen conformarse con un simple "maquillaje de novia" y un peinado sencillo. Algunas insisten en ponerse el tradicional vestido blanco de novia después de una ardua búsqueda, mientras que otras se conforman con usar un vestido bordado sencillo. Las ceremonias, por su parte, se limitan a una pequeña reunión familiar con algunas fotos de recuerdo, sin música ni celebración, antes de que el novio la lleve a su hogar o tienda, o a lo que tengan disponible.

El "sin tambores ni fiesta" es la norma en las bodas en tiempos de guerra, que en su esencia representan la continuidad de la vida, pero despojadas del significado del festejo en medio del dolor y la tristeza.

Una de las historias más dolorosas que contó la "peluquera" fue la de una novia de unos veinte años que perdió a toda su familia en la guerra, incluidos sus padres, mientras que su prometido, su primo, también perdió a toda su familia en otro bombardeo.

"Ambos quedaron solos tras el fallecimiento de sus familias, así que decidieron casarse para encontrar consuelo el uno en el otro".

¡Qué comienzo tan trágico para una vida en matrimonio!

Las historias de bodas en el mundo comienzan con amor, alegría, compromisos y celebraciones, pero en Gaza, a menudo comienzan con tragedias de pérdida y soledad.

La novia, única sobreviviente de su familia, rechazó cualquier adorno o el uso de un vestido blanco, a pesar de los intentos de la peluquera de convencerla y ofrecerle su servicio como regalo. El dolor y la tristeza que sentía eran demasiado profundos.

Al final, se conformó con peinarse un poco y cuidar su piel, y junto a su prometido, que también había perdido a su familia, acordaron no realizar ninguna celebración.

"La cantidad de historias es inmensa, he visto a muchas mujeres y escuchado muchas historias tristes durante la guerra", agrega Najlae, la peluquera, mientras recoge los cabellos cortados del suelo.

Cada vez que regresaba de visitar a "La Peluquería Najlae", tomaba el camino más largo hacia mi casa, siempre queriendo extender mi paseo para asimilar las historias humanas que me contaban, vidas de personas "simples" bajo la guerra que no aparecen en las cámaras ni en nuestros reportajes.

Siempre pensaba en cómo contar estas historias llenas de

humanidad, pero las narraciones de sangre y las continuas masacres prevalecían.

¿Debería apresurarme a escribir sobre las dos niñas que perdieron sus piernas en el bombardeo de su casa? ¿O sobre la joven increíble que también perdió a toda su familia y su capacidad de caminar en otro ataque?

Este es otro conflicto en el que las prioridades parecen chocar: ¿Qué historia debe tener prioridad? ¿Aquella donde la vida está en juego, donde se ha perdido tanto, o las historias "secundarias" como la de "Peluquería Najlae"?

Así ha transcurrido mi año en la guerra, con cada historia siendo una prioridad por sí misma, algunas de ellas son como una vela en la oscuridad, un destello en la penumbra, pero aún no ha llegado el momento para un descanso.

Educación en la clandestinidad

Lo que más me desgastaba y me llenaba de rabia y tristeza durante la guerra era el hecho de que mi hija fuera privada de su educación.

Tenía todas mis esperanzas puestas en mi hija, quien estudiaba en una escuela privada y siempre obtenía excelentes calificaciones. Había comenzado el tercer grado hasta que la guerra irrumpió y detuvo la vida de todos. La educación se paralizó, los desplazados se instalaron en las escuelas, y el año escolar se desvaneció.

No puedo salir del país, pero si tuviera la oportunidad, mi

primera razón sería garantizar la continuidad educativa de mi hija, quien ya está cansada de pasar todo el tiempo en casa sin ninguna actividad.

De alguna manera, mi hija consiguió seguir adelante con su educación, y de alguna manera también logré proporcionar internet en "casa" después de un esfuerzo agotador. Muchas personas nos ayudaron generosamente en ese proceso.

Todos los días, después de las tres de la tarde, declaraba el estado de emergencia en casa. Baniyas se sentaba frente a mi teléfono o la computadora y se conectaba a Microsoft Teams para seguir el horario de sus clases diarias.

A menudo yo estaba trabajando en el hospital y, aunque no estaba en casa, nunca me olvidaba de las clases de mi hija. Me mantenía en contacto con todos los grupos de WhatsApp, enviando todo lo necesario a mi esposo o a mi hermana para que Baniyas pudiera acceder a sus clases en línea.

A menudo enfrentábamos problemas de conexión a internet o dificultades técnicas, pero nunca nos rendimos. Veía el avance educativo de mi hija como mi carta ganadora, mi última y única victoria en medio de la guerra.

Durante cinco meses mantuvimos esta rutina. En una ocasión, los cristales de la ventana se rompieron y cayeron sobre Baniyas mientras seguía sus clases en línea. Tuvimos que evacuar varias veces y el sonido de los bombardeos resonaba a nuestro alrededor, pero no nos rendimos ni una sola vez. Hicimos los deberes, los enviamos por WhatsApp,

imprimimos los libros escolares a precios exorbitantes y, al final, ¡lo logramos! Mi hija ahora está en cuarto grado.


No merecemos otra cosa que la vida y la alegría; nuestros corazones están llenos de amor y esperanza. A veces quiero salir a la calle y gritar: ¡Paren la guerra, la gente está agotada!

Este es el resumen de un año compartido con ellos y sus sufrimientos: solo pedimos el fin de la guerra. La gente está exhausta de sus recuerdos y de las amargas comparaciones con lo que una vez fueron. Algunos logran mantener la compostura suficiente para adaptarse e incluso innovar, mientras otros se hunden en la resignación y el agotamiento. Hay quienes todavía tienen energía, pero carecen de medios; todo, absolutamente todo, se ha vuelto insoportablemente caro.

Todo: desde un puñado de sal, hasta un clavo para la tienda, una cubierta de nailon, una patata, un tomate, o incluso una hora de internet en la calle. Todo ha aumentado de precio, excepto el valor de la vida humana aquí; su sangre, sus restos y su cuerpo.

Este es otro resumen de la guerra: aquí, la vida humana no tiene valor. No tienen valor sus dolores, sus sueños, su futuro ni sus sentimientos. La gente siente que el mundo los ve como leña ardiendo, y olvida que, al igual que todos, son seres de carne y hueso.

¿Habrà alguna esperanza de que esta imagen cambie, aunque sea en un año?



Dije la verdad y mataron a mi padre

□ Anas Al-SHARIF



Anas Al-SHARIF

Corresponsal del canal Al Jazeera en la Franja de Gaza, y uno de los pocos periodistas que permanecieron cubriendo el conflicto desde el norte de Gaza. Recibió varias amenazas del ejército de ocupación israelí para detener su cobertura y evitar que documentara una serie de masacres durante la guerra. El 11 de diciembre de 2023, la ocupación atacó la casa de Anas y su familia en el campamento de Jabalia, donde su padre cayó mártir como resultado del bombardeo.

Dije la verdad y mataron a mi padre

Anas Al-SHARIF

Después de un año completo cubriendo la guerra de exterminio en Gaza —un año de desplazamientos, hambre, bombardeos, destrucción y masacres que no cesaron— no puedo describir el inmenso dolor y sufrimiento que hemos vivido. Sinceramente, no sé por dónde empezar a contar esta experiencia, ni dónde podría terminar. Quizá necesite días, meses o incluso años para relatar esta historia en toda su magnitud y con todos sus detalles.

El origen de la historia

La historia comenzó desde el primer momento en que estalló la guerra de exterminio en Gaza. En ese entonces, comencé mi trabajo como corresponsal periodístico cubriendo los acontecimientos sobre el terreno, incluyendo los bombardeos continuos y las masacres cometidas por la ocupación israelí. Mi colega Tamer Al-Mishal se puso en contacto conmigo y me pidió que comenzara a grabar reportajes y enviarlos para Al Jazeera. La tarea no fue fácil, especialmente porque, aunque había trabajado como fotógrafo de prensa durante muchos años, no tenía experiencia previa como corresponsal televisivo. A pesar de ello, tomé una decisión firme de seguir adelante por este camino, con el objetivo de llevar al mundo el sufrimiento del pueblo palestino en el norte de la Franja de Gaza.

Nos movíamos de una zona a otra, y cada vez que pensábamos que estábamos a salvo, nos encontrábamos enfrentando un peligro mayor. Nos desplazamos más de veinte veces, atrapados en hospitales, callejones y en las mismas calles. Algunos de nosotros sobrevivimos de milagro, mientras que perdimos a muchos queridos compañeros, como Ismail Al-Ghoul y Rami Al-Rifi, entre otros que dieron sus vidas por la patria y la causa. Ellos son héroes que sacrificaron sus vidas para llevar la verdad al mundo, y se convirtieron en símbolos de coraje y sacrificio.

Hoy, todos los que ejercemos esta profesión estamos en el punto de mira, sin garantías reales de protección. Tal vez, mientras escribo estas palabras, mis colegas y yo seamos deliberadamente objetivo de ataques, a pesar de llevar todo lo necesario para identificarnos como periodistas.

Ismail Al-Ghoul⁸

Ismail Al-Ghoul insistió en quedarse en el norte de la Franja para cubrir los eventos, convirtiéndose en un "objetivo legítimo" según la retórica de la ocupación. Fue alcanzado por un misil israelí de forma deliberada, y ni las leyes internacionales ni su chaleco de prensa pudieron protegerlo. Mi relación con Ismail iba mucho más allá de la simple camaradería; compartíamos una amistad profunda. Él estuvo en mi boda en 2016, yo estuve en la suya, y trabajamos juntos en varias instituciones periodísticas. Al comenzar la guerra, nos reencontramos en Al Jazeera y ambos nos negamos a evacuar

⁸ Ismail Al Ghoul, periodista palestino de 27 años que trabajaba para Al Jazeera Arabic, murió el 31 de julio de 2024 en un ataque de drones israelí, junto con su colega Rami Al Refee, mientras abandonaban el campamento de refugiados de Al Shati, cerca de Gaza.

hacia el sur, decididos a quedarnos para cubrir los acontecimientos tanto en Gaza como en el norte.

Ismail era un hermano, un amigo y compañero insustituible. Lo vi por última vez un día antes de su martirio. Habíamos planeado reunirnos en Gaza, pero en lugar de ese encuentro, recibí una llamada informándome que un ataque aéreo había golpeado la calle Al-Jalaa.

En ese momento, me puse en contacto con Ismail para posponer nuestro encuentro, ya que estaba cubriendo lo que había ocurrido cerca del lugar bombardeado. Mientras Ismail se dirigía a cubrir el ataque, me llevé una tremenda conmoción al enterarme de que la casa afectada era la de mi hermana, y lo más doloroso fue saber que toda mi familia estaba allí. Ismail cubrió el suceso, elaboró su reportaje sobre la masacre, y luego ayudó a mi familia y a la de mi hermana, incluidos los niños que milagrosamente sobrevivieron al bombardeo, a trasladarse a un lugar más seguro (aunque lo digo en sentido figurado). Después de eso, regresó a su residencia en el hospital Bautista.

Estaba en la zona de Safatwi, en la ciudad de Gaza, cuando recibí la noticia del ataque a Ismail. Mi colega, Mohamed Shahin, corresponsal de Al Jazeera Mubasher, corrió hacia mí gritando: "¡Han bombardeado a Ismail!" Salí corriendo descalzo, sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo, y me dirigí rápidamente al lugar del incidente. Cuando llegué al hospital Bautista, encontré a Ismail, ya convertido en mártir, junto a nuestro compañero Rami Al-Rifi. Ambos habían perdido la vida de una manera trágica y brutal.

La muerte de Ismail fue un golpe devastador para mí. Nunca había sentido la crueldad de la guerra tan profundamente como cuando lo perdí. Su ausencia me dejó abrumado por la tristeza y el dolor; había perdido a un hermano y a un colega. A pesar de ello, siento que tengo la obligación de seguir cumpliendo con su legado, de continuar transmitiendo la verdad y lo que él empezó, para que podamos seguir llevando al mundo el testimonio del sufrimiento de nuestro pueblo.

En Gaza, la tragedia no hizo distinción alguna. No había diferencia entre nosotros, los periodistas, y el resto de la población; vivimos el peligro en cada uno de sus detalles: el desplazamiento, el asedio, y el hambre que debilitaba nuestros cuerpos. Éramos parte del pueblo, compartiendo la misma agonía y enfrentando las mismas amenazas. La ocupación no discriminaba a nadie; todos éramos objetivos: hombres, mujeres, niños y periodistas. A pesar de este dolor constante, sentíamos una enorme responsabilidad hacia la verdad. La misión que llevábamos era mayor que cualquier temor o amenaza. Y, a pesar de los riesgos, nunca vacilamos en continuar con nuestra labor y cumplir con nuestra responsabilidad de informar.

Restos y más restos

En Gaza, no hay un lugar seguro; todos vivimos bajo la amenaza constante de la muerte en cualquier momento. Familias enteras desaparecen de los registros, mientras otras siguen sepultadas bajo los escombros. Los heridos pierden la vida en los hospitales debido a la falta de atención médica. Hemos sido testigos de huérfanos y viudas, y hemos

visto morir a nuestros compañeros periodistas, médicos, ingenieros y maestros, mientras otros son arrestados.

Vivimos escenas que no se pueden describir ni olvidar; vimos cómo se cometían masacres a diario contra niños, mujeres y familias. Observamos a los heridos a quienes se les amputaban sus extremidades sin anestesia, y a los niños que eran enterrados bajo los escombros mientras pedían ayuda. Oímos las voces de los niños llamando a sus padres para que los salvaran de entre las llamas, pero nadie podía hacer nada. Vimos cientos de cadáveres amontonados, escenas que quedarán grabadas en mi memoria para siempre.

De todas las masacres que he presenciado, la masacre en la escuela de los Tabi'in sigue siendo la más dolorosa. En una madrugada, recibí una llamada informándome de una nueva masacre. Sin preocuparme por ponerme los zapatos, salí apresuradamente con la ropa de casa, dirigiéndome al lugar del incidente a pesar de los peligros que me rodeaban.

Al acercarme a la escuela, los cuerpos estaban esparcidos por el camino adyacente. Entré en la escuela y me encontré rodeado de restos y cadáveres dispersos por todas partes. Con cada paso, sentía el peso de la tragedia; no había un solo lugar libre de los cuerpos de las víctimas. En una oscuridad absoluta, recurrimos a linternas para ver a nuestro alrededor. Cuando la escena comenzó a revelarse poco a poco, me quedé congelado en mi lugar, con las manos en la cabeza, atónito ante la magnitud de lo que veía. En ese momento, me quedé sin palabras; la magnitud de la escena superaba cualquier intento de descripción.

Nos encontrábamos ante dos opciones dolorosas: ¿respetar la dignidad de los cuerpos y los restos esparcidos, o caminar sobre ellos para documentar este crimen? Tomamos la difícil decisión de caminar sobre ellos para registrar aquella escena desgarradora. Los restos de niños, mujeres, ancianos y jóvenes estaban mezclados y apilados en el suelo, ya que habían estado alineados, hombro con hombro, para realizar la oración del alba. Esta masacre dejó una herida profunda en mi alma, una que nunca podré olvidar.

Otro de los recuerdos que sigue grabado en mi memoria son esos momentos en los que oíamos los gritos de auxilio de los sobrevivientes atrapados bajo los escombros. Sus voces llegaban hasta nosotros, mientras que la Protección Civil permanecía impotente, incapaz de rescatarlos debido a la falta de recursos. Verlos morir lentamente bajo los escombros, sin poder hacer nada para ayudarlos, es una escena indescriptible, una crueldad que las palabras no pueden captar.

Hablamos de estos episodios con la plena conciencia de que en Gaza no hay lugar seguro. Los hospitales, las calles, los centros de desplazados, las casas, las escuelas, e incluso las tiendas de campana son todos objetivos potenciales. No hay refugio ni seguridad, y el peligro nos acecha a cada momento. Aun así, estamos obligados a documentar lo que sucede, aunque nos cueste la vida; es una guerra sin tregua, masacres continuas, bombardeos incesantes, un exterminio sistemático de la población.

Nosotros, los periodistas, vivimos esta catástrofe como todos los demás, enfrentamos las mismas amenazas y sopor-

tamos los mismos riesgos. Pero sabemos que nuestra voz es nuestra arma más poderosa, y aunque nuestras vidas puedan ser el precio, no dejaremos de documentar la verdad. Ese es nuestro deber y nuestra responsabilidad hacia nuestro pueblo y su sufrimiento, lo que nos impulsa a seguir adelante, sin importar el peligro.

El precio de la cobertura

Durante esta guerra, recibí varias amenazas de oficiales de la ocupación israelí, quienes intentaban presionarme para que dejara de trabajar con Al Jazeera. Me exigían que cesara la cobertura y que me desplazara hacia el sur de la Franja de Gaza. Sin embargo, esas amenazas constantes no me disuadieron de continuar con mi misión. Mi decisión fue clara desde el principio: con el apoyo de mi familia y mi padre, decidí no abandonar el norte de Gaza y seguir cubriendo los acontecimientos, sin importar el costo.

Incluso cuando el peligro se acercaba y las fuerzas de ocupación israelí invadían el campamento de Jabalia desde el lado oeste, intentando adentrarse en él, me quedé en el lugar para documentar la invasión y las masacres que cometieron allí. En medio de esta incursión, las fuerzas israelíes rodearon a los residentes y desplazados en uno de los centros de refugio, arrestaron a algunos y obligaron al resto a salir bajo una lluvia de balas. A pesar de lo peligroso de la situación, estaba cerca, documentando todo. Minutos después de finalizar un informe sobre estos eventos y transmitirlo en Al Jazeera, recibí la noticia del bombardeo de mi casa y la de mi familia.

Este fue un precio muy alto. Tal vez la ocupación pensó que al atacar directamente a mi familia lograría detenerme, pero no sabían que el martirio de mi padre no me quebró; al contrario, aumentó mi determinación de seguir adelante en el camino que elegí. Esa era su última voluntad para mí: que continuara cumpliendo con mi deber y que fuera una voz que transmitiera la verdad, sin importar las circunstancias.

No les voy a ocultar que sentí una profunda conmoción, aunque era plenamente consciente de que la ocupación tomaría represalias contra mí y la cobertura de Al Jazeera. También sabía que la ocupación actúa con traición como parte de su naturaleza. Aun así, la noticia del martirio de mi padre, como resultado de un bombardeo deliberado, fue infinitamente más amarga y dolorosa de lo que podría haber imaginado. No puedo describir lo que sentí en ese momento; apenas lo había visto durante los cincuenta días que llevaba la guerra hasta ese momento, y quizás solo nos habíamos encontrado una o dos veces. Mi corazón estaba lleno de anhelo por él, y sentía que él también se había ido con el deseo de verme, sin habernos encontrado una vez más. En nuestro tercer encuentro, lo vi como mártir.

Me invadió un dolor indescriptible; había deseado reunirme con él en vida, pero lo despedí con orgullo y con la fe firme en el destino que Dios había dispuesto.

A pesar del dolor de la pérdida, me paré frente a la cámara minutos después del martirio de mi padre para cubrir la noticia de su muerte y los actos de su funeral. No dudé en seguir con mi labor, porque entendía que transmitir nuestra lucha al mundo es un deber del que no podemos retroceder,

incluso cuando me convertí en parte de esta tragedia. Continué con la cobertura, a pesar de mi tristeza, porque sé que nuestra voz debe llegar, sin importar el costo.

Esta guerra ha arrebatado todas las condiciones básicas para vivir, y aunque mi testimonio sobre lo que he vivido y presenciado quizás no alcance a describir la realidad con total precisión, refleja una parte de la tragedia que ha arrasado con todo, tanto lo vivo como lo inerte, destruyendo cada rincón de la vida.

Las condiciones que enfrentamos al cubrir la guerra son incomparables, y dudo que exista periodista en el mundo que haya vivido lo que nosotros experimentamos durante este año. Además del constante riesgo de ser atacados, el hambre desgastaba lentamente nuestros cuerpos a lo largo de los meses de conflicto.

Mis compañeros periodistas y yo luchábamos por encontrar algo, cualquier cosa, que aliviara nuestra hambre, pero ni siquiera pudimos conseguir un kilogramo de harina. A veces logramos obtener algunas nueces o dulces, pero se consumían rápidamente, y lo más básico se volvió escaso. Durante cuatro días seguidos, no conseguimos una sola comida, y a menudo aparecíamos frente a la cámara hambrientos y exhaustos.

Reconozco que no pude describir muchas de las masacres que presencié, ni expresar plenamente los meses de hambre que padecimos; esta experiencia, en particular, no se puede relatar como una historia convencional. No puedo explicar cómo viven las personas ni cómo sufren mis colegas

y los habitantes de Gaza bajo el peso del bombardeo y la hambruna simultáneamente.

Admito que en numerosas ocasiones me encontré en un estado de apatía, deambulando entre los restos y los cuerpos de niños y mujeres. Me adapté a esta dolorosa realidad, y aunque a veces me encontraba con escenas que no podía soportar, me esforzaba por seguir adelante y transmitir el mensaje.

Algunos pueden pensar que no deberíamos arriesgar nuestras vidas por un evento o una imagen, pero sabemos que, sin esos riesgos, el mundo no conocería lo que sucede aquí. Mi deber, antes que nada, es religioso y ético; se trata de transmitir el sufrimiento de los habitantes de Gaza y lo que les está sucediendo. Aunque gran parte de lo que hemos documentado sobre masacres atroces ha sido recibido con silencio, ha habido otras que fueron registradas y respaldadas por el mundo para apoyar a sus víctimas, aunque sea de manera mínima.

Ha transcurrido un año desgarrador desde el comienzo de esta guerra de exterminio, que aún persiste. Sigo en el mismo camino, comprometido a transmitir con sinceridad lo que sucede, para mostrar al mundo lo que vivimos y presenciemos a diario. Algunos se preguntan por qué continúo cubriendo la situación, a pesar de que nada ha cambiado y la destrucción sigue su curso. Mi respuesta es sencilla: tal vez haya una imagen, un evento o un instante de lo que he documentado que pueda generar el impacto necesario, convirtiéndose en la chispa que algún día ponga fin a esta guerra.



Imágenes de la muerte en Gaza

■ Bilal KHALED



Bilal KHALED

Fotoperiodista y artista de grafiti palestino de Khan Younis, en la Franja de Gaza. Ha trabajado como fotógrafo para agencias y medios de comunicación internacionales. Ha jugado un papel destacado en la cobertura de las agresiones israelíes en Gaza durante la última década, y también ha documentado los eventos de la guerra que Israel ha lanzado contra el pueblo palestino en la Franja de Gaza desde el 7 de octubre de 2023.

Imágenes de la muerte en Gaza

Bilal KHALED

El 7 de octubre no estaba en Gaza; me encontraba en Doha, siguiendo los acontecimientos a través de la televisión y las redes sociales como el resto del mundo. Sin embargo, ese mismo día, sentí que lo que estaba ocurriendo no era una simple escalada habitual, y comprendí que estábamos al borde de una guerra devastadora, una guerra que la región no había conocido antes.

La Marcha del Retorno

Nosotros, el pueblo de Gaza, tenemos una intuición especial; las guerras anteriores nos han enseñado cómo evaluar las situaciones. En el pasado, las escaladas comenzaban con pequeños incidentes, como los globos incendiarios que los jóvenes lanzaban durante las Marchas del Retorno⁹, seguidos de bombardeos selectivos y la caída de mártires. Sin embargo, esta vez la situación era diferente; las noticias hablaban de secuestros y ataques a gran escala. Como pe-

⁹ La Gran Marcha del Retorno fue una serie de manifestaciones organizadas cada viernes en la Franja de Gaza, cerca de la frontera entre Gaza e Israel, desde el 30 de marzo de 2018 hasta el 27 de diciembre de 2019. Durante estas protestas, las fuerzas israelíes mataron a un total de 223 palestinos. Los manifestantes exigían el derecho de los refugiados palestinos a regresar a las tierras de las que fueron desplazados, ubicadas actualmente en Israel. También protestaban contra el bloqueo terrestre, aéreo y marítimo impuesto por Israel a la Franja de Gaza.

riodista, estaba seguro de que la respuesta del ejército de ocupación sería distinta a todo lo que habíamos conocido antes. Por ello, reservé mi billete y dejé Doha en un viaje no planeado, ya que solo llevaba veinte días en la capital catari.

La decisión fue definitiva y no dudé ni un momento, pues sentí, como periodista palestino, que mi verdadero lugar estaba allí, en el corazón del acontecimiento. No elegimos el periodismo solo como una profesión que ejercemos, sino porque llevamos un mensaje más grande. Seamos claros: entramos en este campo porque creemos que somos parte de la lucha, y que contribuimos, a través de él, a defender nuestra causa. Sin embargo, lo que más me impulsó a regresar fue la razón más importante: mi familia vive en Gaza, mi padre, mi madre y mis hermanos. En esos momentos difíciles, quería estar con ellos. Ya había experimentado la tensión y el miedo durante guerras anteriores, y aunque aquello hubiera durado solo uno o dos días, la sensación fue agotadora; una situación de incertidumbre me dominaba, sin saber lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podría soportar seguir esta guerra desde lejos, mientras mi familia estaba en peligro? Es un sentimiento que va más allá de lo soportable.

Llegamos a Egipto por la noche, y tuvimos que esperar hasta la mañana en el cruce, que estaba abarrotado de gente. Entramos en Gaza alrededor de las diez de la noche. El panorama en el cruce era diferente a todas las veces anteriores; reinaba el silencio y la calma, algo inusual, mientras los aviones de reconocimiento sobrevolaban el cielo y los sonidos de explosiones resonaban en el horizonte. Así fue la bienvenida: bienvenido a Gaza.

El Día del Juicio

No tuve el lujo de detenerme, respirar o reflexionar sobre lo que sucedía a mi alrededor. Me dirigí inmediatamente al terreno, llevando mi cámara en la mano. La primera historia que documenté fue la masacre de la familia Daloul; estábamos en camino de Khan Younis hacia la ciudad de Gaza, antes de que la ciudad fuera dividida entre el norte y el sur. Mi colega Yasser Qudeih y yo estábamos en el coche cuando, de repente, fuimos atacados cerca de la calle Salah al-Din. Nos detuvimos rápidamente y corrimos hacia el lugar del ataque. Frente a nosotros, una casa se había derrumbado por completo sobre sus ocupantes, y las labores de rescate ya habían comenzado. Observamos largo rato mientras sacaban a una mujer y su hija... ¡No sé cómo describir la escena!

Recuerdo claramente ese momento; la mujer que fue sacada de los escombros llevaba puesto un atuendo de oración, un vestido negro y verde. Estaban ella y su hija abrazadas o sentadas una junto a la otra, y el rostro de la madre miraba hacia su pequeña hija. Sus manos estaban extendidas fuera de los escombros, mientras el techo derrumbado cubría sus cuerpos. Fue extremadamente difícil sacarlas, debido a la falta de equipamiento y la escasez de equipos de rescate, que estaban ocupados en otros lugares.

Los habitantes del campamento hicieron todo lo posible para rescatar a las víctimas, usando las herramientas más simples y una voluntad indomable. Recuerdo una fotografía que tomé durante esos días difíciles; mostraba a todos los habitantes del campamento unidos, trabajando juntos para

levantar una enorme columna de cemento. Esa imagen fue un símbolo vivo de la cooperación y el coraje, encarnando el espíritu de solidaridad que corre por sus venas, como si le dijeran al mundo: A pesar del dolor y la pérdida, estamos aquí, resistimos y permanecemos unidos.

Comencé a trabajar con la agencia turca Anadolu, luego pasé a trabajar con Al Jazeera English, y también con la agencia AFP y ABC News.

Durante la guerra, capturé muchas imágenes impactantes, pero una en particular quedó grabada en mi memoria: una foto de un hombre cargando a una niña que fue rescatada de los escombros, gritando con dolor: "¡Netanyahu es un asesino de niños!". La imagen era extremadamente conmovedora; la niña parecía aún estar viva, lo que intensificaba la fuerza de la escena y hacía que el dolor que transmitía la imagen tocara el corazón de quienes la veían.

Es cierto que soy fotógrafo de prensa, y que mi misión principal es documentar el momento y llevarlo al mundo, pero siempre siento que mi primer deber es ayudar a las víctimas, antes de levantar la cámara y tomar la foto.

Cuando estoy en el terreno, lo primero en lo que pienso es en ayudar a las víctimas. Para nosotros, los fotógrafos de prensa, siempre debemos ser rápidos en actuar, mantener la cámara en estado de alerta y estar preparados para cualquier momento. En cuanto escuchamos una explosión o una llamada de auxilio, nos apresuramos a pedir ayuda o contribuimos nosotros mismos hasta que llegan los equipos de rescate. Muchas veces, somos los primeros en llegar a

los lugares devastados, antes de que lleguen las ambulancias y los bomberos. En ese momento, nos encontramos buscando entre los escombros, sacando cuerpos o tratando de salvar a quienes aún están vivos.

Como fotógrafo de prensa, a veces es necesario dejar la cámara a un lado. El periodismo, en su esencia, es la voz de la humanidad, pero cuando una persona está muriendo ante tus ojos, la imagen pierde su importancia en comparación con su vida. Recuerdo esto con claridad durante la masacre de Al-Taj¹⁰ en Gaza, el 25 de octubre de 2023, cuando un bloque residencial en la calle Al-Jalaa fue atacado con más de diez misiles y barriles explosivos, lo que destruyó 13 pisos y redujo el lugar a escombros. La escena era como la de un terremoto devastador en una zona densamente poblada, con cuerpos esparcidos por todas partes, atrapados entre los escombros y cubiertos de polvo gris. Tropezábamos con ellos mientras los incendios nos rodeaban por todos lados, como si estuviéramos viviendo horrores del Día del Juicio.

Una de las imágenes que nunca se borrará de mi memoria es la mano de una niña que colgaba debajo de los escombros, mientras los gritos de las mujeres resonaban desde las torres. La situación era tan aterradora y dolorosa que mis colegas y yo no pudimos ni siquiera levantar las cámaras para documentar lo que veíamos.

Esa sensación de impotencia para fotografiar me ha acompañado muchas veces, especialmente cuando las familias

¹⁰ El ataque contra la torre Al-Taj en la ciudad de Gaza, bombardeada el 25 de octubre, causó la muerte de 101 personas, entre ellas 44 niños y 37 mujeres, además de dejar a cientos de heridos.

llegan devastadas tras la muerte de sus seres queridos. ¿Cómo puedo describir ese dolor? ¿Cómo puedo capturarlo o expresarlo con palabras? No creo que las palabras puedan abarcar ese sentimiento. Son momentos que parecen sacados del propio Día del Juicio, donde la tragedia se entrelaza con la destrucción en una escena que es difícil de olvidar.

Historias en todas partes

En medio de este apocalipsis, debo encontrar el ángulo adecuado, la historia más impactante. Hay historias que nunca olvidaré, como la de una familia aplastada por un tanque, que rodeó su casa y la derrumbó durante toda la noche. Los niños llegaron al hospital heridos solo para ser arrestados por el ejército de ocupación, o la historia de la mujer que fue asesinada junto a su recién nacido, poco después de dar a luz. También hay historias de familias enteras que fueron masacradas en poco tiempo, y cada historia tiene un carácter diferente y expresa un sufrimiento único. No tratamos estos eventos solo como historias, porque conocemos a las familias por su nombre, como la familia Hamdan, la familia Abu Muhayis, y la familia Ghanem. Cada familia perdió a varios de sus miembros, y la masacre deja una huella diferente en cada lugar.

Después de un tiempo en esta guerra de exterminio, empecé a comprender profundamente el poder de la imagen y su enorme impacto, especialmente con el creciente apoyo global a Gaza a través de las redes sociales. En ese momento, mis fotos, y otras, se convirtieron en símbolos poderosos en las manifestaciones y protestas que se extendieron

por todo el mundo, siendo utilizadas como grafitis y carteles en las calles de diferentes continentes.

Uno de los movimientos artísticos que tuvo un gran impacto fue el movimiento "Unmute Gaza"¹¹, que se inspiró en mis fotos para sus obras de arte, lo que llevó a una campaña solidaria de gran alcance a través de las distintas regiones del mundo. Fue increíble ver cómo las imágenes se convirtieron en una poderosa herramienta para expresar el dolor y la resistencia, y cómo reunieron múltiples voces en todo el mundo en un solo llamamiento a favor de la justicia y la libertad.

El pensamiento que me dominaba no era simplemente documentar un momento pasajero o captar la noticia del día, sino buscar imágenes que quedaran grabadas en la memoria colectiva, persiguieran a los culpables y sirvieran como testimonio permanente de las masacres genocidas. Buscaba esos momentos que, en su esencia, condensan el significado de la vida y la muerte: escenas de despedidas dolorosas, el último abrazo, y los destellos de vida que emergen en medio de la muerte, siempre con un gran respeto por la privacidad de las personas, especialmente de las mujeres, cuyo velo podía quedar al descubierto en un momento de vulnerabilidad. En esos casos, uno se siente obligado a preservar su dignidad. Además, me esforzaba en capturar imágenes auténticas sin que las personas lo notaran, ya que su reacción podía cambiar si sabían que había una cámara.

¹¹ El movimiento "Unmute Gaza" es una iniciativa creativa que utiliza el arte del fotoperiodismo como base para recrear sus imágenes en el marco de una campaña mundial de impresión y collage, con el objetivo de llamar la atención sobre las atrocidades en Gaza.

Una mañana, me desperté completamente agotado después de haber documentado las interminables masacres, especialmente cuando el sonido de las explosiones me sacaba del sueño a las tres de la mañana, solo para descubrir que las atrocidades seguían. El horario era increíblemente intenso; íbamos de un funeral a otro, y cada vez había una historia diferente detrás de cada mártir, cargada de dolor y sufrimiento.

En algunos días, llegamos a fotografiar hasta 300 mártires, y no era fácil asimilar lo que estaba ocurriendo. Lidar con los cadáveres, inhalar el olor de la sangre durante el día y luego trasladarnos por la noche a los sitios bombardeados traía consigo una carga psicológica abrumadora. Nos movíamos tan pronto escuchábamos sobre un ataque, documentando todo con la lente, en un intento de capturar una realidad tan cruel que las palabras no podían describir.

El costo de la imagen

Fui atacado en varias ocasiones durante la guerra. En una de ellas, mientras capturaba imágenes de los bombardeos en una zona determinada, me sorprendió que el edificio adyacente fuera atacado de manera que parecía intencional. En las fotos y videos se puede ver cómo las esquirlas caían sobre nosotros como lluvia. Perdimos a dos miembros del equipo de Protección Civil, y ese ataque fue solo una pequeña muestra del peligro constante que nos rodeaba. Nuestras rutas entre Gaza y la ciudad estaban siempre bajo el riesgo de ser atacadas directamente por la artillería, la aviación y los drones.

Durante la guerra de exterminio, nuestra casa fue atacada tres veces consecutivas, lo que evidenció claramente la intención de intimidarme. Estaba cada vez más claro que los ataques a las casas de los periodistas eran un objetivo en sí mismo.

Fuimos testigos del ataque a nuestros colegas: Moamen Al-Sharafi¹², Mohamed Abu Al-Qumsan, Wael Al-Dahdouh y Mohamed Abu Hatab¹³. Fuimos testigos de cómo fueron alcanzados junto a sus familias. Así, incluso si no eras el objetivo directo, buscaban infligirte un daño psicológico y presionarte para que dejaras de trabajar. Se enfocaban en atacar a la élite de pensadores, médicos y profesionales, con el objetivo de destruir una generación completa y eliminar cualquier rastro que pudiera exponer sus crímenes o ayudar a reconstruir la vida en Gaza. Cualquier persona que llevase un chaleco de prensa y un casco se convertía en un blanco legítimo, hasta el punto de que algunos solían bromear diciendo: "No te pongas al lado de un periodista, aunque la muerte en Gaza esté repartida por igual".

Las amenazas eran constantes: llamaban a una persona específica, a un periodista en particular, y le decían: "Tú, tú y tú, fulano, fulano y fulano, estuvieron hoy en tal lugar. Tengan cuidado". No era, por supuesto, por preocupación, sino

¹² Un corresponsal de Al Jazeera perdió a 22 miembros de su familia durante un ataque aéreo israelí contra la casa donde se habían refugiado en la Franja de Gaza. Entre las víctimas del ataque, ocurrido el 6 de diciembre de 2023, se encontraban los padres de Al Sharafi, Mahmoud y Amina, sus hermanos y hermanas junto con sus cónyuges, así como sobrinos y sobrinas.

¹³ Mohammed Abu Hatab, periodista y corresponsal de Palestine TV, murió junto con 11 miembros de su familia en un ataque aéreo israelí contra su casa en Khan Younis, en el sur de la Franja de Gaza, el 2 de noviembre de 2023.

una forma de amenaza, dejándote claro que sabían perfectamente lo que hacías y vigilaban todos tus movimientos.

No solo eso, las casas de nuestras familias también eran bombardeadas directamente, y era imposible pensar que se tratara de ataques al azar; mi familia sobrevivió dos veces a misiles que cayeron cerca de ellos.

Las intimidaciones y los mensajes del ejército de ocupación no me hicieron desistir de mi labor. Continué trabajando con la prensa estadounidense, plenamente consciente de su línea editorial y del sesgo hacia la narrativa israelí. Por eso, me esforzaba en capturar y transmitir la imagen más poderosa y representativa de la guerra de exterminio.

Aquí quiero destacar un punto esencial: a pesar de todas las restricciones, las redes sociales nos han brindado un nuevo espacio que nos permite llegar al mundo y confrontar la narrativa israelí.

Los medios tradicionales siempre presentan una parte de la historia, pero a menudo están politizados y sujetos a ciertas agendas. En cambio, las redes sociales nos ofrecen la imagen real desde el terreno, directamente de los periodistas, ciudadanos e influencers palestinos. Son la plataforma que impulsa las protestas y la expresión del apoyo global, como lo vimos cuando los estudiantes en Estados Unidos se manifiestaron en contra de lo que estaba ocurriendo en Gaza.

Cuando ves una entrevista en televisión o en un canal estadounidense, a menudo está diseñada para alinearse con las políticas de la cadena. Pero cuando sigues los aconte-

cimientos directamente desde el terreno, escuchas la historia completa y sincera, porque son los propios palestinos quienes transmiten su mensaje.

Sin embargo, aunque las redes sociales nos proporcionan una plataforma vital, también ejercen una estricta censura sobre el contenido. Mi cuenta sigue restringida hasta hoy y ha sido restringida más de sesenta veces. Cada vez que publico algo, se elimina y mi página es bloqueada, pero nunca dejamos de publicar. Siempre teníamos cuentas de respaldo en Gaza porque sabemos que Meta y sus plataformas combaten el contenido palestino. Esta censura es solo una de las muchas dificultades que enfrentamos en nuestra cobertura.

La muerte y la vida

Durante la guerra, mi enfoque se centró en todos los aspectos del genocidio: desde los bombardeos indiscriminados y los desplazamientos, hasta las despedidas desgarradoras y las pérdidas trágicas, pasando por las heridas terribles, la falta de personal médico y las crisis humanitarias, como el hambre, la escasez de agua y la falta de servicios de salud en la Franja de Gaza. Tampoco dejamos de lado las escenas de la vida cotidiana; cómo la gente celebraba el mes de Ramadán en las tiendas de campaña, cómo decoraban sus humildes hogares y organizaban sus bodas a pesar de las condiciones de exterminio.

Documentamos a personas casándose en las escuelas de la UNRWA y en tiendas de campaña, y capturamos cómo transformaban sus tiendas en hogares temporales, cómo se

reunían alrededor de la mesa de suhoor¹⁴ en medio de circunstancias extremas. Nuestro esfuerzo se dirigía a documentar la resistencia del pueblo de Gaza y su determinación de mantener viva la vida a pesar de todo el entorno de destrucción y adversidad. Estas escenas, que destacan la fortaleza interna del pueblo gazatí, molestaban a la ocupación, que no soportaba ver el espíritu de vida florecer en medio del exterminio.

Recuerdo a una persona que trabajaba en un conservatorio de música y decidió ofrecer clases de música a los niños en las escuelas de la UNRWA de manera regular, una iniciativa que refleja el nivel de desafío y determinación frente a la ocupación. No se limitó a enseñar a los niños los conceptos básicos, sino que también ofreció lecciones de música y arte, incluidas sesiones al aire libre para enseñar a los niños a dibujar y expresarse artísticamente bajo el sol y en las tiendas de campaña.

Documentábamos todas estas escenas, capturando momentos de desafío y esperanza en medio de la destrucción. Nos esforzábamos por resaltar los crímenes, documentar cada atrocidad, cada idea y cada mártir, así como las historias de vida que latían con esperanza y resistencia. Estas iniciativas artísticas y educativas, a pesar de las condiciones de exterminio, representaban un símbolo poderoso del espíritu de resistencia y creatividad que el pueblo de Gaza continúa demostrando.

¹⁴ El suhoor (سحور) es la comida que los musulmanes toman antes del amanecer para prepararse para el ayuno diario durante el mes de Ramadán. Generalmente se consume antes del llamado a la oración del fajr (amanecer).

La imagen siempre tiene más fuerza para transmitir el sufrimiento de las personas, ya que refleja toda la escena. A veces, la escritura no hace justicia a la imagen en su descripción. No puedes expresar con palabras el sonido, el momento de la despedida, las manos entrelazadas, las manchas de sangre que cubren las manos de padres e hijos, o el tamaño de un edificio que aplastó a las personas en su interior y cómo quedaron atrapadas en diferentes rincones. Es imposible describir todo esto con precisión solo con palabras. Las historias breves que capturan las imágenes presentan la escena más amplia de una manera más efectiva que la escritura, y cada persona encuentra en la imagen historias internas que expresan experiencias diferentes.

A veces, descubro una nueva historia al observar la imagen con detenimiento y escuchar a alguien relatar el contexto que la rodea. Cuanto más amplió la imagen, más detalles ocultos salen a la luz. Un ejemplo es una foto de un funeral en un hospital, donde en el fondo se ve a una mujer horneando pan. Es difícil imaginar el profundo contraste que encierra esa imagen, algo que resulta imposible transmitir completamente con palabras.

Ahora, mientras la guerra de exterminio se aproxima a su primer aniversario, sigo recordando casi todos los detalles. No puedo hablar de una sola imagen, de una sola escena o de una única tragedia, pero permítanme cerrar este testimonio con esta historia:

Al comienzo del cerco, estábamos en el Hospital Nasser. Nosotros, el equipo de Al Jazeera, éramos uno de los últimos equipos de prensa en abandonar el lugar. El hospital

estaba rodeado por tres lados, y nos acompañaba un grupo de otros periodistas.

Una niña llegó al hospital en una carreta tirada por un burro, con una herida en la pierna, gritando durante todo el trayecto. Entró al hospital y pensé que alguien la atendería, pero después de aproximadamente media hora, la encontré tirada en el suelo. El médico le había dado una hoja pidiendo una radiografía, pero ¿dónde estaban los médicos? La mayoría se había ido debido a las amenazas de la ocupación, y solo quedaban unos pocos para brindar atención médica.

Le pregunté al médico sobre la niña, y me dijo que necesitaba una radiografía y que alguien debía llevarla a la sala correspondiente. Me ofrecí para llevarla, y cuando entramos en la sala vi a sus dos hermanos menores sentados en el suelo. Al ver a la niña, dijeron: "Es Arwa". La niña estaba tumbada en el suelo, vestida con un suéter gris y usando una mascarilla. Cuando levantó la mirada, nuestras miradas se cruzaron. Fue una escena impactante: la niña cuya imagen se había difundido, con la mascarilla puesta y un ojo negro por la presión arterial. Por primera vez, sentí que todo el horror de la destrucción y los cuerpos mutilados no se comparaba con el dolor que me causó ver a esa niña.

La niña no comprendía la magnitud de la catástrofe que había caído sobre ella. En su inocencia, narraba el incidente como si contara una historia común. Cuando le pregunté: "¿Qué les pasó? ¿Por qué tienes los ojos así?", respondió con sencillez: "Estábamos durmiendo por la noche, y la tanqueta pasó sobre nuestra casa". La tanqueta pasó tres veces sobre ellos mientras dormían, destruyendo sus cuerpos

y aplastando a sus padres bajo su peso. Su padre, antes de oír el sonido de la tanqueta, intentaba alejarlos y despedirse de ellos, y finalmente murió.

A pesar de sus heridas, era evidente que la niña y sus hermanos no comprendían del todo lo que había sucedido. Jugaban con un trozo de plástico, sin darse cuenta aún de que su padre nunca volvería. Me pregunté con amargura: "¿Quién cuidará de estos niños?". Estaban en el hospital, y cuando supe que se quedarían allí, fui a mi casa y les traje algo de ropa y comida. Los visitaba cada una o dos horas, monitoreando su estado con los médicos, y ayudaba a la pequeña con la pierna rota, la llevaba al baño y permanecía con ella.

Esas trágicas escenas me hacían cuestionarme profundamente: "¿Por qué? ¿Qué culpa tienen estos niños?". Eran pequeños, apenas habían visto algo de la vida, y aun así habían vivido horrores inimaginables. Su madre estaba fuera, cuidando a su hermano enfermo de cáncer, mientras ellos perdían a su padre. ¿Quién se haría cargo de ellos?

Esta historia me marcó profundamente, y estuve pensando en ella durante días. Dado que no había un oftalmólogo para tratar a la niña, publiqué su foto y coordiné con varias organizaciones. Me puse en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores de Catar, y gracias a Dios, la niña y sus hermanos fueron trasladados a Catar, donde recibieron el tratamiento necesario. Ahora está bien... al menos físicamente.



Ese olor... ese sonido

□ Alaa ABU AISHA



Alaa ABU AISHA

Periodista palestina de la Franja de Gaza, con 17 años de experiencia en redacción y edición periodística. Ha escrito para numerosos sitios web y revistas árabes, y se especializa en la redacción de reportajes periodísticos. Además, es formadora en su campo.

Ese olor... ese sonido

Alaa ABU AISHA

Todo en esta experiencia es caótico. Al igual que esos eventos que nos derribaron a todos el día en que las masacres hicieron de Gaza su hogar, dejándonos en la espera de nuestro turno en la muerte, cada uno por su cuenta. Escribimos los nombres completos de nuestros hijos en sus piernas y brazos, con la esperanza de que los sobrevivientes puedan reunir "los restos de la historia".

El viernes 13 de octubre de 2023, un mandato de evacuación se cernió sobre la ciudad, arrastrándome junto a cientos de miles hacia un nuevo capítulo de nuestra larga "nakba". Un camino se extendía desde las cabezas de los hombres, donde el olivo fue asesinado en sus ramas, las fachadas de los edificios se inclinaron, y el hedor de la "muerte" se propagó, segando almas sin piedad.

En el camino hacia el sur del valle (Wadi Gaza), siguiendo la primera orden de evacuación israelí, la gente avanzaba, hombres y mujeres montados, con la cabeza gacha entre los hombros, al compás de los golpes de los cinturones de fuego, apresurando el paso. ¿A dónde? Nadie responde... nadie sabe. Recuerdo a un hombre que llevaba sobre sus hombros el peso de la ciudad y lloraba: "Tardé 40 años en construir mi casa... y en un instante la destruyeron".

Una joven que iba a casarse en unos días gritaba: "¡El novio ha caído mártir!" Los niños se aferraban al borde del vestido

de su madre, corriendo con sus mochilas, llenas de todo menos de libros y juguetes. Lloraban, llamando a su padre, quien había salido por pan por la mañana... y no volvió.

Entre esas escenas surrealistas, una anciana cruzó el mismo camino y "no pasó". Se sentó en la parte trasera de un camión, llorando. Se daba palmadas en las mejillas y suplicaba a su hijo que regresara. Gritaba a los asustados detrás de aquellas grandes ruedas: "¡No cometan el mismo error que nuestros padres!", y con las manos les señalaba: "¡Regresen, hijos míos... regresen!".

¿Cómo debíamos escuchar? ¿Cómo podríamos haber comprendido, en ese momento, que lo que dijo era "cierto"? ¿Cómo debíamos pensar mientras la "muerte" abría su boca de par en par en la ciudad de Gaza, y avanzábamos por un camino del que no conocíamos el final? Todos estábamos interpretando en "Al-Taghreeba El Falastniya"¹⁵ el papel de Khaled Tajah, quien creía que la partida no duraría mucho, convencido de que toda la historia sería "dos días y regresamos".

Llegamos a Rafah. En el extremo sur de la Franja, a unos setecientos metros de la frontera con Egipto, nos asentamos (mi esposo, mis cuatro hijos y yo). Aquella noche no pude dormir, escuchando las alucinaciones de mi hija mayor, Tuqa (11 años), que llamaba a su amiga "Meyar" entre un torrente de palabras que no entendía.

¹⁵ Al-Taghreeba al-Falasteniya (التغريبة الفلسطينية) es una serie dramática histórica siria que narra el éxodo palestino (Nakba) de 1948 y el posterior desplazamiento y las luchas del pueblo palestino. Emitida en 2004, la serie gozó de gran popularidad en el mundo árabe y se convirtió en un referente cultural debido a su conmovedora representación del sufrimiento y la resiliencia de los palestinos.

"Meyar" fue asesinada mientras dormía en su cama, exactamente cinco meses antes del inicio de la "exterminación". Su vida se apagó durante un bombardeo israelí que desgarró la seguridad en la oscuridad de la noche, y se convirtió en la primera mártir de un ataque que se extendió durante cinco días, comenzando el 9 de mayo de 2023.

La mañana trajo consigo las lágrimas que habían secado la mejilla de Tuqa. Al abrir los ojos, me sorprendió con una pregunta: "Mamá, si alguien extraña a alguien, ¿puede Dios reunirlos pronto?". Coloqué mi mano sobre mi corazón; ¡su pulso se detuvo! No pronuncié una palabra. Simplemente ardía.

En el sexto piso de un edificio que temblaba con el estruendo de cohetes y explosiones, pasé cinco meses. No exagero al decir que allí me aislé del mundo entero. Literalmente, solo oía las explosiones desgarrando el silencio de la noche, el nombre "Meyar" resonando en las pesadillas de Tuqa, y las lágrimas temblorosas en los ojos de aquella anciana: "¡Regresen, hijos míos!".

No olía más que el humo de la leña ardiendo, que las mujeres encendían para hornear la masa en los techos de las casas que no habían sido alcanzadas por los proyectiles. El humo del aceite de cocina reciclado emanaba de los tubos de escape de los taxis, después de que la ocupación prohibiera la entrada de combustible en la Franja de Gaza. Y el olor a sangre impregnaba las historias y los informes que me llegaban para ser publicados en la red "Nawa", parte de la organización mediática femenina "Filastiniyat", donde trabajo como editora.

Entre cuatro paredes, con un corte total de electricidad e internet, y a veces de la red de telefonía, me encontraba documentando la exterminación entre bastidores. Me flagelaba en cada momento por no haber bajado al terreno a leer las historias de muerte en los ojos de los que habían perdido. No viví la experiencia en el campo, pero en un momento de lucidez, descubrí que había experimentado las vivencias de todos los periodistas que escribieron y cuyas piezas fueron publicadas en "Nawa".

Sentía el olor a muerte en cada descripción de un mártir tendido, y escuchaba los latidos de los corazones de las mujeres en duelo mientras hablaban sobre la última palabra que se dijo y las últimas risas. Era como cualquier periodista desplazada, viviendo el sueño del retorno con cada día que pasaba, frente a una pantalla que anunciaba su agonía cada cuatro horas.

Alquilo una computadora nueva, cuya batería emite sus últimos suspiros, y la envío a cargar en casa de mi colega en la misma institución, "Mona", que tiene paneles solares. Después de varias horas, el dispositivo regresa con la batería llena, y en su mochila lleva un "flash disk" repleto de archivos que llegaron recientemente para su edición, extraídos por Mona de la bandeja de entrada de la institución: el acceso a "Nawa".

Presiono el botón de encendido con pesadez, imaginándome como un empleado de los años setenta que se coloca un pañuelo bajo su tarbuch y se lleva consigo los periódicos de la mañana, espantando "las moscas de su cara" con un viejo matamoscas. Me acomodo en el suelo, recordando mi

gran escritorio tallado en el centro de la elegante sala de huéspedes, repleta de antigüedades. Coloco la computadora sobre un cojín y empiezo a revisar los archivos de historias y informes que han escrito las periodistas que colaboran con nosotras.

Son relatos diversos, todos unidos por una misma esencia, como si estuvieran escribiendo un testamento y no simplemente narrando una historia. Me pregunto, por primera vez en mis 17 años de carrera periodística, ¿cuál es el sentido de escribir en una era de "neutralidad"? Y comienzo...

Al editar las historias de "exterminio", no escribía; más bien, dejaba que mi tristeza se filtrara entre las líneas sin someterla a ninguna filosofía editorial o teoría de la escritura. Era franca en mis objetivos: las "pequeñas" penas del ser humano son mil veces más importantes que cualquier regla de redacción, por muy impresionantes que parezcan sobre el papel.

Confieso que soy muy susceptible a la palabra poderosa, a las frases que llaman a mis lágrimas desde lo más profundo del corazón y tocan lo que allí se agita. Siento la palabra como siento el peligro, la esperanza o la angustia. Me traslado de la "grisura" de la narración al lado de la víctima: la víctima humana, que no tiene culpa alguna de lo que sucede en la tierra, excepto por ser hijo de Gaza. Luego descubro, finalmente, que escribimos porque la palabra tiene una vida más larga, es más precisa en su descripción, sus letras se afianzan en la roca de la existencia y regresan a quien las invoca... aunque sea después de un tiempo.

Entre la desesperación que emana de las líneas, sentí en numerosas ocasiones que estaba aprendiendo a escribir de nuevo. Coloco mi cabeza entre mis manos y me detengo a mirar; camino descalza sobre las espinas del "texto" y dejo que "mi sangre" se derrame sobre las palabras, para que me guíe de regreso.

Son historias que la mente se niega a aceptar sobre el ejército "más ético del mundo", siendo la menos aterradora aquella que narra que "un perro policía violó a un prisionero en 'Sde Teiman'¹⁶ (el centro de detención israelí más infame)", según el testimonio de un ciudadano liberado en el sur de la Franja.

Después de un año de "exterminio", me convertí en parte de la historia. Bajo el fuego, no solo era la creadora de comienzos, finales y títulos llamativos; me veía reflejada en cada relato. Sentía el hedor de los cadáveres que emanaba de la nevera de los muertos, y me escuchaba temblar como una niña que contó cómo las orugas del tanque aplastaron el cuerpo de su madre herida "viva", sofocando su último grito y borrando su "nombre" y las lágrimas. Me encontraba envuelta en la manta de un niño que le dijo a una compañera en uno de los informes que intentaba esconderse de los ojos de los drones "Quadcopter"¹⁷... me

¹⁶ Sde Teiman es una base militar israelí ubicada en el desierto del Néguev, cerca de la Franja de Gaza. Durante la guerra contra Gaza, se utilizó como un campo de detención donde los palestinos fueron sometidos a abusos horribles, incluidos actos de violencia frecuente y arbitraria, agresiones sexuales, humillaciones, hambre deliberada, privación forzada de higiene, privación de sueño, restricciones y castigos en las prácticas religiosas, confiscación de pertenencias personales y la negación de atención médica adecuada. Para más detalles, consulta el informe de B'Tselem del 5 de agosto de 2024 titulado "Welcome to Hell" (https://www.btselem.org/publications/202408_welcome_to_hell).

¹⁷ Según el Centro Euromediterráneo de Derechos Humanos, el ejército israelí ha utilizado pequeños drones (cuadricópteros) para disparar contra palestinos y asesinarlos. Estos drones, habitualmente empleados para tareas de vigilancia, han sido militarizados por el ejército israelí para atacar a civiles en Gaza.

cubro bien la cara y tiemblo con él frente a la muerte esparcida en el cielo de Gaza.

Como editora en tiempos de "exterminio", a menudo me encontré sin sinónimos que pudieran describir la "fealdad" que leía en las historias que llegaban: tumbas en las casas y en las plazas, mártires sin identificar, sin despedidas ni testigos. Historias de perros que, engañados por el hambre, devoraron la carne de un mártir; de la larga fila de "llanto" frente al inodoro del campamento; de la tienda de campaña... y de vivir en un pedazo de "infierno". Hablaba de un niño que anhelaba pan y carne, y de una novia que perdió a su "amado" en el día de su boda.

Intenté tratar la edición como una profesión, nada más, pero me sentía como si estuviera muriendo mientras acompañaba al mártir a su descanso final, con sus hijos llorando a sus espaldas.

¿Cómo podía limitarme a pulir el texto, eliminar lo superfluo, agregar contexto y verificar la exactitud de los hechos y la información, mientras lo acompañaba en el mismo ataúd, con la única diferencia de que la exterminación me había dado un poco más de tiempo para respirar?

Alguien confiaba en mí. En una ocasión, durante los eventos en Jerusalén y Cisjordania en 2015, me pidió que, si moría como mártir, escribiera su historia. ¿Cómo traicionar esa confianza? ¿Cómo dejar que el texto comenzara con un simple "fue mártir" y siguiera con frialdad, entre "dijo", "agregó", "continuó" y "siguió"? Regresaba a afilar mi pluma, sacudía el polvo del agotamiento que pesaba sobre mis

hombros, y vertía en el papel las "palabras" que invocaban el espíritu de la humanidad y glorificaban los sueños de los mártires... sus posturas, sus nombres.

Cada día, me llegaban informes e historias con diferente capacidad para hacerme "crear la escena en mi mente como si fuera una imagen". Eso era lo que debía suceder, dado el escaso material visual entre las orugas de los tanques del ocupante. "Y qué lástima que no siempre fuera posible". Tenía que hacerlo, incluso sin internet; aquí, soy una de las que construyen el acontecimiento. "No lo invento, simplemente lo describo como una escena" en la que las palabras se convierten en una imagen en la mente del lector.

¿Cómo puede pasar desapercibido el hecho de que una persona con discapacidad fuera quemada viva en una escuela convertida en refugio, sin describir los pies temblorosos de su padre en la fila de los detenidos? ¿Cómo puedo dejar que su sensación de impotencia se esfume, mientras ve cómo las llamas se alzan por la ventana de la habitación donde ella solía dormir? ¿Cómo puedo ignorar su incapacidad para hacer otra cosa que no sea llorar, sabiendo que, si abría la boca, lo habrían ejecutado sin duda alguna?

Estoy completamente convencida de que la relación entre edición y escritura es la relación del "todo" con la parte, así lo dicen las teorías de la comunicación. Los medios no logran su propósito sin una "edición" que refine el mensaje. El proceso abarca tanto el pensamiento como la expresión, transmitiendo los hechos a través de símbolos que el público recibe con el oído, la vista o ambos al mismo tiempo.

Pero la situación no era tan idílica. Tenía que crear "foco" y sacar del fondo del saco de palabras lo necesario para lograrlo, mientras cuatro niños, entre ellos gemelos de apenas dos años, no se alejaban de mi lado, temblando de miedo con cada misil que pasaba.

Tenía que terminar el trabajo antes de que la batería se agotara y el sol se ocultara. Al mismo tiempo, debía estar lista para abrir mis brazos y acoger el miedo de los cuatro a la vez, después de cada explosión cercana.

También me tocaba desempeñar con destreza el papel de madre desplazada: cocinar con leña, frotar mi "desconsuelo" junto con montones de ropa sobre el suelo, lavar los platos con una botella a la que le hice un agujero en la tapa, y asomar la cabeza por la ventana que da hacia la frontera cada hora, para asegurarme de que la carreta que trae agua potable, tirada por un animal, no nos hubiera olvidado y pasara de largo.

Después de dos meses de "exterminio", finalmente conseguí una tarjeta SIM, volví a estar conectada al mundo. Cada mañana subía al techo del edificio para captar algo de "internet" y, al mismo tiempo, contemplaba el rostro triste de la ciudad. Me preguntaba, mientras veía la multitud de desplazados a lo largo de la frontera: ¿cómo describió Mahmud Darwish la patria como "la casa, la morera, el gallinero, las colmenas, el olor del pan y el primer cielo", cuando ahora, de todo eso, solo nos queda "el cielo"... y una tienda de campaña?

Ignoro el rugido de los aviones de combate que sobrevuelan

el paraíso de los mártires y, con una conexión que apenas "sobrevive", abro mi bandeja de correo de la red. Encuentro propuestas de nuestras compañeras escritoras que colaboran con nosotras por encargo, intentando cumplir la "misión" de documentar esta etapa, seguidas de disculpas por no poder completar las tareas, debido a los interminables obstáculos de la guerra y el desplazamiento.

El invierno pasó pesado, al igual que el trabajo bajo el fuego. Leía un informe o una historia y necesitaba hacerle una pregunta a su autora sobre algún dato que faltaba, una frase que no transmitía su significado completo, o sobre el lugar y el momento del suceso, pero me encontraba sin la posibilidad de hacerlo por la falta de comunicación, que se prolongaba durante días. Estábamos trabajando para "documentar el exterminio", no solo para publicar. En otras palabras, la historia debía salir de las sombras del papel como una forma de justicia para las víctimas, aunque a veces eso significara sobrepasar algunas normas editoriales.

Entre los archivos, me sorprendía encontrar un estilo nuevo en la escritura, uno que tenía como base la "desesperanza". Era como si una presencia enigmática soplara esa desesperación en cada escena, llevándome a un punto en el que estaba convencida de que la muerte aplastaría a todos sin piedad. Aun así, encontraba el texto lleno de creatividad, lograba envolverme en lo familiar del "exterminio", y podía escuchar a la autora decir en silencio: "Estoy aquí, oculta entre las líneas. Mi alma está aquí, mi dolor también, en las palabras de la víctima... igual que ella, estoy en la última fila, esperando la guadaña".

Por el contrario, me sorprenden las escritoras que aún tienen espacio para la canción. Escriben desde el exilio sobre el arte y la música, las decoraciones de Ramadán, y un Eid que no se parece a una tienda de campaña. Hablan de intentos de adaptación, de historias de aprendizaje y del saludo a la bandera. En cualquier caso, no altero el espíritu de la escritora, ni convierto sus textos de alegría en "oscuridad". Estoy convencida de que el mundo que ve a "Gaza" morir, debe escuchar también la canción de la vida que brota de su vientre, nacida del "vacío".

El 29 de febrero de 2024, a las seis de la mañana, recogí mi alma en una maleta y me fui. Dejé Gaza buscando seguridad, solo para encontrarme sumida en un pozo de miedo sin fondo... y no me salvé.

La noche me visita en la tierra del "ausente", y el espectro de la anciana me reprocha: "hijos míos, regresen". La culpa me persigue, "pues ahora estoy viva", en una casa con techo y puerta. Tal vez sonríe, mientras mis seres queridos en Gaza lloran. Díganme: ¿cómo es que los lugares no nos abandonan así?

Del otro lado del paso fronterizo, me llega la voz débil de mi tío, "hijo de la primera nakba", desde Gaza, preguntándome: "¿Cómo estás, hija mía?" Todas las palabras se disuelven, las letras se dispersan en todas direcciones. Trago mi nudo en la garganta y lloro en silencio, porque solo aquellos que resistieron tienen derecho a hablar.

He vuelto a la edición de "historias", tratando de aliviar la culpa de mi partida con la convicción de que la escritura aún

tiene sentido en tiempos de exterminio. También sigo creyendo que las "pequeñas" penas del ser humano son miles de veces más importantes que cualquier regla del "texto", por muy impecables que parezcan sobre el papel. Escribimos porque la palabra tiene una vida más larga, una precisión mayor, sus letras se graban en la roca del tiempo y siempre regresan a quienes las invocan... aunque sea mucho tiempo después.



Sobre el significado del exterminio en Gaza

□ Amani SHNINU



Amani SHNINU

Periodista palestina independiente de la Franja de Gaza, colabora con la Red de Periodistas Internacionales y varios otros medios. Su trabajo se centra en los temas de los medios digitales y el empoderamiento de la mujer, y busca arrojar luz sobre los desafíos que enfrentan las mujeres en el mundo árabe y en el ámbito mediático.

Sobre el significado del exterminio en Gaza

Amani SHNINU

Acércate a este texto, léelo con el corazón antes que con la mente. Intenta imaginar la rápida sucesión de los acontecimientos y cómo la guerra destrozó nuestra rutina, volteando nuestras vidas por completo.

Durante un año entero vivimos los detalles de este dolor y desplazamiento. Y cada vez que intentamos asimilar lo que está ocurriendo, la verdad es que no podemos.

Los días transcurren llenos de momentos pesados, demasiados para la mente de cualquier ser humano, ¿y qué decir de una madre y periodista freelance?

7 de octubre

Eran las seis de la mañana cuando sonó el despertador, como de costumbre, marcando el inicio de un nuevo día. Desempeñaba mi papel de madre, despertando a mis hijos, preparando sus mochilas para la escuela, organizando el desayuno... Todo seguía su curso habitual, hasta que, de repente, esa rutina se vio interrumpida de forma abrupta. Todo se volvió extraño y aterrador. El eco de los cohetes resonaba a lo lejos, como si el tiempo se hubiera detenido por un instante. Corrí hacia la ventana y me quedé observando el cielo, que se llenaba con una sucesión de misiles

lanzados desde nuestras tierras en dirección a los territorios ocupados.

¿Qué está pasando?

Sentí el pánico apoderarse de mí por dentro, sin saber qué hacer. ¿Debía enviar a mis hijos a la escuela o mantenerlos en casa? Tomé una decisión rápidamente: no los enviaría a la escuela hoy, al menos no hasta entender lo que estaba ocurriendo.

Intenté escapar de la realidad durmiendo, tratando de ignorar la creciente tensión que comenzaba a asfixiarme. Me repetí a mí misma: "Ojalá sea solo una escalada pasajera y pronto termine." Me hice la dormida, con la esperanza de que todo esto fuera solo una pesadilla. Quizás en un rato estaría preparando el café para un tranquilo sábado por la mañana, como solía hacer.

Pero los sonidos de las explosiones eran más fuertes que cualquier intento de descansar. El bombardeo se intensificaba, ahogando cualquier esperanza de calma, como si la guerra se empeñara en recordarnos que no sería algo pasajero.

A mediodía, comenzaron a llegar llamadas llenas de preocupación: "Salgan de la casa, la situación es peligrosa." Vivimos cerca del mar, una zona que siempre ha sido peligrosa en cada conflicto, y no había tiempo para pensar ni esperar.

Comenzamos a empacar nuestras maletas, aquellas que se han convertido en parte de nuestras vidas, como si fueran

un ritual propio de la guerra. En cada escalada o conflicto, llevamos las mismas maletas, llenas de documentos importantes, certificados y artículos esenciales, como si siempre estuviéramos preparados para el desplazamiento. El mismo plan se repite: salimos de prisa, buscando seguridad lejos de nuestra casa. Regresamos después para encontrar las ventanas rotas, nuestros muebles cubiertos de polvo y escombros. Nos decimos a nosotros mismos, como lo hacemos cada vez: "No pasa nada, lo arreglamos," en un intento de convencernos de que la vida puede seguir adelante.

Pero esta vez la guerra fue diferente; la intensidad de la escalada fue rápida y despiadada. Solo en los primeros días, seis periodistas fueron asesinados, y mi tarea era redactar un informe sobre la situación de los periodistas bajo el fuego de la guerra. Escribir ese informe fue una de las tareas más difíciles que he enfrentado en mi vida. Las dificultades no se limitaban a recopilar información o contactar con colegas que trabajaban bajo el bombardeo, sino que cada intento de escribir era una lucha.

La electricidad se cortó por completo, la conexión a internet era sumamente inestable y el bombardeo no cesaba, ni siquiera en las zonas a las que habíamos huido. Escribía el informe con lágrimas en los ojos; sentía que todos éramos blancos indiscriminados: periodistas y no periodistas, niños, mujeres, jóvenes y ancianos. El número de mártires diarios nos lo decía, y no se detenía.

Me sentía dividida entre mis roles como madre y periodista, consciente de la importancia de cuidar la salud emocional de mis hijos, especialmente en tiempos tan difíciles. Intent-

aba calmar su miedo; con cada explosión, mi hijo pequeño corría hacia mí, preguntando con inocencia: "¿Qué es ese sonido?" No tenía una respuesta que pudiera explicar a un niño pequeño la magnitud de lo que estaba ocurriendo, así que lo abrazaba y trataba de distraerlo lo mejor que podía. Jugábamos, cantábamos y aplaudíamos, esperando que el sonido de nuestras risas y canciones fuera más fuerte que el del bombardeo. Pero la realidad siempre era más poderosa, sin importar cuánto me esforzara por construir un mundo seguro para mis hijos.

Crees que estás viviendo momentos difíciles, hasta que llegan días que te sorprenden con algo aún peor; como aquella noche que nunca olvidaré, la noche del 14 de octubre.

Nos habíamos reunido mi familia y yo, intentando disipar los pensamientos sobre lo que estaba ocurriendo, "inventando" un ambiente de calidez en medio del caos. Nos sentamos bajo la luz de una linterna, que ya se había convertido en nuestro sustituto de la electricidad cortada. Mi hermano y su familia se habían unido a nosotros, huyendo del violento bombardeo en su barrio de Sheikh Radwan. Caminaron a pie por caminos secundarios, buscando un lugar más seguro. Aquella noche no fue simplemente una reunión familiar, sino momentos en los que el miedo y la ansiedad se entrelazaban, mientras intentábamos con todas nuestras fuerzas aparentar fortaleza, aunque todo a nuestro alrededor se desmoronaba lentamente.

De repente, a las dos de la madrugada, recibí una notificación en mi teléfono: una copia de un correo electrónico dirigido a los empleados de organizaciones internacionales

en Gaza, enviado por sus directores, advirtiéndoles de la necesidad de evacuar el norte y dirigirse al sur del wadi. ¡Quedé en shock! Intenté tranquilizarme para procesar lo que había leído y confirmar la información. Le envié un mensaje a una amiga que trabaja en una organización internacional: "¿Has recibido este mismo correo? ¿Es real?" Por desgracia, el aviso era cierto.

Informé a mi familia sobre la orden de evacuación y comenzamos a compartir nuestras inquietudes: "¿Es real el plan del Sinaí?"¹⁸ "¿Estamos ante una nueva Nakba?".

¿Cómo? ¿Por qué?

No sabemos cómo han pasado los días, lo único que sabemos es que seguimos atrapados en el torbellino de la conmoción del 7 de octubre, como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante. Cada día que pasa añade más al cúmulo de dolor que sobrecarga nuestras almas. Las sacudidas emocionales se acumulan y se multiplican, construyendo montañas de sufrimiento que pesan sobre nuestros pechos y sofocan nuestras mentes. No estábamos preparados ni comprendíamos lo que estaba ocurriendo, y la orden de evacuación cayó como un rayo, robándonos el sueño y convirtiendo la noche en una pesadilla interminable.

¹⁸ Esto se refiere a las declaraciones de varios responsables israelíes, incluido el exgeneral de brigada Amir Avivi y el exembajador de Israel en Estados Unidos, Danny Ayalon, quienes abogaron por la expulsión forzada de los palestinos de Gaza a través del paso fronterizo de Rafah hacia la península del Sinaí en Egipto. Este plan ha sido ampliamente condenado como una violación del derecho internacional y de los derechos humanos, ya que implicaría el desplazamiento de millones de palestinos y un acto de limpieza étnica en Gaza.

Rezamos la oración del alba con cuerpos agotados y corazones llenos de angustia, y finalmente el cansancio nos venció, sin saber que esa sería nuestra última noche en el norte de Gaza. Al mediodía llegó mi esposo, y su decisión fue clara: "Debemos irnos al sur." Con un tono cargado de certeza, me dijo: "Prepara una bolsa con los documentos y algo de ropa que nos dure unos días. Volveremos pronto, cuando la tormenta se calme".

En el camino hacia el sur, la gente corría por las calles, aferrándose a cualquier vehículo que pasaba: "¡Llévennos con ustedes!" Miles de personas caminaban, niños y ancianos. La escena desgarraba el corazón, como sacada de las imágenes de la Nakba en la serie Al-Taghriba.

El combustible diésel estaba a punto de agotarse mientras íbamos en camino, hasta que llegamos a la zona de Al-Zahra¹⁹, en el centro de la ciudad de Gaza, nuestra última parada antes de Wadi Gaza. Nos detuvimos en casa de unos parientes, pero pronto el lugar se llenó con la llegada de más familiares, y cada reencuentro estaba lleno de lágrimas, abrazos y una tristeza compartida.

Pasaron tres días sin internet, aislados del mundo, sin saber lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Entonces, recibimos la noticia: la ocupación amenazaba con una incursión terrestre. Tras la masacre en el hospital Bautista, que cobró la vida de cientos de personas, comprendimos

¹⁹ Al-Zahra, fundada en la década de 1990 por el fallecido presidente de la Autoridad Palestina, Yasser Arafat, era un barrio del norte de Gaza conocido por sus casas amplias, numerosos espacios verdes y áreas recreativas. Está ubicado justo al norte del río Wadi Gaza.

que esta guerra no era como las anteriores. La situación se estaba intensificando rápidamente, y la amenaza de una invasión terrestre ya no era solo un aviso, sino una realidad inminente.

Decidimos dejar Al-Zahra, ya que los dueños de la casa también estaban pensando en salir. Nos preguntamos: ¿A dónde vamos? ¿A dónde puede ir una persona cuando no le permiten regresar a su propio hogar? Decidimos volver a la zona de Al-Nasr, y lo hicimos obligados, sin más opciones y con nuestras mentes atrapadas en un estado de confusión.

Durante cinco días no logramos dormir, ni de noche ni de día. La zona estaba casi desierta, los bombardeos sacudían todo el edificio, y las luces de bengala iluminaban el cielo constantemente a nuestro alrededor.

El quinto día, que coincidió con un viernes, recibimos una llamada de un oficial de la ocupación. Nos amenazó: "Tienen diez minutos para abandonar la zona de Al-Nasr y dirigirse al sur, o bombardearemos el edificio". Las maletas ya estaban listas junto a la puerta. Las tomamos y bajamos rápidamente, subimos al coche y nos alejamos lo más que pudimos del lugar. Entonces nos miramos y nos preguntamos: ¿A dónde vamos?

Estábamos atónitos, actuando casi sin conciencia, paralizados por el miedo y la conmoción. Solo el instinto de supervivencia nos impulsaba.

Nos dirigimos a la zona de Al-Jalaa, a una casa completamente vacía, donde pasamos otros tres días de sufrimiento.

Esta vez, la situación era aún más grave debido a la falta de agua, tanto para beber como para cualquier otra necesidad. Al tercer día, la ocupación lanzó sobre nosotros panfletos exigiendo la evacuación, después de una noche intensa en la que nos apiñamos todos en una sola habitación, esperando que el próximo misil cayera en cualquier momento. Por la gracia de Dios, sobrevivimos; el bombardeo impactó en un lugar cercano, pero no en el nuestro.

¡Entonces, hacia el sur!

Desocupamos la casa nuevamente y acordamos dirigirnos a Khan Younis, en el sur de la Franja. El desplazamiento nos había enseñado que las prioridades cambian; reducimos lo que llamamos hogar a una sola maleta, lo que nos hacía cargar menos peso, pero mucho más dolor.

Llegamos a Khan Younis, específicamente a Al-Mawasi, un lugar que visitaba por primera vez en mi vida. Quizás había oído hablar de él antes, pero no lo recuerdo. El área me resultaba extraña, prácticamente desierta, ubicada al oeste, junto al mar. En nuestro camino, vimos los restos del bombardeo en las áreas de descanso y el nuevo puerto. Sin embargo, fuimos afortunados –las tres familias– al encontrar una casa de alquiler, con electricidad por una o dos horas al día, agua, pero sin internet.

Pueden imaginarse nuestra frustración al intentar enterarnos de las noticias. El sonido de las explosiones no cesaba durante todo el día. La primera noche fue particularmente difícil; lanzaron sobre nosotros bombas de iluminación y de gas, y escuchamos el zumbido constante de los drones

quad copter y los aviones de combate sobrevolando. Nos preparamos, empacamos nuestras cosas, anticipando otro posible desalojo. Las horas pasaban con lentitud, y nos preguntábamos qué ocurriría después. Eran horas interminables, llenas de incertidumbre: ¿Qué está sucediendo? ¿Qué quieren de nosotros?

A través de la conexión limitada de un chip de datos, pude averiguar que solo se trataba de un "evento de seguridad", sin más detalles. Intenté calmarme para poder tranquilizar a mis tres hijos: Abdulrahman, el mayor, de 10 años, Kinan de 4 años, y Mohamed de 3. Ellos no comprendían por qué habíamos dejado nuestra casa ni por qué seguíamos moviéndonos de un lugar a otro. Estaban asustados, no dormían bien, y esa noche los mantuvimos despiertos hasta medianoche, esperando un posible "escape" de emergencia.

La noche pasó, y aún no entiendo cómo nuestras mentes soportaron tanto miedo.

Al día siguiente, supimos por los vecinos que nuestra casa había sido bombardeada, y que varios seres queridos habían muerto, incluidas amigas cuyas caras no puedo sacar de mi mente. Una de ellas tenía dos hijas que parecían ángeles; perdió la vida junto a sus pequeñas, su esposo y toda su familia.

Intenté reunir fuerzas para trabajar y redactar mis propuestas. Pasaba días enteros tratando de escribir una sola palabra, transmitiendo únicamente las noticias más importantes. Ser periodista freelance significa no tener estabilidad ni laboral ni económica; tu institución no te enviará ningún

pago si no entregas trabajo, aunque las circunstancias sean tan catastróficas como las que estamos viviendo. Solo les interesa que les envíes propuestas que se alineen con su agenda, mientras tú luchas por encontrar una señal de internet y un momento en que los bombardeos cesen, algo que no ocurre.

El impacto de todo lo vivido dominaba mis manos y mi mente. ¿Cómo puedes presenciar la destrucción, abandonar tus lugares queridos, perder a las personas que amas, y luego simplemente seguir adelante? Mi casa, con todos sus detalles: sus paredes, el cómodo sofá en el que me gustaba trabajar y tomar café, y el balcón con vistas al mar, todo eso se ha esfumado, ¡terminado! ¿Cómo continuar trabajando después de eso? Todos los días intento abrir mi computadora y el archivo de Word, pero la página sigue en blanco durante días. El simple hecho de sobrevivir y seguir adelante requiere una enorme cantidad de energía, ¡mucho más aún el trabajar!

A pesar del agotamiento físico y emocional, logré completar mis reportajes y seguir trabajando, todo ello mientras asumía nuevas tareas que la guerra nos impuso: lavar la ropa a mano por la falta de electricidad, hacer y hornear el pan en hornos de barro rudimentarios, y buscar comida para comprar. A menudo terminábamos comprando alimentos enlatados, ya que las verduras eran escasas, y cuando se encontraban, los precios eran exorbitantes.

A veces cierro los ojos y me imagino en Gaza, como era antes de la guerra. La extraño, extraño su belleza y la fluidez de la vida en ella. Que vuelva... que vuelva, y prometo que

nunca me quejaré del tráfico, ¡lo juro!

El 2 de noviembre escuché una noticia que, cada vez que la recuerdo, intento imaginar lo que dijo el testigo ocular: "Nuestras casas fueron bombardeadas con barriles explosivos. Las vi elevarse del suelo, para luego volver hechas pedazos, creando un cráter enorme y profundo."

Estoy hablando de la masacre en un bloque residencial en Al-Bureij, parte de una cadena de masacres que se han llevado a cabo en Jabalia, Sheikh Radwan, el campo de refugiados de Al-Shati, Beit Lahia, Nuseirat, y masacres en cada calle, en cada área, que ocurrieron y siguen ocurriendo.

Las noticias continúan llegando, las escuchamos como si fueran parte de una memoria antigua. La voz de la locutora me transporta a los largos boletines que escuchaba desde mi infancia, las mismas palabras de siempre: muertos, heridos, bombardeo, destrucción, masacre... Siento que esa voz proviene de lo más profundo de mi memoria, para luego dar paso a otro intermedio: "¿Dónde están los millones de árabes? ¿Dónde está el pueblo árabe?". Esa canción nacionalista que todos en nuestra tierra conocemos bien, generación tras generación, y cuya pregunta aún no ha encontrado respuesta.

¿Te has cansado de leer?

Nosotros, en cambio, estamos agotados hasta los huesos, el cansancio ha devorado nuestros corazones y cuerpos. A veces siento que estoy al borde de la histeria, preguntán-

dome: ¿Cómo pudieron arrebatarnos Gaza? ¿Quién les dio ese derecho?

Vivimos tantos años reduciendo la imagen de nuestra patria a Gaza, con sus calles, sus barrios, sus cafés y cada uno de sus rincones. Nunca imaginamos que una guerra como esta cambiaría la geografía de nuestro primer sueño, de nuestra pequeña patria.

Otro desplazamiento

Después de siete meses en la casa alquilada, el propietario decidió aumentar el alquiler a más del doble de la cantidad mensual que pagábamos. La cifra era desorbitada, llegando a 5.000 dólares, un precio que solo las organizaciones internacionales podían permitirse después de que sus oficinas fueran bombardeadas. Tras una ardua búsqueda de otra vivienda, terminamos en un contenedor de metal, convirtiéndose este en nuestro sexto desplazamiento hacia una vida completamente inhumana.

Durante los primeros días allí, caí enferma, y mis hijos contrajeron hepatitis. Por supuesto, no teníamos el lujo de acudir a un médico ni obtener una receta. Todo lo que pudimos hacer fue preguntar a un farmacéutico por analgésicos y buscar en Google cómo tratar la enfermedad y las medidas preventivas que podíamos tomar.

En la vida del campamento, incluso las tareas más simples del día a día se convierten en un verdadero sufrimiento, especialmente ante la falta de electricidad e internet, y con la señal débil del chip electrónico que usamos como sustituto

del internet. Para enviar un correo electrónico de trabajo, me veo obligada a salir en busca de un punto de conexión, ya sea en un café o en la calle.

Recuerdo una frase de una amiga que solía decir: "El trabajo freelance es mejor para las madres, les da más libertad para ejercer su maternidad y trabajar sin estar atadas a un horario o tiempo fijo". Pero en esta guerra, donde desempeño múltiples roles al mismo tiempo, me di cuenta de que lo que decía mi amiga no era del todo cierto. Pensaba que la independencia del trabajo freelance me permitiría contar las historias que considero importantes, pero rápidamente descubrí que esa libertad trae consigo una pesada carga. Muchas de las historias sobre la guerra han sido rechazadas, tal vez porque el mundo está cansado de escuchar nuestras historias tras un año entero de conflicto, y quizá no somos el centro del universo como creemos.

Me veo obligada a trabajar sin ningún tipo de apoyo logístico o equipo de protección, y no hay un equipo que me traslade o me proteja. Estoy sola con mi computadora, moviéndome de un lugar a otro, ya sea buscando una conexión a internet o escapando de un bombardeo imprevisto.

Un día estaba trabajando en una historia importante, pero los aviones de combate comenzaron, sin previo aviso, a disparar. Nos congelamos en nuestro lugar durante unos segundos, mientras las balas golpeaban las paredes del contenedor en el que estábamos. No sé cómo logré cerrar la computadora, ponerle los zapatos a los niños y correr sujetándolos de las manos. Tuvimos que caminar entre las tiendas de campaña con las cabezas agachadas, ya que

las balas nos seguían, pasando por encima de nosotros, mientras los tanques avanzaban junto con los aviones hacia nuestra dirección. Cruzamos por pasillos estrechos hasta llegar a la carretera principal, donde nos refugiamos detrás de unos camiones estacionados. No había tiempo para pensar ni para decidir a dónde ir, solo corrimos hasta llegar a la zona de Deir Al-Balah.

Este fue un desplazamiento temporal. Durante tres días dormimos sin descanso real, nuestras almas seguían corriendo, huyendo de fantasmas que nos perseguían con balas, expulsándonos incluso de los campamentos.

Regresamos cuando la ocupación se retiró de nuestra zona y continuamos nuestra vida en el campamento. Cada mañana enviamos nuestros teléfonos móviles, computadoras portátiles y las baterías que usamos para iluminar por la noche a un punto de carga en la calle. Esperamos un promedio de tres horas al día para que se carguen por completo. Usamos nuestros teléfonos con cautela, limitando las llamadas al mínimo, y cuando escribo algo para trabajar, mantengo el brillo al nivel más bajo, aunque eso daña la vista. Pero ante el reto de la carga, no tenemos otra opción. De hecho, ¿qué parte de nuestras vidas no nos causa daño?

El sufrimiento nos rodea por todos lados, como si fuera parte de esta nueva vida que no elegimos, pero que estamos obligados a soportar.

Por la noche, miro a mis hijos quedarse dormidos bajo la luz tenue de una batería que apenas ilumina el lugar, y me doy cuenta de que la guerra no solo nos ha arrebatado nues-

tras casas y nuestros sueños, sino que también se lleva de nuestras almas la paciencia y la resistencia. Nos roba la infancia de nuestros hijos y su derecho a la vida. Trabajo desde el corazón del campamento, con los niños siempre a mi alrededor; el espacio es pequeño y no hay otros lugares para que jueguen aquí.

¿Por qué escribo?

Escribo porque la escritura es poder, y nuestras historias deben ser escuchadas. Después de un año completo de genocidio, lo que ven a través de las pantallas es solo una parte de lo que realmente sucede. Todos los días, a cada momento, intentamos mantener nuestra humanidad, resistimos y nos negamos a normalizar la devastación. Me entreno a mí misma, cada vez que salgo a la calle, para recordar que estos campamentos llenos de tiendas improvisadas y abarrotadas no son nuestra vida normal, no son la Gaza que conocemos y merecemos.

Sí, no puedo negar que siento amargura e impotencia, pero he aprendido a crear esperanza de la nada, incluso cuando todas las circunstancias son imposibles y catastróficas. Y aunque sobrevivir en medio de este genocidio sea agotador, no dejaré de documentar lo que ocurre, hasta que la guerra termine y recuperemos nuestro derecho, nuestra existencia y nuestra Gaza.



**¡Dos días
y regresamos!**

 Amal HABIB

A black and white photograph showing a scene of significant destruction. In the foreground, there is a large pile of rubble, including broken concrete blocks, bricks, and twisted metal. Two people are standing on the left side of the frame, looking towards the center. In the lower right foreground, another person is sitting on the ground, surrounded by debris. The background shows more damaged buildings and structures, with some trees and utility poles visible. The overall atmosphere is one of devastation and hardship.

Amal HABIB

Periodista palestina de la Franja de Gaza. Ha escrito para numerosos medios de comunicación locales y árabes, y desde el inicio de la guerra ha contribuido a documentar diversos aspectos de la realidad y la vida cotidiana de los palestinos en la Franja de Gaza a través de una serie de reportajes periodísticos y videos.

¡Dos días y regresamos!

Amal HABIB

¿Cómo pueden desaparecer 20 tiendas de campaña?
¿Cómo se entierra a una persona viva? Escribo esto mientras esa pregunta resuena en mi cabeza. Estoy documentando mi testimonio durante un año de exterminio en Gaza, y la barra roja de noticias urgentes aparece ahora frente a mí, interrumpiendo mi pensamiento; es una muerte sin sangre, sin cuerpo, sin sonido. ¿Por qué ese rojo? “¡Se han evaporado!”

La oficina de prensa del gobierno confirma en un nuevo boletín: "22 mártires que aún no han sido trasladados a los hospitales tras la masacre en Al-Mawasi, Khan Younis. Sus cuerpos se han derretido y desaparecido debido a las enormes bombas que el ocupante utilizó para matarlos". La noticia terminó, el boletín de emergencia se desvaneció, y ellos desaparecieron por completo, se evaporaron. Escribo para que no nos desvanezcamos, para que la historia no se pierda, para que no seamos simplemente un titular urgente sin sangre.

Somos testigos de una guerra sin precedentes, un borrado completo de familias enteras del registro civil desde el primer día de la agresión, también de bloques de viviendas. Nunca hemos enfrentado una potencia de fuego que nos haya destruido de esta manera: un asedio, hambre, y permítanme detenerme un momento en este último punto y hablar sobre el hambre en "el norte de Gaza".

Nunca había escrito mientras tenía hambre, nunca había ejercido mi trabajo sintiendo este vacío. Quiero un trozo de pan y una taza de té caliente. Deseo una taza de café y un pedazo del chocolate que me gusta, quiero un plato de ensalada, una alimentación visual para mi corazón y mi estómago. El hambre me está picando, se refleja en mis rasgos: ¡estoy viviendo la hambruna por primera vez!

Al Duwar Al-Kuwait, al sur de la ciudad de Gaza, se manifiesta el verdadero significado de la hambruna. Allí, cientos de víctimas esperan un saco de harina en medio del fuego y la pólvora, mientras la ocupación israelí impone una guerra de inanición para establecer un récord en esta guerra de exterminio.

El tiempo de espera se extiende durante todo el día, con la esperanza de que un convoy de ayuda pase, cargado con la harina necesaria para hacer un pan. También se espera que pase sin ser alcanzado por los proyectiles que bloquean la llegada de la ayuda; un castigo y una estrategia de hambre para quienes permanecen en el norte de Gaza y se niegan a desplazarse al sur.

Estaba a punto de dirigirme allí para capturar una imagen y compartir con el mundo los detalles de la hambruna que había llevado a todos los sectores de la sociedad hacia el Duwar Al-Kuwait. De repente, escuché la noticia de la masacre que se cobró cientos de vidas... ¡mi esposo estaba allí!

En lugar de ir a Duwar, me dirigí al complejo médico de Shifa y comencé mi búsqueda en las neveras de cadáveres, tratando de localizar a mi esposo entre los desconocidos.

Había salido por la mañana hacia el Duar, con la esperanza de cumplir el sueño de nuestros hijos de tener un trozo de pan. ¡Ellos le habían dicho: “¡No queremos forraje ni cebada, queremos pan que se pueda comer”!

Escribo sobre los sueños de mis hijos, sobre el trozo de pan que anhelan, sobre nuestro dolor y nuestra hambre. ¿Acaso alguien nos escucha? ¿Se ha imaginado alguien que podría agradecer a los animales en Gaza por compartir su comida, como lo hice yo?

No hay forma de contactarlo, no tiene identificación. Perdimos nuestros documentos y papeles oficiales durante el bombardeo de nuestra casa al inicio de la guerra. Un hombre grita en la esquina del área de recepción: "Identidad desconocida junto a las neveras".

No lo encontré. Un trabajador me dijo que cada persona desconocida frente a él ya tiene un familiar que la ha identificado. En ese momento, limpié mis lágrimas y agradecí a Dios por ellos; al menos podrán enterrarlos, despedirse de ellos y encontrarles un espacio en una tumba temporal. Murmuré una oración y continué mi búsqueda entre los heridos.

Los heridos yacen en el suelo del área de recepción y urgencias, sangrando y gritando de dolor: miembros amputados, fragmentos incrustados en sus cuerpos y cicatrices dispersas al azar. Mi memoria captura la escena mientras mis ojos documentan cada detalle.

No perdí a mi esposo; él regresó del Duar después de ayudar a los heridos a conseguir un carro tirado por un burro

para llevarlos al hospital de Shifa. No lo perdí, pero perdí la capacidad de caminar durante dos días tras torcerme el tobillo mientras corría a buscarlo entre los mártires.

A pesar de todo este panorama surrealista, mi pequeño Basel (tres años y medio) declaró un estado de alerta durante el funeral de mi primo, quien falleció en la masacre del trigo. Lo llevan en hombros y lo colocan frente a su madre, mientras sus cinco pequeños hijos se agrupan alrededor del ataúd blanco. El llanto de Basel rompe el silencio del duelo, golpea la puerta con su pie y grita: "¿Dónde está la harina? ¡Papá, quiero pan!".

Es difícil para cualquiera de ustedes comprender lo que escribo, a menos que hayan experimentado la sensación del hambre. El hambre te hace sufrir, sentir impotencia, desamparo y frustración.

¿Cómo puedo transmitirles la expresión de mi hijo cuando recibimos un pollo en agosto pasado, después de meses de restricciones, interrupciones y privaciones? Ese pollo, que pesaba dos kilos, llegó tras la autorización del ocupante para que cinco camiones entraran en el norte de Gaza. Mi hijo se sentó junto a él, lo contempló con curiosidad y preguntó: "¿Dónde están sus patas? ¿Ahora va a despertar y volar? ¿A mí me gustaba antes de la guerra?"

¿No les he dicho que cargamos con el desconsuelo antes y después de cada comida?

Podríamos traicionar la confianza del periodismo si no transmitimos la realidad, si no escribimos, si dejamos de docu-

mentar. Como periodistas, estamos viviendo una experiencia única, donde nos hemos convertido en historias, testigos y víctimas. Uno de nosotros lleva un casco con la palabra "PRESS" grabada, mientras que otro se pregunta: "¿De qué sirve el casco si el ocupante puede arrancarte la cabeza, como hizo con nuestro compañero, el mártir Ismail Al-Ghul?"

Soy parte de esta historia: con una mochila de desplazamiento auestas, mi pequeña Maha agarrando el borde de mi vestido, las explosiones zumbando sobre nuestras cabezas, el teléfono en mi bolsillo, tratando de sostenerlo entre mis manos. Debo capturar la imagen y también refutar la narrativa del ocupante, que nos atacó de repente, irrumpiendo en el barrio de Shujaiya, al este de Gaza, por tercera vez sin previo aviso, como alegó su propaganda. Debo cuidar de mi bienestar y el de mis hijos, tranquilizándolos con que vamos a salir adelante. Y, por supuesto, debo pensar en dónde desplazarnos: ¿cuál es el camino? "¿A dónde vamos?"

La tercera vez que nos desplazamos fue la más dura: las explosiones caían entre nosotros y sobre nosotros; huíamos de la muerte hacia otra muerte. Llamaba a mis hijos uno por uno mientras corríamos y llorábamos. No fue fácil para mí, como madre, grabar un video de mi hija mayor retorciéndose y gritando: "¿Dónde está papá?" Sin embargo, lo hice; sentí que era mi deber, que esa era mi misión.

Era una escena que evocaba "la nakba palestina". Escuchaba las voces de los héroes de la serie, su acento, el grito de "Abu Saleh": "¡Dos días y regresamos!" ¿Cómo pude hacer todo esto?

Al día siguiente, publiqué el material que había capturado con mis ojos y mi corazón, limpié mis lágrimas, pero, ¿quién se encarga de borrar el desconsuelo?

Me siento en una sala de internet al oeste de la ciudad, abarrotada de periodistas que desean subir sus materiales y enviarlos para su publicación. Si logras captar una señal débil, te consideras afortunado.

Y no soy afortunada solo porque he podido subir mi material a las plataformas, sino porque ahora poseo habilidades nuevas, más allá de la escritura y el periodismo. Me enorgullezco de que sé preparar leña y cortarla con una motosierra, encender fuego y cocinar. Cocinar sobre el fuego no me lleva mucho tiempo, pero sí me cuesta salud; respiro el aire junto con el humo negro, ya que quemo esponjas, plástico y ropa. Después de que la leña escaseó, quemé todo lo que pude. ¡Esta guerra también ha quemado nuestros corazones!

A veces me encuentro en la fila para el agua, llenando un tanque negro que está en una esquina del almacén improvisado donde vivo. En otras ocasiones, sostengo la ropa entre mis manos y la froto con fuerza. Aquí, todo se ha vuelto manual; hemos dejado atrás la era de la automatización.

Esta vida no se parece a nosotros; es extremadamente primitiva. Me encuentro saltando en una carreta tirada por un burro para llegar a mi oficina en el centro de la ciudad. No importa si mi medio de transporte es un burro o un automóvil; lo importante es que el mensaje ha llegado. Estoy avanzando por el camino que elegí desde pequeña, cuando me paraba frente al espejo, hablándome a mí misma mien-

tras sostenía un cepillo como si fuera un micrófono, imitando a Laila Odeh y Shireen Abu Akleh. Esperaba el día en que llevaría el dolor de mi nación, y hoy, aquí estoy, cargando el sufrimiento y mi patria juntos, transmitiendo la verdad como nos enseñó la difunta Shireen, para que el panorama quede claro ante ustedes.

Mi preocupación está aparcada, ignorada por el mundo. Soy la madre desplazada y periodista; debo mantener mi energía emocional, cuidar de mi frente interno (mis hijos), mantener mi equilibrio, mi trabajo, mi misión y mi identidad...

Capturen imágenes de mí mientras me despido de mis seres queridos y miembros de mi familia. Yo soy la imagen, lanzándome sobre el cuerpo de Cham, Jamal y Rania, los nietos de mi tío, y amigos de mis hijos. Los tres se fueron juntos, con sus rostros infantiles y ojos brillantes, una inocencia inigualable. ¿Por qué los mataron? ¿Por qué debo decirles a mis pequeños que no volverán a jugar con ellos, que se han ido a una nueva vida sin muerte, sin cohetes, sin artillería?

El periodista palestino, durante esta guerra, ha visto su corazón desgarrarse una y otra vez; porque la ocupación no solo ha arrasado su ciudad, sino que también ha intentado borrar la memoria y la historia: cada rincón de Gaza nos habita, representa nuestra identidad, nuestras raíces y nuestro origen.

Cuando caminas por las calles de esta ciudad costera y sientes que te pierdes, te preguntas: "¿Dónde estoy?". Esta fue una de las emociones más difíciles que experimenté como

periodista al documentar la vida durante la guerra; nunca imaginé que llegaría a "perderme" en las calles de Gaza.

Las facciones de la ciudad han cambiado; todo está inerte, rodeados de escombros. Durante la guerra de exterminio, intenté conservar mi energía emocional, creyendo en la justicia de nuestra causa, en el derecho a la autodeterminación, en la libertad; pero a veces, todo se siente como la muerte.

La historia de los cuerpos esparcidos, las bolsas llenas de kilos de restos humanos; cada 70 kilos representan un cuerpo²⁰. ¿Alguna vez has tenido que lidiar con esta medida como periodista? ¿Te has encontrado con una bolsa esperando ser pesada y medida? ¿Has capturado la imagen de una madre que busca un peso más ligero, diciendo que su hijo es de constitución frágil y que quiere los restos de su hijo sin alteraciones?

No puedes detenerte en la cobertura; se espera que escribas, que documentes, que te muevas de una historia a otra, de una rama de un árbol a otra. Agradezco a Dios que haya concluido la tarea de encontrar una altura adecuada para colgar la solución médica de un niño herido en el hospital Bautista, en el centro de Gaza.

Aquí, no hay medio de escape; simplemente estar herido significa una muerte lenta, una táctica que el ocupante is-

²⁰ El devastador impacto de los bombardeos israelíes en Gaza deja frecuentemente cuerpos humanos fragmentados e irreconocibles. En estos trágicos casos, los profesionales de la salud se ven obligados a recoger los restos y entregar a las familias en duelo bolsas que contienen los restos de sus seres queridos, identificados únicamente por su peso (¡70 kg, un cadáver!). Esta práctica macabra subraya la brutal realidad de la guerra y el impacto deshumanizante de la violencia indiscriminada infligida a los civiles palestinos.

raelí utiliza después de atacar los hospitales y el sistema de salud completo en el norte de Gaza. Aquí no hay medicinas ni camas; incluso el personal médico se ha visto obligado a desplazarse al sur, y algunos han sido arrestados, mientras que muchos otros se cuentan entre los mártires, víctimas de un ataque sistemático y de asesinato directo.

El tratamiento se improvisa utilizando un árbol, y la familia del niño herido se aferra a la esperanza de la recuperación. Esta es la realidad de más de 100.000 heridos desde octubre pasado.

Durante dos meses, he estado capturando y anotando detalles y escenas desde el hospital Bautista en Gaza, especialmente después de que mi sangre se espesó y sufrí un pequeño derrame cerebral.

¿Se ha congelado la sangre en mis venas? Mis pies ya no pueden sostenerme, el peso es abrumador, mis hijos lloran. Me encontré tendida en el suelo de un "tuk-tuk" en un camino accidentado, lleno de baches y escombros, escuchando una súplica: "¡Amal, no pierdas el conocimiento!"

Llegamos al hospital Bautista, y en estas condiciones, encontrar una cama es casi imposible. La escena era la siguiente: llevaban a un mártir, levantaban a un herido, una aguja en la vena, y el médico hacía muchas preguntas sobre el historial del dolor, sobre cuándo se me adormecieron las manos y la cara. ¿Sientes tus pies? Luego, de repente, me lanza preguntas extrañas: "¿Te sientes ansiosa? ¿Has estado bajo presión? ¿Has experimentado una tristeza profunda?"

Intenté mirar a los ojos del médico; abrí bien los ojos para asegurarme de que la pregunta era dirigida a mí en particular, y le respondí: "Soy Amal, una periodista de Gaza. ¿Es suficiente esta respuesta o necesitas más?"

Dejo el teclado. Mis pequeñas, Maryam y Maha, me llaman, quieren que vaya de inmediato con ellas. ¿Qué están haciendo aquí?

De los escombros de su habitación, han construido un muro para su ciudad de juegos, tratando de arrancar la vida de las garras de la muerte.

Aquí está Gaza, que nadie podrá comprender. No dejaremos de escribir sobre Gaza, sobre las víctimas, sobre el amor y la guerra, y sobre la voz de la vida.

Esta no es solo una ciudad; es la madre de todas las ciudades que nos habita y en la que habitamos. En tiempos de guerra, Gaza se despide de sí misma. Así es como sobrevive, así es como muere; luego llega la madre del mártir, sonrío, lleva el cuerpo de su hijo sobre sus hombros, sonrío y llora al mismo tiempo, y dice ante las cámaras: "¡Oh Allâh! Recompénsame en mi desgracia y sustitúyela por algo mejor". para declarar la validez de la resistencia. ¿Acaso no es el periodismo, en su definición clásica, una forma de resistencia?



Regreso de la muerte

□ Mohammad AL-SAWAF



Mohammad AL-SAWAF

Cineasta y periodista palestino de la Franja de Gaza.

Regreso de la muerte

Mohammad AL-SAWAF

En Palestina, especialmente en la Franja de Gaza, todo nos resulta familiar. Vivimos las dificultades como si fueran parte de nuestra piel, acostumbrados a la ocupación continua, al desplazamiento, la represión, el bloqueo y las guerras. Conocemos este largo camino lleno de espinas, y sabemos cómo seguir adelante a pesar de todo. Sin embargo, la guerra de exterminio que Israel comenzó en octubre de 2023, y que se niega a detener hasta el momento en que escribo estas palabras, no es familiar para ningún habitante de Gaza, sin importar su trabajo o estilo de vida. Esta guerra ha cambiado el rostro de las cosas, privando a la gente de la capacidad de adaptarse a sí misma, separándola de sus costumbres, y haciendo que cada momento se sienta como una supervivencia temporal.

Como periodistas y cineastas, nos encontramos como extraños en nuestras propias tareas, como si las herramientas y planes que conocíamos ya no fueran suficientes para lidiar con este infierno. Esta guerra no solo ha cambiado nuestra forma de trabajar, sino que ha afectado nuestras vidas, nuestro comportamiento y cada detalle de los días que vivimos en Gaza.

Como periodista y cineasta, he pasado toda mi vida en la Franja de Gaza, donde las historias de la Nakba y la Naksa forman parte del pasado de mi familia y de su experiencia personal. Fui testigo de la primera Intifada cuando era un

niño pequeño, y viví la segunda Intifada al inicio de mi juventud. Desde entonces, las guerras se han convertido en una parte fundamental y recurrente de nuestras vidas.

Comencé mi carrera en la industria del cine en 2009, después de haber trabajado en el ámbito del periodismo escrito. Las guerras consecutivas en Gaza se convirtieron en el material para nuestras películas; no íbamos en busca de las historias, sino que ellas llegaban a nosotros. Compartimos el mismo sufrimiento que la gente, lo que nos otorga una mayor capacidad para transmitir sus historias y experiencias de manera auténtica y realista.

En 2017, fundé la empresa "Alf Multimedia", una productora especializada en documentales, compuesta por un equipo de amigos y colegas apasionados por el cine. Con cada conflicto en Gaza, sabemos que nos esperan días difíciles. Por eso, diseñamos un plan desde el inicio de cada ataque. No guardamos el equipo de filmación básico en la oficina de la empresa, sino que lo distribuimos entre los miembros del equipo, especialmente las cámaras, los objetivos y los equipos de sonido. Hay dos razones para esto: primero, para proteger el equipo en caso de que la empresa sea destruida o atacada, asegurándonos de que tengamos lo esencial para continuar trabajando y documentando los hechos. Segundo, porque contar las historias de la guerra requiere estar siempre preparados; la cámara debe estar con nosotros o en el asiento del coche, lista para empezar a grabar de inmediato y seguir la historia. No hay espacio para la espera ni la planificación previa.

Distribuíamos las cámaras entre los camarógrafos para que,

si uno de nosotros se quedaba fuera de acción, la cámara del otro siguiera grabando.

Detrás de cada persona hay una película

Como cineastas, no siempre nos interesaba lo mismo que a los periodistas que cubren los eventos y luego pasan al siguiente. La primera instrucción a nuestro equipo era que no solo cubriáramos las noticias; lo que es importante para los periodistas no necesariamente lo es para nosotros. Nos enfocábamos en lo que sucedía entre bastidores. Por ejemplo, si una casa era bombardeada, nuestra historia podía centrarse en un miembro del equipo de rescate que intentaba salvar vidas, en un niño que observaba desde lejos o en una mujer buscando algo entre los escombros.

Nuestra cobertura no terminaba cuando el evento lo hacía; perseguíamos lo que venía después de la noticia. Creíamos que detrás de cada persona había una historia, una idea para una película. Nos comprometíamos a observar, seguir y registrar sus detalles para completar la grabación más adelante. Así fue nuestra promesa en esta guerra... pero resultó ser mucho más grande de lo que imaginábamos.

Durante la primera semana de la guerra, algunos miembros del equipo sugirieron evacuar nuestra empresa y sacar todo el equipo, pero sentí que hacerlo sembraría el miedo entre nosotros. Decidimos mantener el enfoque de siempre: tomar solo las cámaras, y esta vez añadimos un equipo principal de edición. Casualidades de la vida, esa misma noche la edificación donde se encontraba nuestra oficina, junto con partes del barrio de Al-Rimal, fue bombardeada y destruida

por completo.

Afortunadamente, sobrevivimos, y con nosotros el equipo de edición, algo crucial ya que a menudo algunos miembros del equipo y yo pasábamos la noche en la oficina si nos retrasábamos con la documentación o si teníamos trabajo nocturno. En cuanto a nuestras familias, ¡Dios las cuide! Este es el precio de trabajar en esta industria y en nuestra tierra. La familia siempre es la que más sufre, lamentablemente. La responsabilidad recae principalmente en mi esposa y algunos de mis hermanos, quienes me ayudan a asegurar la protección de mi familia. Al igual que muchos en Gaza, mi suerte es que vivo en un pequeño edificio donde mi familia, mis padres y hermanos, compartimos el espacio como si fuéramos un equipo.

Hogar y oficina

Después del bombardeo de nuestra oficina, nuestra preocupación principal no era tanto lo que había sucedido, sino cómo encontrar un nuevo lugar para trabajar, especialmente con los cortes de electricidad en Gaza. No encontré una mejor opción que mi propio apartamento, donde tenía más control sobre las condiciones. Afortunadamente, ya lo había equipado con paneles solares y baterías debido a los problemas crónicos de electricidad en Gaza. Así, mi apartamento se convirtió en nuestra nueva oficina. Comenzamos nuestros días allí y, al finalizar, regresábamos para planificar y coordinar los próximos pasos.

En el terreno éramos solo cinco: yo, Salah e Ibrahim (los dos camarógrafos), Ahmed Al-Shayyah (productor) y Mar-

wan (técnico de sonido y también camarógrafo cuando era necesario). Yo también tuve que cargar con la cámara y filmar, porque las historias y los eventos no esperan.

Comenzamos a enviar el material utilizando las oficinas de amigos que seguían en pie y los puntos de internet rápido que quedaban en Gaza. Sin embargo, cuando la conexión se cortó, la situación se volvió aún más difícil.

Mi familia, en su mayoría, entendía el constante ir y venir de mis compañeros desde nuestra casa. Mi padre, un periodista veterano, siempre ha sido muy consciente de la importancia de esta profesión, y desde pequeños nos inculcó los valores y la ética del periodismo. Algunos de mis hermanos también trabajan en el mismo campo, aunque a veces sentían preocupación por nuestra seguridad. Temían que, debido a que éramos periodistas, podríamos convertirnos en objetivos directos de la ocupación.

Durante este tiempo, algunos miembros del equipo, de hecho, la mayoría, decidieron desplazarse hacia el sur de la Franja de Gaza en busca de mayor seguridad, aunque en realidad no había ningún lugar completamente seguro. Sin embargo, lo único en lo que todos coincidíamos era en continuar con nuestra misión, sin importar dónde estuviéramos o bajo qué circunstancias.

¡Deja que tu cámara grabe!

En esta guerra, nuestro enfoque era que cada persona representaba una historia por sí misma, potencialmente material para una película. No había tiempo para los lujos de la

planificación, investigación o escritura de guiones, ni para todos los pasos previos a la producción. Lo único que debíamos hacer era tomar la cámara y salir al terreno, porque la historia del filme te la encontrabas en el camino. Lo esencial era mantener la cámara grabando, capturando todo lo posible, sin intervenir demasiado. Solo sigue observando, y la película se irá formando por sí misma. En eventos tan caóticos, rápidos y cambiantes como estos, no hay espacio para el lujo de la preparación. Solo asegúrate de saber hacia dónde va tu historia y busca una manera de mantener el contacto, porque puede que necesites volver a ella.

Por la noche, comenzaba a organizar el material, y de esas grabaciones iban surgiendo las semillas de los documentales. Aquí una historia a seguir, allí otra que ya terminó. Descubrimos que las imágenes en bruto, sin demasiada edición, eran las más poderosas y conmovedoras. Solo sigue la historia, teje sus hilos, graba a sus protagonistas, y necesitarás muy poco montaje para tener un documental crudo y auténtico.

Uno de nuestros filmes, "Misión de rescate en Gaza", fue filmado en un solo día, y ese material fue suficiente para crear un cortometraje de 25 minutos. La película ha ganado varios premios en el ámbito del periodismo y el cine, entre ellos el premio Edward R. Murrow otorgado por el Club de Prensa Extranjera de Estados Unidos (OPC), el premio a la mejor cobertura televisiva de la Real Sociedad de Televisión en el Reino Unido en 2024, y la medalla de oro en el Festival de Cine de Nueva York 2024. Además, obtuvo el premio Hanspeter: El mundo en una encrucijada, y sigue siendo nominada a otros premios.

Luego surge la oportunidad de desarrollar tus películas al seguir de cerca sus historias y darles más profundidad. Nuestras historias evolucionan a medida que avanzan los acontecimientos de la guerra. En Gaza, nadie ha salido indemne, y todavía seguimos muchas de estas historias para convertirlas en largometrajes.

Puede que la clave de nuestra forma de hacer cine sea lo que ha llamado la atención sobre nuestras producciones. No necesitamos un guion previo; las historias y la rapidez de los eventos en la guerra son las que dictan el guion y te empujan a seguirlo con pasión.

Es importante mantener la paciencia y la calma, y tener muy claro lo que estás haciendo; no estás creando una noticia de última hora para los noticieros, sino un documental. Por ello, es esencial que mantengas tu historia sencilla, sin cargarla de detalles innecesarios, para que logres transmitir el mensaje que buscas. Como documentalista, debes perseguir la espontaneidad y observar los pequeños detalles, asegurándote de que los personajes olviden la presencia de la cámara. En realidad, nuestras historias ni siquiera tuvieron tiempo de notarnos, ya que los eventos que se sucedían eran mucho más grandes que cualquiera de nosotros. Las emociones y reacciones de las personas sobrepasaban la presencia de la cámara, ya que lo que sucedía tenía un peso monumental.

Nuestro tiempo en mi apartamento no duró mucho después de la destrucción de nuestra oficina. Los eventos se intensificaron rápidamente en el barrio de Sheikh Ajlin y en la zona de Tel Al-Hawa, al suroeste de la ciudad. Los bom-

bardeos aumentaron y la gente comenzó a evacuar sus hogares. Fue entonces cuando decidimos desplazarnos, ya que ya no había un lugar seguro para nosotros. Las familias se repartieron entre las casas de familiares y amigos para encontrar refugio.

Nuestras oficinas se convirtieron en nuestros autos. Trabajábamos y nos desplazábamos en ellos, y el punto de encuentro era el hospital Al-Shifa, en el oeste de la ciudad. Allí planificábamos el día y asignábamos los roles de acuerdo con nuestra estrategia. Era una estrategia flexible; acordábamos un tema que debíamos seguir mientras parte del equipo se dirigía a cubrir los eventos, encontrando allí la historia que más tarde desarrollaríamos juntos.

Trasladamos nuestro equipo de edición a la oficina de unos compañeros, donde lo utilizábamos para copiar, ajustar y subir el material. Sin embargo, el montaje completo ya no podía realizarse en Gaza; ni el tiempo ni los recursos lo permitían. Con grandes dificultades, lográbamos enviar el material y coordinarnos con colegas o socios fuera de Gaza para hacer el montaje. Definíamos las líneas generales, construíamos las historias por teléfono o internet, y compartíamos la pantalla de edición mediante alguna plataforma de comunicación, ajustando y editando mientras las bombas caían sobre nuestras cabezas.

Algunas personas podrían pensar que esto generaba una gran presión, y es cierto. Sin embargo, también nos daba la sensación de que no estábamos sentados esperando morir por un misil, sino que teníamos un papel activo, contando una historia real que contrarrestaba la propaganda israelí

llena de mentiras. Entendí la importancia de mi trabajo aún más cuando me hirieron y tuve que dejar de trabajar por un tiempo.

Nuestro equipo dejó de reunirse en persona poco después; la ocupación dividió la franja en dos, norte y sur, y solo podíamos reunirnos por teléfono. Quizás fue un beneficio para nuestro trabajo que la mayoría del equipo se trasladara al sur, ya que cada miembro sabía perfectamente cuál era su rol. Habíamos invertido en nuestra preparación durante años, y el equipo ya no necesitaba mucha dirección para documentar los hechos. La imagen se volvió más amplia y clara, abarcando tanto el norte como el sur, y comenzamos a crear películas que entrelazaban ambos lados de la tragedia.

¡La primera herida!

Marwan y yo continuamos cubriendo los eventos en el norte, mientras el resto del equipo permanecía en el sur. Pudimos gestionar la situación hasta que la tragedia alcanzó un nuevo nivel. Un día, sentí una profunda culpa por haber dejado a mi familia, que se había refugiado en la antigua casa de mi abuelo, así que decidí regresar temprano para pasar tiempo con mi madre, mi padre y mis hermanos. También llevé a mi esposa e hijos desde donde se habían refugiado en casa de sus abuelos maternos.

Sin embargo, mi tiempo con ellos fue breve. Estaba sentado con mis dos hijos, Karim y Amir, frente a la casa de mi abuelo, conversando con mis primos, cuando, de repente, varias bombas israelíes cayeron sobre la casa de nuestros vecinos

cercanos. Los escombros nos cubrieron, y resulté herido, mientras que mis hijos sufrieron heridas leves, aunque dejaron un profundo impacto psicológico en ellos. Mi hermano Ahmed se fracturó el hueso del muslo, y varios de nuestros vecinos murieron en la masacre que tuvo lugar en nuestro viejo barrio.

Fui trasladado al hospital Al-Shifa, el mismo hospital donde antes había documentado las historias de los heridos. Entre los que me recibieron estaba uno de los protagonistas de mis documentales, quien inmediatamente se ofreció para conseguirme atención médica y asegurar que me hicieran las pruebas necesarias, incluidas tomografías de mi cabeza para evaluar las lesiones. A pesar de estar herido, documenté esos momentos a través de un compañero que llevaba una cámara, sabiendo bien mi pasión por capturar todo. Quizás, algún día, esas imágenes formen parte de uno de nuestros futuros documentales.

Actualmente estamos planificando la producción de una nueva película que cuente nuestra experiencia, junto con una serie de historias que hemos documentado a lo largo de este año de guerra. Este proyecto es un reto para nosotros, ya que narra tanto nuestra historia personal como la de la guerra, a través de las vidas de los personajes que hemos seguido en nuestros documentales. Esperamos que esta película vea la luz pronto.

Creemos firmemente que el palestino debe ser siempre visible, y nuestras películas son la memoria de nuestro pueblo y nuestro mensaje al mundo. Debemos contar y difundir estas historias para que permanezcan como testigos durante si-

glos. Estamos convencidos de que el palestino necesita ser visto incluso mientras sufre y muere, para que su voz siga siendo escuchada. Y aunque su voz no pueda salvarlo, al menos debe incomodar a quienes lo ven o contribuyen a su muerte. Así es como vemos nuestras películas: son nuestros gritos lanzados al mundo, con la esperanza de que despierten las conciencias adormecidas ante las atrocidades que ocurren en Palestina.

Poco a poco comencé a recuperarme de la herida, pero el trabajo de documentación y la finalización de nuestros proyectos no se detuvo. Esta es la ventaja de trabajar en equipo, con personas que se comprenden y complementan entre sí, sin necesidad de instrucciones paso a paso. Somos cineastas, hemos entendido el arte y la industria del cine. El equipo continuó documentando, y después de unos días, volví a conectarme con ellos para planificar nuestros siguientes pasos.

A mediados de noviembre de 2023, la situación en el norte de Gaza se tornó más peligrosa, y los ataques se volvieron mucho más violentos. Teníamos miedo, sí, un miedo palpable por nosotros mismos y por nuestras familias. Era un miedo paralizante, de ese que te invade cuando no sabes en qué momento te alcanzará un misil israelí. Nuestros amigos y compañeros estaban perdiendo a sus seres queridos, y nosotros sufríamos la pérdida de algunos de ellos.

En una de nuestras misiones de documentación para el filme Misión de rescate en Gaza, mientras íbamos en el coche, cayó un bombardeo cerca de nosotros. Nos detuvimos de inmediato para documentar lo que había ocurrido. La

gente emergía del humo, como troncos de palmeras que se movían entre las cenizas. Nos acercamos para ver mejor la escena y descubrimos que la casa bombardeada pertenecía a nuestro colega, Fadel Hammami. Al principio no lo reconocimos, ya que el polvo lo cubría completamente, y lloraba desconsolado por sus sobrinos.

Continuábamos grabando lo que sucedía, incluso en los momentos más desgarradores detrás de las cámaras. Nuestros compañeros presenciaban cómo los miembros de sus propias familias caían víctimas de los ataques, y cada uno de nosotros no podía evitar pensar que, en cualquier instante, nuestras familias podrían ser las siguientes. Grabábamos mientras llorábamos, y al terminar cada misión, tratábamos de reunir fuerzas para continuar con el trabajo. Yo sabía que este sentimiento abrumador invadiría a cada miembro del equipo, y no podía simplemente decirles: "Sigán trabajando y dejen sus miedos por sus familias de lado". No, eso no era posible. La decisión siempre estaba en sus manos, pero yo les decía: "Nuestro trabajo es importante, y la prioridad siempre será nuestra seguridad. Pero si no contamos nuestras historias ahora, ¿cuándo lo haremos?".

Cuarenta y siete mártires

El edificio donde vive mi abuelo, en el que nos habíamos refugiado, fue alcanzado por tres misiles devastadores. Dentro de la casa estaban mi padre, mi madre, cuatro de mis hermanos, la esposa de mi hermano y sus siete hijos, mi tío y sus hijos, mi tía, y un gran número de familiares. Aquella noche del 17 de noviembre de 2023, estaba durmiendo en la habitación que mi prima había preparado para mis padres

en su apartamento. De repente, me encontré a mí mismo tirado lejos de la cama donde dormía junto a ellos, sepultado bajo los escombros, rodeado de humo y fuego. No podía moverme, me estaba asfixiando, y lo único que podía hacer era esperar que otro misil pusiera fin a todo o que, simplemente, me desvaneciera y escapara de aquel infierno.

Los equipos de rescate pasaron junto a mí y pensaron que estaba muerto, ya que estaba cubierto de sangre e inmóvil. En esa oscuridad total, sin electricidad ni luz, la prioridad era salvar a los que aún respiraban, y yo parecía no ser uno de ellos. El edificio entero se había derrumbado, los techos se desplomaron uno sobre otro, los cuerpos fueron destrozados y las llamas consumían lo que quedaba. Cuando finalmente se dieron cuenta de que seguía con vida, me llevaron a un centro de salud improvisado, donde esperé hasta el amanecer, con la esperanza de que llegara una ambulancia para trasladarme a un hospital que no estuviera sitiado por las fuerzas israelíes. El hospital Al-Shifa estaba cerca, al igual que el hospital Al Ahli, evangélico árabe (bautista²¹), a solo un kilómetro de distancia, pero ambos estaban rodeados por tanques y aviones.

En el centro de salud, comencé a recuperar la consciencia y a gritar de dolor, pero mi voz apenas salía. Mi cuerpo estaba destrozado, necesitaba un analgésico fuerte, pero no había nada disponible. Escuchaba susurros a mi alrededor: "Este

²¹ El hospital árabe Al-Ahli (también conocido como hospital bautista) es una institución local que brinda atención médica a los residentes de la Franja de Gaza. Está afiliado a la Iglesia Anglicana Episcopal de Jerusalén y es uno de los hospitales más antiguos de Gaza. Israel perpetró uno de las masacres más horribles en la Franja de Gaza cuando sus aviones de guerra atacaron el hospital el 17 de octubre de 2023. Este ataque causó la muerte de más de 500 palestinos, en su mayoría mujeres y niños que buscaban refugio de los bombardeos israelíes.

ya ha muerto", "Este ha dado su último aliento". Mi sobrina, Maha, de solo doce años, murió en manos de un enfermero que intentaba salvarla. Vi la muerte personificarse ante mí una y otra vez, y con cada alma que partía, sentía cómo algo dentro de mí también se desgarraba más.

Finalmente, fui trasladado al Hospital Al-Awda, en el norte de Gaza, bajo un intenso bombardeo. Pasé allí un día y una noche, pero no había mucho que pudieran hacer por mí; no había ni neurólogos ni traumatólogos disponibles. Me dieron calmantes y algunos sueros, cosieron mis heridas, que se habían agravado desde mi lesión anterior. No habían pasado muchas horas cuando las tropas israelíes se acercaron y comenzaron a bombardear los alrededores del hospital.

A pesar del dolor insoportable, lo único que me rondaba la cabeza era que esto debía ser documentado. Llamé a Khaled Al-Hilu, un responsable del hospital y amigo mío, y le dije: "Graba, documenta, difunde lo más que puedas. No debemos morir sin dejar constancia, debemos morir siendo visibles, al menos". No sé qué hizo después; yo estaba en un estado deplorable, y lo único que deseaba era una inyección para aliviar el dolor, aunque eso no fuera suficiente.

Finalmente, algunos de mis familiares llegaron en coche para rescatarme, y huimos del hospital unas horas antes de que fuera bombardeado. Los dos médicos que me atendieron, el Dr. Ahmad Al-Sahhar y el Dr. Mahmoud Abu Najila, murieron junto a algunos pacientes que no pudieron escapar. Mi cuerpo sobrevivió al bombardeo, pero mi alma sigue atrapada entre los escombros.

Regresé a la casa de mi abuelo, la misma que había sido bombardeada, ya que no tenía otro lugar donde refugiarme. Solo quedaba un pequeño almacén que no había sido destruido, así que me quedé allí, bajo el cuidado por mi primo Muhammad, que estudiaba enfermería, y por los hermanos que aún seguían con vida. Poco a poco comencé a enterarme de quiénes habían muerto y quiénes habían sobrevivido. Cuarenta y siete mártires entre mis familiares, entre ellos mi padre y mi madre, con quienes había estado durmiendo, mis hermanos Mahmoud y Ahmad, la esposa de mi hermano, mi prima Zain y sus hijos Baráa, Maha y Karam, mi hermano Ahmad y sus hijos Omar y Shahd, mi tío, las esposas de mis tíos y mis primos, y los hijos de mi tía. Cuarenta y siete mártires.

Pasé trece días en ese lugar, sufriendo. Los que quedaban de mis primos pasaron once días más excavando entre los escombros, buscando los cuerpos de los mártires y enterándolos. Encontraron a todos excepto al hijo de mi primo, de solo nueve años, y la mitad del cuerpo de la esposa de mi tío; ambos parecían haberse desvanecido debido a la intensidad del bombardeo.

Mis hermanos Marwan y Muntaser continuaron con la labor de documentación, pero la tragedia que me destrozó por completo ocurrió el primero de diciembre de 2023. Marwan, Muntaser y todos los que estaban conmigo fueron bombardeados. Mis hermanos restantes murieron, al igual que un enfermero que nos estaba ayudando, junto con varios vecinos y amigos, justo frente al almacén. No podía procesar el impacto de lo ocurrido. Mi cuerpo, incapaz de moverse, me impedía ir a comprobar con mis

propios ojos la magnitud de la catástrofe. ¡¿Qué clase de bombardeo era este?! La muerte nos perseguía a cada paso.

Solo cinco días después, las tropas israelíes llegaron a nuestra ubicación y comenzaron a bombardear la zona sin piedad. Me levantaron en un intento desesperado por escapar, y milagrosamente logramos llegar a una casa en el oeste de Gaza, creyendo que estaríamos a salvo. Pero, pocas horas después, nos encontramos nuevamente rodeados de tanques; la zona fue tomada y convertida en una base militar, y empezaron a bombardear y quemar las casas a nuestro alrededor.

Cada momento aumentaba el dolor, como si la muerte se negara a dejarnos ir, siguiéndonos a donde quiera que fuéramos.

Veinte días en el infierno

Vivimos unos 20 días que parecieron 20 años en el infierno. Esperábamos la muerte en cada instante, hasta que nos convencimos de que era inevitable. Las personas morían en la calle vecina, los tanques estaban apostados frente a la casa, derribaron el muro exterior y ocuparon las tiendas cercanas. Los helicópteros "Kawaka" y "Apache" sobrevolaban constantemente nuestra casa, mientras las balas atravesaban las paredes. Luego, los soldados comenzaron a caminar por nuestros pasillos, y yo, postrado en la cama, sin poder moverme ni para satisfacer mis necesidades básicas, ya sin medicamentos para aliviar el dolor.

Estábamos convencidos de que nos alcanzaría la muerte, y solo rezábamos para que, al menos, nos enterraran con dignidad, que no nos consumieran las llamas o que los perros no nos devoraran. Nuestra colega periodista, Ola Atallah, vivía en una casa cercana; incendiaron su hogar y ejecutaron tanto a ella como a sus hermanos y sobrinos.

El agua comenzó a escasear, por lo que los jóvenes recogían gotas de lluvia que se filtraban a través de un agujero en el techo causado por un proyectil. Algunos se asomaban a la calle, con la esperanza de encontrar una gallina o un pato perdido, intentando atraerlo hacia la puerta para atraparlo y convertirlo en una comida. Sabían que, si los descubrían, eso sería nuestra sentencia de muerte.

Pasábamos los días y las noches con el corazón en un puño, rezando durante horas. Los jóvenes, cansados de la espera, decidieron jugar a las cartas mientras las explosiones resonaban alrededor. Si alguno de ellos se emocionaba y levantaba la voz, nuestros corazones se hundían en nuestros estómagos, esperando lo peor. Era desgarrador pensar que moriríamos de esa manera, sin que nuestras familias supieran nada de nosotros. Las comunicaciones estaban cortadas y las baterías de los teléfonos se habían agotado.

A pesar de todo, algo me obsesionaba: lo que estábamos viviendo merecía ser documentado, convertido en una película, preservado en la memoria. Pero yo estaba inmovilizado, sin siquiera un teléfono con el que pudiera grabar. Durante el asedio, comencé a sentirme mejor y a moverme un poco. Cuando nuestro apartamento fue bombardeado por la artillería, decidimos huir. Era mejor morir intentando

escapar que esperar la muerte por fuego, bombardeos o una ejecución.

Me apoyé en el hombro de mi hermano, que me ayudaba a mantenerme en pie. Temíamos mirar atrás o hacia arriba, por miedo a ver un proyectil de tanque o un misil sobre nosotros. Finalmente, logramos llegar a un lugar algo más seguro.

Mientras tanto, el resto del equipo continuaba documentando y creando nuestras películas. No nos detuvimos, a pesar de mi ausencia.

Por fin, me reuní con mi esposa y mis hijos, después de su desplazamiento y su propio sufrimiento. Poco a poco, mi salud comenzó a mejorar. Después de dos meses de aislamiento, volví a comunicarme con mi equipo en el sur de la franja. Mientras yo luchaba en el norte, Marwan había caído mártir. Sin embargo, en medio de esta oscuridad, recibí la noticia de que nuestras películas habían ganado premios, lo que me infundió algo de esperanza en medio de tanta desesperación.

Un nuevo equipo

En abril, volví a la tarea de documentar y a retomar mis proyectos cinematográficos, después de haber recuperado cierta movilidad y ser capaz de desplazarme por mi cuenta. Formé un nuevo equipo en el norte, compuesto por antiguos colegas que, aunque habían decidido hacer una pausa durante la guerra, regresaron al trabajo cuando se dieron cuenta de que la guerra se prolongaba. De esta manera,

volvimos a la acción, con dos equipos operando simultáneamente: uno en el sur y otro en el norte.

Uno de nuestros compañeros, Salah Al-Hou, logró salir de Gaza a finales de abril. Acordamos que él montaría un estudio de edición fuera del enclave para que pudiéramos editar nuestras películas por nosotros mismos. Nos reuníamos a través de plataformas de reuniones virtuales y compartíamos la pantalla de edición, tejiendo nuestros documentales a distancia.

Siempre he sido meticuloso en la selección de mi equipo; la habilidad técnica no es suficiente si no está acompañada por la pasión. En nuestra industria, debemos ver la vida, el arte y la dedicación como un todo, ya que esto es lo que nos mantiene avanzando en los momentos más difíciles. Lo que también ha sido clave en nuestro éxito es que nuestra relación entre compañeros no se limita solo al trabajo. Cuanto más fuertes son los lazos entre los miembros del equipo, mejores son los resultados. Esta guerra de exterminio nos ha demostrado que la cohesión es la clave. Nunca dejamos de trabajar, y si uno de nosotros se encontraba con dificultades, los demás continuaban con la labor.

Hasta hoy, seguimos documentando nuestras historias sobre el genocidio. Aunque la carga ha sido pesada, mi día comienza siempre buscando alimento para mi familia. ¡Qué duras son las jornadas en tiempos de hambruna! Preparo leña para cocinar, busco algún fisioterapeuta que pueda aliviar mis dolores y me traslado de lugar en lugar cada vez que los tanques se acercan a donde estamos. En medio de todo esto, sigo grabando nuestras historias, intentando

encontrar tiempo para capturar esos momentos que reflejan nuestra cruda realidad.

Lo que ha sucedido no debe perderse con el paso del tiempo, debe permanecer en la memoria de las generaciones y ser visto por el mundo una y otra vez. Las películas que hacemos son el mejor testigo de nuestra memoria, narrarán nuestro exterminio para que se vea incluso después de mil años, preservando la memoria de las víctimas y señalando a los culpables, aunque sea dentro de un siglo. Si hoy el mundo está dominado por la injusticia y la hipocresía, tal vez un día llegue una generación que despierte su conciencia y que, al fin, someta al verdugo israelí a juicio, devolviendo a los mártires parte de su dignidad.



El fotógrafo de prensa en Palestina: un ojo que no se apaga

Moath AMARNEH



Moath AMARNEH

Fotoperiodista palestino de Cisjordania que trabaja para varias agencias de noticias. Nació en 1987 en el campo de refugiados de Dheisheh, al sureste de Belén. El 15 de noviembre de 2019, perdió su ojo izquierdo tras ser herido por una bala disparada por soldados de la ocupación mientras documentaba enfrentamientos con el ejército israelí en la ciudad de Surif, en el sur de la Cisjordania ocupada. El 16 de octubre de 2013, Moath fue arrestado debido a su actividad periodística y permaneció bajo detención administrativa durante un periodo de nueve meses.

El fotógrafo de prensa en Palestina: un ojo que no se apaga

Moath AMARNEH

Soy Moath Amarneh, un fotógrafo de prensa palestino. Mi presencia y trabajo molestaron tanto a la ocupación que decidieron atacarme, apagando uno de mis ojos, mientras me queda el otro. Tengo 37 años, y vivo en el campo de refugiados de Dheisheh²², al sur de Belén. Somos desplazados de la aldea Ras Abu Ammar, al oeste de Jerusalén.

En la vida de un periodista palestino hay muchos momentos cruciales. Su mera existencia y trabajo diario bajo el ataque constante de la ocupación, la expansión de los asentamientos y la creciente agresión de los colonos, en sí mismos, son paradojas insoportables y representan una forma de aventura que a menudo pone la vida en peligro. En mi caso, ese peligro me costó el ojo.

Pero empezaré por el momento clave en mi carrera profesional y personal, ya que, en muchos sentidos, no hay una gran diferencia entre lo profesional y lo personal para un periodista palestino. Esto es especialmente cierto cuando

²² El campamento de Dheisheh fue creado en 1949 para albergar a familias palestinas expulsadas de 45 aldeas alrededor de Jerusalén y Hebrón. Actualmente, el campamento de Dheisheh acoge al menos a 13.000 personas. El pueblo de Ras Abu 'Ammar era una pequeña aldea árabe palestina en el subdistrito de Jerusalén que fue desalojada y limpiada étnicamente en 1948.

trabaja bajo un régimen militar brutal que siempre busca eliminar a los pobladores originales, siendo aún más implacable con los periodistas.

Este momento tuvo lugar el viernes 15 de noviembre de 2019. Nos encontrábamos en la ciudad de Surif, al norte de Hebrón, cubriendo una protesta y la oración del viernes en tierras que estaban en riesgo de ser confiscadas por la ocupación. Ese día, la represión fue más violenta de lo que habíamos presenciado en manifestaciones anteriores, y la protesta pronto se convirtió en enfrentamientos con las fuerzas de ocupación. Los manifestantes se vieron obligados a retirarse, y nosotros, los periodistas, nos encontramos en una situación difícil. Nuestros coches estaban estacionados en una colina cerca de un asentamiento, y el único camino de acceso había comenzado a ser bloqueado por los manifestantes. Era urgente mover los coches, ya que de lo contrario estarían expuestos al ataque de los colonos y posiblemente ser destruidos.

Yo fui el último en moverme entre los periodistas. Un grupo de soldados me detuvo, y el oficial me pidió que le entregara las llaves de mi coche. Comencé a discutir con él, rehusando entregarle las llaves porque ya estaba acostumbrado a tratar con ellos en este tipo de situaciones. Todos los demás periodistas habían pasado sin problemas, entonces, ¿por qué me detenían solo a mí? Cerré el coche siguiendo los protocolos de seguridad, pero aun así sentí peligro y decidí moverme. No quería que usaran mi coche como escudo o que lo destrozaran y luego mostraran imágenes diciendo que los ciudadanos lo habían hecho.

Cerca de allí había un francotirador, al lado de la carretera, quien llamó al oficial, bromeando y burlándose. No entendí bien lo que estaban hablando, pero por las risas de los soldados y la actitud, tuve la sensación de que algo tramaban. Luego, el oficial me pidió que me fuera rápidamente, pero me moví despacio y con cautela, sabiendo que podrían acusarme de intentar huir y dispararme. Estas son las complicadas decisiones que los periodistas palestinos deben tomar cuando interactúan con las fuerzas de ocupación en Cisjordania.

Al llegar junto a mis compañeros, les comenté que algo extraño estaba pasando y les sugerí que nos pusiéramos todo el equipo de protección y las insignias de prensa para no darles ninguna excusa para atacarnos. Continuamos con nuestra cobertura, y mientras había momentos de calma tensa, notamos que el ejército no respondía a los manifestantes que se acercaban. Sospechábamos que planeaban alguna emboscada, por lo que estábamos alerta.

De repente, sentí como si mi cabeza hubiera explotado. En segundos, toda mi vida pasó frente a mis ojos. Sentí que estaba viviendo mis últimos momentos, con mis compañeros corriendo hacia mí para ayudarme. En medio de aquel caos, me preguntaba: "¿Es esto un sueño o es real? ¿Volveré a ver a alguien más?". No podía procesar lo que había sucedido.

Mientras mis compañeros intentaban socorrerme, nos sorprendió la reacción del ejército. Los soldados se acercaron con cámaras y comenzaron a documentar mi herida. Normalmente, en situaciones así, el ejército o detiene al heri-

do o, en raras ocasiones, lo ayuda si hay muchas cámaras presentes para mejorar su imagen pública. Pero lo que hicieron fue extraño: colocaron la cámara frente a mi rostro y fotografiaron la herida, como si quisieran asegurarse de que me habían golpeado con precisión. Todo parecía un desafío entre ellos, como si estuvieran comprobando que habían alcanzado su objetivo con exactitud. Después de tomar las fotos, se fueron sin decir nada ni hacer nada más.

La herida fue causada por un francotirador que utilizó municiones prohibidas internacionalmente. Fui trasladado en el coche de un colega, ya que no había una ambulancia cerca, y también resultaba difícil que llegara. Después de pasar por varias paradas, finalmente llegué al hospital Hadassah Ein Kerem en Jerusalén ocupada, el único hospital capaz de tratar mi estado crítico. Allí, los médicos decidieron realizar tres operaciones simultáneas: extraer la bala, extirpar el ojo y reparar las fracturas faciales. Me advirtieron que la operación era extremadamente arriesgada y con bajas probabilidades de éxito, pero no había otra opción. Entré en quirófano a las 8 de la mañana el 16 de noviembre de 2019.

El periodista dentro de mí no podía hallar una explicación clara de lo que había sucedido. No lograba asimilar del todo la magnitud de la ceguera injusta que me había atacado. Era como si esa ceguera, en su manifestación más brutal, se hubiera enfocado en cegar justamente al periodista que usa sus ojos para dar testimonio de la ocupación y documentar la realidad de mi pueblo. Esa parecía ser la única motivación que podía vislumbrar, la única respuesta para lo incomprensible: quitarme la visión, precisamente a mí, que había hecho de la observación mi arma de lucha.

El neurocirujano decidió no extraer la bala debido a su posición crítica en la pared del cerebro. El riesgo era que cualquier movimiento de la bala podría rasgar la membrana cerebral, lo que significaría una muerte inmediata. El cirujano maxilofacial tampoco pudo reparar las fracturas por la misma razón. Los oftalmólogos intentaron realizar una operación reconstructiva, pero, lamentablemente, la cirugía no tuvo éxito y tres días después decidieron extirparme el ojo.

Tras salir del hospital, los días que siguieron fueron de los más difíciles que he vivido. Hasta el día de hoy, los dolores derivados de la herida me acompañan, especialmente esas descargas eléctricas que recorrían mi cráneo, un dolor imposible de soportar. Lo único que me aliviaba en algo fue el apoyo que recibí de mi familia, mis compañeros y mi comunidad. Todos estuvieron a mi lado en los primeros días tras la lesión, tanto en el hospital como después, y ese apoyo fue fundamental para sobrellevar la gravedad de mi situación. Al principio, sentía que estaba viviendo un sueño, pero en algún momento, comprendí que no era solo un sueño y que me esperaba una nueva vida, muy distinta a la que había tenido. Despertar a esta realidad fue un golpe brutal, y tuve que empezar a pensar en cómo adaptarme a las secuelas de una herida que había destruido todas mis aspiraciones y sueños profesionales. Hoy siento que mi vida, de alguna manera, se detuvo a los 33 años, y que lo que estoy viviendo ahora no es más que tiempo extra, o una recompensa por aquella vida que dejé atrás.

Algunos podrían preguntarse por qué estoy tan seguro de que mi herida fue intencionada y por qué no fue otro periodista el objetivo. La realidad es que el ataque contra los

periodistas nunca ha cesado, y mi caso no fue, por supuesto, la excepción. Los hechos ocurridos en los días previos a mi ataque subrayan esta certeza. El 11 de noviembre, en el aniversario de la muerte de Yasser Arafat, mi colega Musab Shawar y yo documentamos el asesinato del ciudadano Omar al-Badawi²³, quien fue asesinado a sangre fría. Omar estaba en la puerta de su casa, ondeando un trapo blanco en busca de ayuda, después de que su casa se incendiara. Filmamos ese momento trágico; Omar no representaba ningún peligro ni para los soldados ni para nadie más, ya que era un ciudadano desarmado.

Estas imágenes se difundieron rápidamente en menos de una hora, lo que provocó una indignación generalizada a nivel mundial. Sin embargo, no fue suficiente para detener esta forma de asesinato ni la intensificación de los ataques contra los periodistas. El 14 de noviembre, justo un día antes de mi ataque, estábamos cubriendo enfrentamientos en la entrada norte de Belén. Los periodistas habían estado parados en el mismo lugar durante más de una década, y era un sitio bien conocido por todos, incluidos los soldados y oficiales israelíes. Sin embargo, ese día intentaron expulsarnos y reprimirnos sin ninguna razón aparente. Uno de nuestros compañeros periodistas se dirigió a un oficial y le preguntó: "¿Qué más les queda? No nos han dejado nada. ¿Ahora quieren matarnos para librarnos de esta tortura?" La respuesta del oficial fue impactante: "Cuando decida matarte, no te lo consultaré". Y al día siguiente, me atacaron.

²³ Omar Al-Badawi, un palestino de 22 años del campamento de refugiados de Al-Aroub, fue trágicamente asesinado por las fuerzas israelíes mientras intentaba apagar un incendio cerca de su casa. A pesar de que ondeaba una bandera blanca para indicar sus intenciones pacíficas, fue abatido arbitrariamente, como lo demuestra un video y lo confirman varias investigaciones.

Este ataque no estaba dirigido solo a mí como individuo. Claramente, fui utilizado como un instrumento para enviar un mensaje a todos los periodistas. Era una advertencia sobre una escalada de violencia que no solo continuaría, sino que también aumentaría en intensidad. El mensaje era claro y cruel: "Ustedes trabajan con sus ojos, y nosotros les sacaremos esos ojos".

A pesar de la gravedad de la lesión, especialmente tras haber perdido la visión en uno de mis ojos, logré regresar al campo de trabajo casi un año después, gracias al apoyo de mis colegas y mi familia. Fue un desafío monumental, especialmente cuando tomé una cámara por primera vez después de la lesión. Mi cuerpo temblaba, recordando el momento de mi herida, pero sabía que debía superar el miedo y continuar mi misión de transmitir la verdad.

Hoy, las imágenes que capturo van más allá de un simple trabajo periodístico; se han convertido en un mensaje que transmito al mundo para documentar los crímenes de la ocupación contra nuestro pueblo. Antes de ser periodista, soy palestino, vivo y sufro bajo la ocupación y sus consecuencias devastadoras. Este sufrimiento es lo que me impulsa a seguir adelante y a continuar mi labor con el mayor nivel de profesionalismo posible. He entendido que el periodista palestino ha redefinido el significado de la profesionalidad, especialmente frente a las constantes amenazas y ataques, ya sea en Gaza, Cisjordania o Jerusalén.

A pesar de la indiferencia con la que la prensa occidental aborda la violencia de la ocupación, dejar el campo de batalla habría desmoralizado a mis compañeros y les habría

hecho retroceder. Mi regreso a la cobertura periodística no solo fue un acto de resistencia, sino también una victoria simbólica sobre los esfuerzos de la ocupación por intimidarnos y silenciarnos. Vi en los rostros de mis compañeros la alegría de saber que su esfuerzo no había sido en vano.

Sin embargo, las violaciones se han vuelto parte de nuestra rutina diaria. Cada vez que cubrimos una historia, asumimos que podría haber un ataque, y debemos actuar con precaución en cada paso que damos. Hoy en día, el periodista palestino debe pensar mil veces antes de decir una palabra o tomar una foto, consciente de las consecuencias que podrían seguir, incluso cuando viaja, sabiendo que será sometido a detenciones e interrogatorios.

Regresé al campo de forma gradual, convencido de que no retomaría la cobertura de noticias en terreno de manera total. Sin embargo, uno de los momentos más decisivos se produjo antes de la guerra de "Saif al-Quds" en 2021, cuando estallaron los enfrentamientos en la mezquita de Al-Aqsa. En un impulso casi inconsciente, me encontré tomando fotos y transmitiendo en vivo los eventos a través de mi página de Facebook. Para mi sorpresa, la reacción fue abrumadora, y rápidamente los medios de comunicación empezaron a contactarme, pidiéndome que siguiera cubriendo lo que ocurría. A pesar del peligro latente, me di cuenta de que, casi sin quererlo, había retomado por completo mi labor periodística.

El 7 de octubre fue otro momento crucial en mi vida, al igual que lo fue para muchas otras personas. Me desperté alrededor de las seis y media de la mañana con el sonido de las sirenas y explosiones. Los misiles caían en Belén y áreas

cercanas a Jerusalén. Comenzamos a recibir imágenes de las áreas circundantes, escenas que parecían sacadas de una película de ficción. Nadie podía creer lo que estaba ocurriendo; las imágenes eran poderosas y sin precedentes. Como palestino bajo la ocupación, sentí una mezcla de orgullo por la posibilidad de liberarnos de la opresión que ha dominado Gaza durante años, y un miedo abrumador por lo que podría venir después.

Como periodista profesional, el miedo prevaleció. Sabíamos que se cometerían horribles masacres contra los palestinos en Gaza, y que la brutalidad de la ocupación se extendería a Cisjordania también. Durante los primeros días de la guerra, mi mayor preocupación como periodista palestino en Cisjordania era no centrarme únicamente en las violaciones en Gaza, sino también exponer lo que estaba sucediendo en Cisjordania: arrestos, violaciones de derechos humanos y asesinatos. La ocupación convirtió Cisjordania en una prisión gigante, bloqueando carreteras y colocando puntos de control en las entradas de pueblos y ciudades, lo que hacía que cualquier intento de moverse fuera una aventura mortal.

El 16 de octubre, alrededor de las tres y media de la madrugada, una fuerza especial rodeó mi casa. Colocaron explosivos en la puerta y, cuando les pedí que la abrieran sin violencia ya que había niños y mujeres adentro, la detonaron. Entraron y me esposaron, llevándome al baño. Traté de razonar con el oficial responsable, ofreciéndome a cooperar para evitar daños innecesarios, pero no le importó. Me dijo: "No te golpearemos aquí, pero hablaremos afuera". Me arrestaron bajo la acusación de "incitar contra el Estado de Israel". Cuando le pregunté cómo podía estar acusado

de incitar cuando solo era un periodista informando, me respondió: "Lo que transmites nos molesta", y me dejó claro: "Te mostraremos lo que significa ser un periodista".

Me llevaron afuera y comenzaron a insultarme con palabras vulgares y amenazas hasta que llegamos a sus vehículos militares. Sentí un miedo intenso, especialmente cuando estallaron enfrentamientos en el campamento. Estaban disparando de manera descontrolada, y los soldados que me sostenían dirigían sus armas hacia los jóvenes palestinos, como si estuvieran esperando una oportunidad para matarme bajo el pretexto de los enfrentamientos.

Llegamos al campamento de "Etzion" alrededor de las cuatro de la mañana, donde un oficial del campamento se hizo cargo de mí. Antes de entregarme, uno de los soldados me dijo: "Agradece a Dios que llegaste aquí con vida". Después me llevaron a una sala de interrogatorios, donde me sometieron a un registro corporal completo antes de llevarme a una celda. A la mañana siguiente, me llamaron junto a otros prisioneros. Las condiciones en el campamento eran terribles: la comida era muy mala, se servía en un recipiente grande de manera humillante. Solo aquellos que estaban desesperados por el hambre lograban comer.

Al día siguiente, me trasladaron a la prisión de "Megiddo"²⁴

²⁴ La prisión de Megiddo es una tristemente célebre cárcel israelí ubicada en el norte de Israel, cerca de la ciudad de Megiddo. Es conocida por sus duras condiciones y los malos tratos sistemáticos hacia los prisioneros palestinos, incluyendo tortura física y psicológica, negación de derechos humanos fundamentales y negligencia médica. En esta prisión se encuentran detenidos prisioneros políticos palestinos, a menudo sometidos a celdas sobrepobladas, condiciones sanitarias deplorables y atención médica inadecuada. Organizaciones defensoras de derechos humanos han condenado en repetidas ocasiones a la prisión de Megiddo por sus violaciones al derecho internacional y los abusos cometidos contra los detenidos.

tras un viaje largo de cinco horas en el vehículo de transporte conocido como "bosta", donde mis manos y pies estaban encadenados. Las condiciones dentro del vehículo eran pésimas: los asientos eran de metal e incómodos, y los insultos y humillaciones continuaron durante todo el trayecto. Al llegar a la prisión, nos golpearon de nuevo al bajarnos del vehículo, y luego nos sometieron a otro registro corporal. En cada etapa, pensaba que el castigo había terminado, que no podían golpearme más, pero seguían con las agresiones físicas y los insultos. En un momento dado, perdí el conocimiento tras recibir un fuerte golpe en la cabeza. Cuando desperté, me encontré en una habitación con oficiales de inteligencia de la prisión, antes de que me trasladaran a la sección 8.

Esta experiencia fue una de las etapas más difíciles que he vivido en mi vida. Perdí el control total sobre mi cuerpo y no podía moverme. Todo lo que pasaba por mi mente era que estaba a punto de morir, sin ninguna esperanza de sobrevivir. Cuando llegué a la sección 8, encontré a un grupo de prisioneros sentados en la oscuridad, ya que les habían cortado la electricidad. Me dijeron que llevaban viviendo en esa oscuridad desde el comienzo de la guerra, y que solo les devolvían la electricidad por dos horas al día.

Lo único en lo que podía pensar era en sobrevivir a esa terrible experiencia, en encontrar cualquier forma de aferrarme a la vida.

Cuando me condujeron de regreso al área de la puerta de la prisión, llevaba solo dos camisas y una chaqueta. En el registro corporal, no se limitaron a requisar mi ropa, sino

que, en un acto de humillación, me obligaron a colocarla yo mismo en un cubo de basura. Después de llegar a la celda, me permitieron descansar un poco, y me quedé dormido de inmediato debido al agotamiento extremo; llevaba más de 12 horas sin comer ni beber, sufriendo golpes, insultos y amenazas. Ese sueño era más como una especie de muerte o un intento de huir de ella.

A la mañana siguiente, me despertaron para el recuento de prisioneros, que se hacía entre las cinco y media y las seis de la mañana. Los compañeros de celda me despertaron con dificultad, y después de conocerlos, les pregunté si había posibilidad de obtener algún medicamento. Me dijeron que podía hablar con el enfermero durante el recuento. En el segundo recuento del día, alrededor de las diez y media de la mañana, pregunté al enfermero sobre mis medicamentos, y me respondió que el médico vendría a dármelos. Sin embargo, pasaron cuatro días en esa situación, preguntando al enfermero en cada recuento, sin que nadie me diera ningún medicamento o permitiera ver a un médico.

Durante esos días, las inspecciones eran constantes, aunque el maltrato físico dentro de las celdas aún no había alcanzado su punto álgido. En la mañana del cuarto día, me llamaron y me informaron que me iban a trasladar, pero no me dijeron por qué. Para mi sorpresa, me llevaron de nuevo a la entrada de la prisión, donde me esposaron de pies y manos y me subieron a la "bosta", el vehículo de transporte. Nos dijeron que íbamos a ser interrogados en la prisión de "Ofer", un trayecto de aproximadamente tres horas desde "Megiddo". Durante todo el viaje, nos golpearon brutalmente, y al

entrar al vehículo de metal, empujaron nuestras cabezas contra las puertas, causando heridas graves.

Al llegar a "Ofer", me sometieron a un interrogatorio extremadamente breve, no más de diez minutos. El interrogador estaba visiblemente enfadado, amenazante, y me lanzó preguntas provocadoras. Me preguntó: "¿Estás contento con lo que pasó el 7 de octubre?" Le respondí que nadie disfruta de la muerte en sí misma, pero continuó insultándome y amenazándome, diciéndome que me iban a violar y golpear brutalmente. Su tono estaba lleno de amenazas y amedrentamiento. Finalmente, me ordenó firmar unos papeles que no pude leer. Presionado por el miedo y el caos de la situación, firmé sin saber el contenido de esos documentos.

Después del interrogatorio, nos devolvieron a la prisión de "Megiddo", y llegamos alrededor de las cinco o seis de la tarde. Estábamos agotados y no habíamos comido nada en todo el día. Al llegar, nuevamente nos sometieron a un registro corporal humillante y nos golpearon. Al entrar en la celda, vi que los demás compañeros también estaban exhaustos, y noté que la mitad de las cosas que había en la celda, incluidos algunos utensilios eléctricos y sillas, habían sido confiscadas.

En los días siguientes, fui trasladado nuevamente para una sesión de juicio por video. Me acusaron de incitación. El juicio se aplazó varias veces, y en una de las sesiones, el juez ordenó que me dieran mi medicación adecuada y que me permitieran ver a un médico después de que expliqué mi situación de salud, ya que sufro de diabetes. A pesar de la orden judicial, nada cambió: me dieron un medicamento que

no era adecuado para mi enfermedad y no recibí atención médica. Sufría intensos dolores de cabeza y mi vista empeoraba, especialmente después de que me confiscaran las gafas. Cuando protesté por la medicación, simplemente se burlaron de mí.

En una de las sesiones del juicio, el juez no pudo evitar reírse sarcásticamente de una de las pruebas en mi contra, que incluía un breve video que había compartido en redes sociales. Afirmó que ese video no constituía prueba de incitación alguna. Sin embargo, mi detención fue prorrogada, y me sometieron a detención administrativa por seis meses. La vida dentro de la prisión era extremadamente dura. Las tres comidas del día se entregaban juntas al final de la jornada, y las porciones eran mínimas, ni siquiera suficientes para una persona. Pero debido al hambre extremo, teníamos que compartirlas entre más de diez prisioneros.

A finales de octubre, una unidad de asalto irrumpió en nuestra sección y confiscó todo lo que había en las celdas, incluyendo mantas y ropa. Nos dejaron completamente desprovistos de abrigo, sin zapatos ni vestimenta adecuada para soportar el frío del invierno. Esta situación persistió durante varios meses, hasta que mi abogado logró presentar un caso legal para mejorar nuestras condiciones. Solo después de ese proceso judicial conseguimos recuperar algo de ropa y mantas para aliviarnos un poco del intenso frío.

Después de ser trasladado a la prisión de "Naqab" a mediados de abril de 2024, la experiencia resultó ser mucho más dura de lo que podría haber imaginado. El viaje duró seis horas en el vehículo conocido como "bosta", y al llegar, fui

golpeado nuevamente. Tras un registro corporal exhaustivo, me llevaron a la sección 22, donde las condiciones eran peores de lo que esperaba: la celda estaba abarrotada de prisioneros, la mayoría de los cuales sufrían de enfermedades cutáneas debido a la falta de higiene. Carecíamos de las necesidades básicas para sobrevivir, como suficiente comida o mantas, y el frío se filtraba en nuestros cuerpos debilitados y exhaustos.

Las enfermedades cutáneas contagiosas se propagaron rápidamente entre los prisioneros. Al entrar en la sección 22, me encontré con una celda en la que había otros nueve prisioneros, haciendo un total de diez, todos afectados por estas enfermedades de la piel. La administración penitenciaria no mostraba ningún interés en tratar a los enfermos ni en detener la propagación de estas enfermedades en toda la prisión. Cada caso parecía tener síntomas distintos, pero no se ofrecía ningún tratamiento, lo que provocaba un ambiente psicológico devastador entre los prisioneros. Tan pronto como entré en la celda, los otros prisioneros me advirtieron: "Cuidado, todos estamos contagiados con una enfermedad de la piel". Aunque no entendíamos bien la naturaleza exacta de la enfermedad, sabíamos por experiencia propia y por las vivencias de otros que las enfermedades de la piel se extendían rápidamente en las prisiones debido a las terribles condiciones de higiene.

Me permitieron dormir en la cama superior para minimizar el contacto directo con los demás. La celda era extremadamente pequeña, con solo dos literas para cuatro prisioneros, mientras que los demás tenían que dormir en colchones en el suelo.

A los diez días de mi estancia, contraí una infección que comenzó en mi dedo gordo del pie y rápidamente se extendió a toda la pierna. La situación se volvió insoportable, y ya no podía mantenerme en pie ni caminar. Mi estado mental también se deterioró rápidamente, sobre todo al ver a los prisioneros mayores que habían sido condenados a largas penas, de entre 18 y 30 años. Algunos de ellos llevaban más de veinte años encarcelados. Ver a esos prisioneros me hacía sentir impotente, sabiendo que pronto sería liberado en dos meses, mientras ellos seguirían soportando esas condiciones inhumanas por muchos años más.

Mi pie se había hinchado considerablemente, y todos los días pedía ver a un médico o al menos obtener analgésicos, pero sin resultado alguno. Las condiciones de salud dentro de la prisión eran deplorables; había prisioneros con úlceras abiertas de las que supuraba pus, y a pesar de ello no recibían ningún tratamiento. Se sentía como si los carceleros estuvieran esperando a que muramos o, peor aún, disfrutaran de esta forma de tortura sistemática, viendo cómo los cuerpos palestinos se desvanecían y enfermaban ante sus ojos. Este comportamiento, aunque no era nuevo por parte del ocupante, había alcanzado niveles que nunca habíamos oído, y mucho menos experimentado, durante tantos meses sin cargos ni un juicio justo, sin distinción entre un periodista y los demás prisioneros.

Aproximadamente dos semanas después, mi abogado pudo visitarme. Le expliqué mi estado de salud y lo que estaba ocurriendo conmigo. Al darse cuenta de que no podía caminar, presentó una queja inmediatamente. Finalmente, cinco días después, me llevaron a la clínica. El médico se sor-

prendió al ver la gravedad de la infección y sus efectos. Me recetaron algunos medicamentos: una pomada y analgésicos, lo que alivió mi situación ligeramente. No obstante, las condiciones en la prisión de Naqab y los abusos que sufrí y presencié entre los prisioneros fueron muy diferentes a todo lo que había escuchado antes sobre este lugar. Era un lugar completamente desprovisto de humanidad o esperanza, salvo por la que obtenía de los veteranos prisioneros que resistían, a pesar de sus enormes sufrimientos.

De la misma manera que mi arresto por mi labor periodística fue repentino, también lo fue mi liberación. El día de mi liberación, ni siquiera sabía con certeza cuándo sería. Todo lo que sabía era que sucedería en algún momento de julio, pero debido a la interferencia en las llamadas con mi abogado, no pude confirmar la fecha exacta. El día en que me liberaron, me desperté de repente cuando un guardia de la prisión me dijo: "Prepárate, hoy vas a salir".


Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme de mis compañeros prisioneros, lo cual era una táctica deliberada del ocupante para debilitar el ánimo entre nosotros. Después de varias horas de espera, con los ojos vendados y las manos y pies atados, fui liberado en el puesto de control de Al-Dhahiriya.

El momento de la liberación, aunque lo anhelaba y lo había esperado durante mucho tiempo, resultó ser más difícil de lo que había experimentado en prisión. Soñaba con abrazar a mi familia: a mi madre, a mi esposa y a mis hijos, pero la enfermedad de la piel que contraí en prisión me lo impidió, privándome del contacto físico que tanto necesitaba en ese

momento. No pude abrazarlos ni acercarme mucho a ellos por temor a contagiarlos. Fue un momento muy doloroso que aumentó mi sensación de impotencia y me hizo sentir que la experiencia del encarcelamiento injusto aún no había terminado.

Fui trasladado al hospital, donde me realizaron los exámenes necesarios y fui diagnosticado con varias enfermedades, incluidas sarna y gota, provocadas por la mala calidad de la comida en prisión. Mi tratamiento duró mucho tiempo, y aún hoy continúo lidiando con algunas de las enfermedades y secuelas de mi estancia en prisión. A pesar de todas las duras circunstancias, los prisioneros siguen manteniendo un espíritu inquebrantable, desafiando el aislamiento total y la desconexión del mundo exterior.

Aún hay muchos periodistas encarcelados en las prisiones israelíes, y el ya escaso interés en su situación ha disminuido aún más. Sin embargo, es urgente que la comunidad periodística local, árabe e internacional exija su liberación inmediata, especialmente en medio de la escalada de agresiones israelíes contra los palestinos en toda la región, incluyendo Cisjordania y Jerusalén, y en medio de la brutal guerra genocida en Gaza, que ha provocado una de las mayores masacres en la historia moderna, con decenas de miles de mártires, incluidos alrededor de 175 periodistas, que fueron objetivo directo del ocupante junto a sus familias. A pesar de todo, Israel sigue intentando, en vano, apagar más ojos y silenciar más voces de periodistas.



La prensa en Gaza: El ser humano primero

□ Youssef FARES



Youssef FARES

Periodista y corresponsal palestino de la Franja de Gaza, ha contribuido a la cobertura de la guerra y ha documentado varios crímenes israelíes en el norte y centro de Gaza.

La prensa en Gaza: El ser humano primero

Youssef FARES

Es un desafío escribir sobre la experiencia profesional cuando estamos inmersos en una guerra cuyo final parece un horizonte inalcanzable. Nadie puede predecir cuándo llegará su fin, y quizás aún no hayamos enfrentado lo peor. Como bien se dice, lo mejor de las guerras es su término. Permítanme confesar que, en mis 15 años como periodista, jamás he presenciado horrores como los de esta guerra. A lo largo de mi carrera, he cubierto cuatro grandes conflictos, alrededor de 25 enfrentamientos entre guerras, y dos años de las Marchas del Retorno en las fronteras orientales de Gaza. Sin embargo, nada de esto se compara con lo que estamos atravesando ahora. Incluso a nivel personal, esta guerra ha marcado una diferencia. Soy un palestino nacido y criado en Gaza, y apenas he salido de aquí en dos ocasiones, con estancias que no superaron los 70 días.

Hasta donde recuerdo, ni siquiera la gran Rusia ha llamado "guerra" a su conflicto con Ucrania, que lleva más de dos años. En cambio, lo denominan una "operación especial". Pero en Gaza, estamos frente a una potencia nuclear que, el 7 de octubre, declaró abiertamente la guerra contra una ciudad que, incluso en tiempos de paz, las Naciones Unidas²⁵ y otras instituciones internacionales catalogaban como "in-

²⁵ Un informe de la ONU de 2017 declaró que Gaza era "inhabitable" debido a la grave situación humanitaria, incluida una profunda crisis energética y una tasa de desempleo juvenil del 60 %.

habitables". Se trata de una pequeña ciudad sin infraestructura, sin refugios, sin zonas seguras, y con una población de más de dos millones de personas, atacada por un ejército de 500.000 soldados, cientos de tanques, vehículos blindados, drones, sistemas de vigilancia, rastreo y tecnología de inteligencia artificial.

Frente a la brutalidad, la movilización total y el apoyo occidental y estadounidense incondicional, por primera vez en mi carrera profesional, consideré prudente moderar un poco mi impulso. Así que, aquella mañana, no me puse el chaleco de prensa ni corrí a cubrir lo que estaba sucediendo. Sabía que tenía que aprovechar las horas previas a que Israel se recuperara del impacto del gran acontecimiento, preparándome para lo que estaba por venir. Mi primera prioridad era asegurar a mi familia, trasladarla a un lugar que consideráramos seguro, y luego abastecerme con lo necesario: baterías, cargadores portátiles, tarjetas de internet, combustible para el coche y un lugar donde pasar la noche.

Al cerrar el primer año de guerra, los detalles de esos primeros días se han difuminado en mi memoria, pero hay momentos que quedaron grabados a fuego. Recuerdo aquella noche en que amenazaron con bombardear el edificio al que había trasladado a mi esposa y mis hijos. Corrí a evacuarlos a las 3 de la mañana. Poco después, bombardearon la casa vecina a la de mis padres, donde murieron 15 de nuestros vecinos y mi padre resultó herido. Luego, bombardearon una mezquita cerca del nuevo refugio de mi familia, obligándome nuevamente a evacuarlos a otro lugar.

En los primeros veinte días del mes inicial de la guerra, me

di cuenta de lo difícil que sería ser testigo y víctima al mismo tiempo. Sentí el conflicto interior que viven todos los que tienen una responsabilidad profesional y ética. Me enfrentaba a un profundo sentimiento de insuficiencia e impotencia, limitado a escribir informes y seguir las noticias desde casa, mientras el abrumador volumen de los eventos sobre el terreno exigía más ojos, más cámaras y más voces. En otras palabras, estábamos ante horrores colosales y hombres paralizados por la duda.

Con el tiempo, me di cuenta de que lo peor aún estaba por llegar. Comenzó la gran ofensiva terrestre en el norte de Gaza, y 17 miembros de mi familia perecieron en distintos lugares. Mientras medía la distancia entre la muerte y mi familia en centímetros, hasta el punto de dormir en la calle, no tuve más opción que trasladarlos a lo que se llamaba la "zona segura" en la ciudad de Rafah, en el sur de Gaza. Yo, por mi parte, me quedé en el norte, que ya estaba casi desierto, con el 90% de los periodistas fuera. Fue entonces cuando realmente comenzó el trabajo.

Para ser sincero, el primer mes de la guerra me dejó profundas cicatrices. Cuando finalmente volví al terreno para entrevistar a las víctimas y capturar imágenes, me invadió un sentimiento que sé que comparten todos mis colegas: "Estamos contando nuestra historia a través de muchas bocas y ojos". Esta vez, Israel no otorgó a nadie una exención de la muerte; periodistas, médicos, socorristas, trabajadores de organizaciones internacionales y de ayuda local... todos se convirtieron en objetivos legítimos.

No basta con trabajar para cumplir con la responsabilidad

periodística; es necesario esforzarse por elevar la calidad del trabajo para evitar que las víctimas, con las que compartes identidad y sufrimiento, se conviertan en frías estadísticas, y para que la dignidad humana no sea reducida a mero contenido visual. Ante el horror de las masacres y la locura israelí que lo arrasa todo, era inevitable replantearse preguntas sobre las líneas editoriales y los enfoques de la cobertura.

La primera de esas cuestiones es la orientación general de la cobertura de la guerra. Lograr un nivel de objetividad justa requiere encontrar un equilibrio preciso entre las dos dualidades: el héroe indomable y la víctima derrotada. Excederse en una dirección o en la otra conduce a una distorsión que empaña la realidad.

La zona gris entre los dos extremos nos lleva a buscar nuevas palabras en las que el héroe aparecerá cansado, herido, sacrificándose y triste en muchas ocasiones, pero seguirá siendo noble, digno y se negará a rendirse. De igual manera, la víctima ocupará la mayor parte de la imagen, con todos los detalles que rodean su vida difícil, subrayando que no son víctimas de un desastre natural como una inundación, un terremoto o un volcán, sino que son víctimas de una causa política y una injusticia histórica, castigadas por la mayor máquina de brutalidad y crimen en la región.

Al contemplar las imágenes del desplazamiento desde el norte hacia el sur del enclave y los grandes campamentos de tiendas de campaña, te enfrentas a preguntas profesionales extremadamente sensibles. Nuestro enemigo tiene siempre la capacidad de reproducir el crimen, recreando el

mismo escenario que fabricó hace 76 años. ¿Es correcto hablar de una nueva Nakba en 2023, cuando nosotros mismos hemos facilitado algunas de sus causas?

El mayor desafío profesional en una guerra como esta no es asegurar los requisitos logísticos, ni elegir las palabras adecuadas para contar las historias de las víctimas. El verdadero reto es trazar una línea editorial que enmarque esta guerra en el contexto del pasado, el presente y el futuro, y que destaque la realidad de un pueblo que no ha tenido la oportunidad de vivir con verdadera estabilidad ni disfrutar de una vida digna desde que fue expulsado de su tierra en 1948. Este pueblo ha sido obligado a vivir en una realidad en la que la ocupación controla hasta el aire que respira, y ahora se enfrenta a la erradicación y el desarraigo a manos de un gobierno de extrema derecha que cree haber encontrado una oportunidad histórica para resolver definitivamente la existencia palestina, tanto geográficamente como narrativamente, y en lo que respecta a sus lugares sagrados.

Mirar los eventos desde esta perspectiva me ha permitido, como testigo y víctima, desarrollar un enfoque único para la cobertura. Este enfoque implica utilizar los mejores contextos y estilos periodísticos y aprovechar todos los medios y plataformas disponibles para mostrar la imagen del palestino que ama la vida y desea vivirla plenamente, y que, al mismo tiempo, lucha y muere por una causa justa ante un enemigo carente de moral. En este contexto, la historia humana es el color que permite ir más allá del enfoque básico de la tarea periodística, que es simplemente informar del evento, proporcionar estadísticas y responder a las preguntas curiosas que motivaron la noticia.

Desde el comienzo de la guerra, comprendí que limitarse a presentar cifras resultaría frío e insensible, a menos que cada una de ellas estuviera cargada de los detalles que le otorguen humanidad. A través de la narrativa periodística, liberamos a las víctimas de ser simples números en una larga lista. Nos enfocamos en aquellos aspectos que les devuelven su identidad, que les otorgan su derecho a ser recordadas, discutidas, a generar empatía. De este modo, logramos que permanezcan en la memoria colectiva de los lectores, quienes, a través de este proceso, dejan de ser meros espectadores del conflicto y se convierten en participantes activos, emocional y moralmente comprometidos con la realidad que les presentamos.

Este enfoque permite que la cobertura evolucione y se renueve, evitando caer en la monotonía y el agotamiento temático. Cada víctima, ya sea un mártir, un herido con extremidades amputadas, un comerciante que ha perdido su negocio o alguien cuyos sueños han sido truncados, representa una historia única y autónoma. Cada relato tiene su propio inicio, un punto álgido lleno de asombro y una conclusión abierta, donde la muerte y la destrucción no marcan el final, sino una pausa en una narrativa aún en curso. De esta manera, las historias que se presentan con profesionalismo y una narrativa cuidadosamente diseñada se transforman en íconos de permanencia e impacto, no simplemente en piezas de contenido pasajero. Se alejan de ser fragmentos visuales o informativos que, con el tiempo, pueden volverse una carga para el receptor, convirtiéndose en un contenido más profundo y significativo que sigue resonando.

En realidad, no me baso en lo que ven los ojos y escuchan

los oídos, ni en el contenido que se consume rápidamente mediante el "scrolling" en las redes sociales. Mi apuesta está en aquellos puntos de encuentro humanos que conectan al protagonista de la historia con el periodista y el receptor, y en abordar siempre la dimensión política, que es imposible ignorar. Porque la ocupación no es solo un problema para una facción o grupo específico; es un problema personal para cada palestino, independientemente de las narrativas que el ocupante quiera imponer, intentando cargar el peso del genocidio en un solo grupo.

Un ejemplo de esto es la historia de Hadja Aqila al-Sakani, quien nació en el año de la Nakba, y cuya vida se ha entrelazado con cada evento nacional importante. Cuando tenía 16 años, el ejército ocupante voló la casa de su familia en el campo de refugiados de Jabalia. El día de su boda, su familia le ocultó la noticia de la muerte de su hermano Hussein en los eventos de "Septiembre Negro" en 1970. Luego, en el inicio de la segunda intifada en 2000, su hijo Khalil cayó mártir y su hijo menor, Hussein, resultó herido. En esta guerra, ha perdido a cinco de sus hijos, y ahora cuida sola a 26 niños huérfanos. Una historia como la de Aqila, con toda su carga de acontecimientos que conectan el pasado con el presente, representa un ejemplo vivo de nuestra narrativa histórica.

Otro ejemplo es Um Fawzi Washah, madre de cuatro hijos que murieron en un bombardeo que destruyó su casa en el barrio de Tel al-Zaatar, en el campo de refugiados de Jabalia, al final del tercer mes de la guerra. Durante cinco meses intentó, sin éxito, convencer a su esposo, el padre de los mártires, de que desistiera de su decisión de vengar

personalmente sus muertes. Finalmente, "Abu Fawzi" murió enfrentándose al ejército ocupante durante la segunda operación terrestre que tuvo lugar en Jabalia en mayo de este año.

Estas historias, junto con cientos de otras, si se presentan de manera profesional y cuidadosamente planificada, llenan el vacío narrativo que la ocupación ha intentado encubrir con sus falsas narrativas a lo largo de los meses de guerra.

El desafío que enfrenté al desarrollar un estilo propio y dejar mi huella no está únicamente ligado a las difíciles condiciones impuestas por la guerra, sino también a las barreras profesionales y éticas que debo respetar sin traspasar los límites de mi papel como periodista. En el contexto de nuestra historia, el dilema es que no podemos ser neutrales ante la dignidad, la privacidad y los sentimientos de las personas que protagonizan nuestras historias. Por ejemplo, no está permitido que el periodista exprese emociones que el entrevistado o protagonista no es capaz de exteriorizar, aunque comparta con él la experiencia del sufrimiento, el hambre o la pérdida. Incluso si uno siente el dolor del otro, la profesionalidad nos exige formular las preguntas adecuadas y prestar atención a los pequeños detalles que ayudan a construir puentes entre quien narra, quien cuenta la historia y quien la observa.

Es una tarea y una responsabilidad difícil, pero el resultado se asemeja a derribar "la cuarta pared" entre los personajes de la historia y el público, transformando, al estilo del famoso dramaturgo alemán Bertolt Brecht, al espectador de un mero receptor en un participante activo, que apoya la

creación de la historia, la transmite e incluso la enriquece con sus propias reflexiones psicológicas derivadas de la interacción con ella.

Descubrí que el trabajo periodístico ligado al enfoque institucional en la redacción de informes, historias y su representación no sería suficiente para reflejar la impresión personal y los espacios emocionales compartidos con los protagonistas de las historias. Así, fue necesario crear un nuevo estilo de escritura, o mejor dicho, las circunstancias y las observaciones diarias fueron las que dieron forma a un estilo de escritura y presentación en las redes sociales. Este estilo fue tomando forma de manera independiente día tras día, en el que encontré la posibilidad de contar la historia y a sus protagonistas, junto con mi propia impresión emocional y las reacciones que la historia me provocó.

Este enfoque obliga a emplear las herramientas periodísticas más importantes, buscando los más altos niveles de precisión en la investigación de los detalles, y utilizando el lenguaje más accesible, cercano al uso cotidiano, lo que contribuye a que la idea llegue al mayor número posible de receptores. Además, ofrece la oportunidad de que ellos mismos añadan algo a la historia, describiendo el impacto emocional que estas historias acompañadas de imágenes han tenido en ellos.

Permítanme admitir que este enfoque de trabajo no fue planificado ni deliberado, ni surgió de una decisión consciente, sino que fue moldeado por la experiencia, por la intensidad de los eventos y la cantidad de héroes involucrados. Adentrarse en este camino nos permite recuperar los rostros de

las víctimas que fueron borrados por la inmediatez de las noticias, presentando no solo sus imágenes, sino también sus voces, emociones, y nuestras propias reacciones hacia ellos. Pero esto va más allá: este método crea historias sostenibles que no se limitan a su primera difusión, sino que se les da seguimiento en momentos posteriores, observando los cambios que provoca la pérdida y cómo enfrentan el trauma que conlleva.

Un ejemplo es la historia de Hamza Abu Halima, un joven cuya imagen, tomada durante un interrogatorio mientras estaba desnudo y herido, circuló por las redes sociales. La fotografía, que capturaba su mirada desafiante hacia un soldado que le ataba las manos, se convirtió en un símbolo. Esta imagen no solo marcó el momento en que fue tomada, sino que también alimentó la búsqueda de detalles sobre lo sucedido, elevándola a un ícono que supera el incidente en sí.

Otro ejemplo conmovedor es el de "Umm Jibril", madre del niño mártir Mohamed Bahar²⁶, un niño con síndrome de Down que fue brutalmente atacado por un perro militar. Los soldados israelíes lo dejaron desangrarse en su hogar. Meses después, ella organizó un carnaval (festival) en memoria de su hijo, mostrando una fortaleza inspiradora. Verla con su tradicional vestido palestino, sonriendo entre lágrimas, no solo revive su historia, sino que la transforma en un relato continuo, asegurando que su presencia

²⁶ Mohamed Bahar, un palestino de 24 años con síndrome de Down, fue asesinado por las fuerzas israelíes el 4 de julio de 2024 durante un asalto a la casa de su familia en el este de la ciudad de Gaza. Según su madre, Muhammad era inocente y tenía capacidades verbales limitadas. Los soldados israelíes utilizaron perros durante el operativo, lo que provocó la trágica muerte de Muhammad.

perdure en la memoria colectiva de quienes conocen su historia.

Este estilo de narración no solo documenta, sino que genera una conexión más duradera y profunda con el público, creando un impacto que trasciende la noticia inmediata.


Las reflexiones sobre la cobertura periodística en tiempos de guerra van más allá de la técnica y las habilidades narrativas; se trata de descubrir la verdadera importancia de la labor periodística desde la perspectiva de las víctimas. Este enfoque revela que los periodistas no solo cuentan historias para la audiencia, sino que también cumplen una función esencial para las personas afectadas, quienes necesitan que sus historias sean escuchadas, que su sufrimiento y resistencia sean visibilizados.

Como ejemplo, está el desgarrador testimonio de Basma Al-Khazandar, cuya única hija murió en un ataque en el que también fallecieron dos periodistas. En su dolor, Basma expresó su frustración al ver que el cuerpo de su hijo había sido etiquetado como "desconocido", exclamando: "Mi hijo no es un mártir desconocido, no es un daño colateral, no es solo un número. Mi hijo tiene un nombre, y su nombre es Khaled Saed Al-Shawa".


Esta experiencia subraya que la pérdida es dolorosa, pero el olvido y la marginación son aún más devastadores. Las víctimas necesitan que sus historias se cuenten, que sus nombres no desaparezcan entre las cifras y estadísticas. De esta manera, el papel del periodista se convierte en el de un antídoto constante contra el olvido. La guerra es un capítulo

más de una lucha de 74 años, y en este contexto, uno de los mayores triunfos de las víctimas es seguir existiendo, mantenerse en la memoria.

Finalmente, me siento profundamente agradecido con los protagonistas de mis historias, quienes me permitieron estar a su lado, entrar en sus vidas y, a veces, compartir su protagonismo. Sin embargo, la verdad irrefutable es que son ellos quienes nos hacen a nosotros, y nuestro papel, aunque limitado, radica en descubrirlos y darles voz. También estoy agradecido con el Al Jazeera Media Institute, que ha sabido transformar ideas espontáneas en un camino académico que se preservará para las futuras generaciones.



**El periodismo
es lo que los
enloquece**

 Hamam HANTASH



Hamam HANTASH

Periodista palestino independiente de Cisjordania, trabaja para varios medios de comunicación árabes y locales. Fue arrestado por la ocupación en noviembre debido a su actividad periodística, y permaneció detenido bajo condiciones atroces durante 310 días.

El periodismo es lo que los enloquece

Hamam HANTASH

En esta tierra, enfrentamos dos acusaciones principales: una que compartimos todos los palestinos, relacionada con nuestra resistencia en nuestra propia tierra, y la otra específica de los periodistas, ya que Israel ha declarado una guerra feroz y particular contra la verdad y contra cualquiera que intente exponerla con profesionalismo y objetividad. Por eso, mi destino, como el de muchos otros en la Cisjordania ocupada, terminó en una amarga experiencia de arresto, cuyos capítulos documentaré en este testimonio.

Fui arrestado el 24 de octubre, alrededor de la una de la madrugada. Se dice que la memoria de las víctimas y de los traumatizados es precisa, pero la brutalidad de la ocupación en ese momento hacía imposible olvidar cada detalle de los abusos que sufrimos. Un gran número de soldados armados rodeó la casa, como si yo fuera un terrorista o un líder de alguna facción, aunque ninguna de esas medidas era en absoluto necesaria. Fui arrestado de manera brutal, con formas de violencia física innecesarias, ya que no resistí el arresto ni cometí nada que me hiciera esperar tal tratamiento lleno de humillación e intimidación. Pero la acusación principal, como señalé antes, estaba presente, y en la mente de los israelíes, era suficiente para justificar la tortura y la violencia.

Así me llevaron en plena noche, a una gran distancia de mi casa, donde los vehículos militares estaban alineados a ambos lados. Durante este trayecto, me golpearon y patearon, especialmente dentro del jeep militar que me llevó al campamento "Shekef", en un asentamiento con el mismo nombre. En el jeep, estaba tirado en el suelo del vehículo, y los pies de los soldados descansaban sobre mí.

Al llegar al campamento, me esposaron y me sometieron a un rápido examen médico realizado por el médico presente. Luego, me ataron a una cerca alrededor del campamento y me dejaron cerca de un perro guardián que ladraba ferozmente cada vez que se acercaba a mí. Estaba atado en una posición similar a la de "Shabeh"²⁷, con las manos levantadas y atadas detrás de la espalda. Permanecí en esa posición hasta el amanecer, momento en el que me trasladaron al centro de detención "Etzion", donde continué sufriendo diversas formas de abuso sin motivo. Era una violencia gratuita, impulsada únicamente por el odio y el deseo de quebrantar el espíritu humano.

En el campamento de "Etzion", nos recibieron algunos oficiales que nos interrogaron de manera humillante. Cada paso en la prisión era una llave para más humillación. Cada cambio en las condiciones de los prisioneros tenía el propósito de quebrarnos y disfrutaban al vernos sufrir sin motivo alguno. Así fue como sucedió: fuimos severamente golpeados y despojados por completo de nuestra ropa. Después de eso,

²⁷ El shabeh es una técnica de tortura utilizada en las prisiones israelíes. Consiste en encadenar las manos y los pies del detenido a una silla pequeña inclinada hacia adelante, de manera que no pueda sentarse en una posición estable. La cabeza del interrogado se cubre con un saco, a menudo sucio, y se reproduce música a alto volumen de forma continua mediante altavoces. Los detenidos sometidos al shabeh no tienen permitido dormir.

nos llevaron a las celdas de detención, donde pasamos dos noches en condiciones extremadamente duras. Durante ese tiempo, nos obligaron a arrodillarnos, levantar las manos y bajar la cabeza.

Soy un ex prisionero con experiencia previa en la cárcel, pero, aun así, este trato me impactó profundamente en todos los niveles. Nunca antes había presenciado ni escuchado sobre un abuso tan sistemático y constante. Nadie estaba exento de este tratamiento, sin importar su estatus. Mi identidad como periodista, lejos de ser un escudo, tampoco me ofreció ninguna protección. De hecho, si el carcelero hubiera puesto atención en ello, probablemente habría intensificado aún más los abusos y la humillación.

Luego nos trasladaron a la prisión de Ofer, donde fui entregado al servicio de inteligencia israelí, el Shin Bet, para ser interrogado. Se me acusó de incitar y de cubrir noticias relacionadas con la operación "Diluvio de Al-Aqsa", y consideraron que las noticias que transmitía eran un estímulo para la resistencia contra la ocupación. Pasé alrededor de 15 días en la prisión de Ofer, durante los cuales las unidades de represión entraban en los pabellones casi a diario, irrumpiendo en las celdas para realizar registros y golpear en medio de la noche. Nos despertaban de repente con sus gritos mientras invadían las celdas y nos contaban como si fuéramos simples objetos. El trato era pésimo, incluso terrible. Hasta la comida, como se sabe hoy, formaba parte esencial del tormento en la prisión: un huevo que apenas parecía comestible por su color y aspecto, acompañado de un tomate o un pepino. Para el almuerzo, servían un poco de arroz mal cocido, no más que dos cucharadas, y a veces

añadían unos pocos frijoles, guisantes o maíz. Luego, cuatro rebanadas de pan. Eso era todo lo que se nos ofrecía en cuanto a comida, lo que provocaba que los cuerpos de los prisioneros se consumieran literalmente, debilitados por la mala alimentación, el maltrato constante y la privación de sueño.

Nos quitaron todos los medios de comunicación con el mundo exterior; no teníamos radio, lo que nos mantenía completamente aislados de las noticias y de lo que estaba sucediendo. Entre nosotros nos decíamos que la guerra duraría solo un mes, y apostábamos por esa posibilidad, diciéndonos "aguantemos un poco más". Pero las cosas continuaron durante meses y meses.

Después de unos 15 o 20 días de detención, la unidad especial de represión, conocida como "Yamaz", irrumpió en nuestra celda. Sin ninguna razón aparente, nos sometieron de nuevo a un registro violento y degradante, seguido de una paliza. Ese día, uno de los guardias se acercó a mí con su perro salvaje y lo acercaba a mí cada vez que me movía o levantaba la cabeza. Lo hicieron especialmente conmigo ese día, probablemente como castigo por haber hablado con ellos en un tono desafiante, y decidieron darme una lección. La presencia del perro, su sonido y su cercanía me llenaban de un terror diferente. Me aterraba la posibilidad de que soltaran al perro o que se descontrolara, especialmente porque estaba acorralado en una esquina y no podía hacer nada, mientras los guardias se reían y se burlaban. Este tormento absurdo usando al perro duró unos 30 minutos.

Al día siguiente, nos juntaron y nos trasladaron al campo de

detención de Negev. Este traslado fue brutal; cuando nos sacaron, nos entregaron a la unidad "Nahshon", responsable del traslado de prisioneros entre cárceles. Nos esposaron las manos y los pies de manera cruel, nos metieron en los vehículos y nos distribuyeron de tal forma que permitía que continuaran los abusos. Durante estos abusos, me pidieron que dijera "¡Larga vida al pueblo de Israel!", pero, por supuesto, me negué, y entonces me golpearon aún más. Uno de ellos me aplastaba el cuello con su pie mientras me golpeaba en las costillas hasta fracturarme dos, lo que multiplicó el dolor de manera insoportable. A pesar de eso, el oficial seguía ordenando al soldado que me golpeará en el lado del corazón. No cesaron los insultos obscenos. Cada vez que recordaba que era periodista, pensando ingenuamente que tal vez tendría algún derecho o consideración, una bofetada más caía sobre mi cuerpo, recordándome la acusación principal que pesa sobre cualquiera de nosotros bajo la ocupación: ser palestino. Para los israelíes, esa identidad es una condena en sí misma, un delito que anula cualquier otra consideración. Lo mismo les ocurría a todos los demás prisioneros en el vehículo, sin importar su estatus, edad o condición; todos fuimos sometidos a los mismos abusos y humillaciones.

Cuando llegamos a la prisión de "Negev", nos recibió la infame unidad "Keter": rostros completamente enmascarados. Nos bajaron del vehículo uno por uno, y la unidad "Nahshon" comenzó a golpearnos, tal como lo hicieron en "Ofer", pero esta vez a la vista de todos y en un espacio abierto. Había un pasillo estrecho de unos tres metros de ancho, y soltaron a los perros policía sobre nosotros, mientras estábamos esposados e incapaces de defendernos. Uno de los perros me

atacó, lanzándome al suelo sin posibilidad de resistir. El perro llevaba un bozal de metal, pero me golpeaba con él en la cara y el pecho, provocando un dolor insoportable. Además, su baba caía sobre mí mientras gruñía, lo que aumentaba el horror de la situación.

Luego, nos ordenaron levantarnos de manera confusa, pero finalmente logré llegar a una pequeña sala de espera, donde nos apretujaron a unos cuarenta hombres. Estábamos tan apretados que no podíamos movernos. Al poco tiempo, abrieron la puerta y nos ordenaron arrodillarnos con la cara hacia la pared y las manos sobre la cabeza. La unidad "Keter" y los guardias entraron gritando histéricamente: "¡Bienvenidos al infierno!", y empezaron a golpearnos con palos y porras. Podía escuchar los gritos de los prisioneros mientras los golpeaban brutalmente en la cabeza y los hombros. Cuando llegó mi turno, sentí que estaban aplastando mi cabeza, y deseé que la tierra me tragara de tanto dolor y humillación.

Después de eso, nos llamaban uno por uno, y cada vez que uno de los prisioneros salía, escuchábamos sus gritos, entendiendo que estaba siendo brutalmente golpeado. Nos decíamos entre nosotros: "Te toca a ti", sabiendo lo que vendría. Cuando llegó mi turno, me llevaron a una sala llamada "Mahlul", una sala controlada por la administración de la prisión, donde se supervisan las cámaras y las comunicaciones. Me hicieron entrar y me ordenaron que me desnudara completamente. No me dejaron más opción que permanecer totalmente desnudo, mientras escuchaba los gritos de los demás prisioneros en las habitaciones contiguas. Este patrón de abuso de carácter sexual era una forma constante

de degradación y deshumanización absoluta, una violación total de todas las leyes y normas.

Durante el registro desnudo, fui sometido a una nueva ronda de palizas, sin ninguna explicación ni pregunta, era simplemente violencia ciega por el simple placer de golpear. Cinco soldados se turnaban para golpearme con porras de metal, causando un dolor extremo y graves contusiones. Cuando les dije que estaba enfermo y que sufría de dolor de espalda, ignoraron mis palabras y aumentaron la intensidad de los golpes. En muchos momentos sentí que estaba a punto de morir, así que comencé a recitar la shahada²⁸, como única forma de encontrar un significado ante esta brutalidad que parecía diabólica y sin límites. Me golpearon durante dos o tres minutos seguidos, lo que me pareció un día entero, con botas y porras de plástico y metal. Sufrí una fractura en la cabeza, y mi sangre comenzó a fluir por mi rostro y nariz. Mi sangre se mezclaba con la de mis compañeros que habían sido golpeados antes que yo; fue una auténtica masacre, una que sigue ocurriendo hasta el día de hoy en las cárceles de la ocupación. Los periodistas y otros deben continuar denunciándola y luchando para que se ponga fin a esta brutalidad sistemática.

Después de esa sangrienta sesión de golpes, nos trasladaron a otra sala, y todos estábamos heridos. Algunos prisioneros tenían lesiones en los ojos, otros en el rostro y otros en las extremidades. La sangre seguía fluyendo. Cuando nos metieron en las celdas, no había más que colchones vie-

²⁸ En la cultura islámica, se anima a una persona moribunda a pronunciar la declaración de fe islámica, conocida como Shahada. Se considera que esta proporciona consuelo, reafirma la fe y permite pedir el perdón y la misericordia de Alá.

jos, y ni siquiera eran suficientes para todos. La pieza era pequeña, de unos 9 metros por 6 metros, y habían metido a unas 13 personas allí. Dormíamos en el suelo, incapaces de movernos o de subirnos a las camas superiores. No había agua para bañarse, y nos sorprendió descubrir que el agua estaba cortada. Para mí, lo más perturbador fue la baba del perro, que permaneció adherida a mi cuerpo durante todo el día, impidiéndome conciliar el sueño y trayendo a mi mente, una y otra vez, los momentos de terror que había vivido. No pude limpiarme hasta el día siguiente, cuando finalmente llegó la única hora en la que el agua estaba disponible.

Después de eso, comenzó una nueva y larga etapa de tortura, distinta pero igualmente despiadada. Cada vez que los carceleros venían a hacernos el conteo, nos obligaban a poner la cabeza hacia la pared, sentarnos de rodillas y mantener las manos sobre la cabeza. Durante el conteo, solía llegar la unidad "Keter²⁹", especializada en la represión. Algunos días, parecía que jugaban una especie de "ruleta rusa" para decidir qué celda sería la siguiente en sufrir el castigo. A veces, entraban en una celda tras otra, mientras que otras veces elegían una en particular, destrozaban todo lo que había dentro y golpeaban brutalmente a los prisioneros sin razón aparente.

Estos asaltos se producían entre dos y tres veces por semana después del conteo. Entraban, leían nuestros nombres

²⁹ Keter, la unidad de intervención rápida del Servicio Penitenciario Israelí, fue creada en 2010 para gestionar situaciones de emergencia y proporcionar una respuesta inmediata hasta la llegada de otras fuerzas, especialmente en casos de disturbios en prisiones o intentos de fuga. Esta unidad ha sido criticada por su supuesto uso excesivo de la fuerza y la tortura. Desde el inicio de la guerra contra Gaza, su nombre está vinculado a graves acusaciones sobre el uso de medidas extremas e ilegales. Los prisioneros palestinos se refieren a "Keter" como el "escuadrón de la muerte".

y luego comenzaba la tormenta de golpes y destrucción. Todos temíamos la hora del conteo, pues sabíamos que venía acompañada de violencia y tortura.

Las visitas de los abogados: otra oportunidad para la tortura

Cuando un prisionero era llamado para una reunión con su abogado, lo esposaban con las manos tan fuertemente atadas que sentía como si las muñecas se fueran a separar del resto del cuerpo. Una vez que llegaba al centro de control o a la administración de la prisión, comenzaba otra ronda de golpizas. Los prisioneros eran colocados en salas de espera, donde recibían una paliza humillante, sin importar que estuvieran a punto de ver a sus abogados. Con el tiempo, las golpizas antes de las reuniones llegaron a tal punto que los prisioneros preferían evitar salir a las sesiones del tribunal, temiendo la violencia que inevitablemente vendría. Muchos regresaban con el cuerpo y el rostro llenos de hematomas, las manos marcadas por las esposas, con la piel rota y sangrando.

Cuando era necesario ir al tribunal, que generalmente era en la Corte de Ofer, las sesiones se llevaban a cabo por videoconferencia. Estas sesiones rara vez duraban más de cinco minutos, pero para esos breves momentos, pasábamos todo el día con las manos esposadas y los ojos vendados, de rodillas, sabiendo que no auguraba nada bueno para nosotros. Durante ese tiempo de espera, no se nos permitía levantar la cabeza. Si alguno lo hacía, incluso por error, los guardias entraban a golpearnos a todos. Este castigo colectivo era un medio para humillarnos y generar discordia entre

nosotros, buscando que nos culpáramos mutuamente por el castigo infligido.

La comida: ¡Otra forma de tortura!

En cuanto a la comida, la cantidad era insuficiente para una sola persona, pero se repartía entre diez prisioneros. Nos veíamos obligados a dividir lo que apenas alcanzaba para uno entre todos nosotros, lo que significaba que cada prisionero recibía apenas dos o tres cucharadas, o dos rodajas de pepino o zanahoria. En algunos días, nos daban una pequeña porción de labneh, del tamaño de una cucharada. Incluso el pan tenía un olor desagradable, parecido al de salchichas o col podrido, y resultaba imposible de comer.

Algunos jóvenes optaron por acumular comida a lo largo de la semana para comerla de una sola vez los viernes, en un intento de sentirse saciados al menos una vez por semana. Sin embargo, a veces la comida se echaba a perder, lo que ocasionaba problemas aún mayores, como intoxicaciones y terribles dolores de estómago. En una ocasión, yo reuní mi porción de yogur durante toda la semana, acumulando siete envases. Me imaginaba que el viernes sería una especie de "fiesta nacional", un término que solíamos usar para referirnos a una pequeña celebración cuando conseguíamos juntar suficiente comida. Hacíamos lo imposible por tener un momento que rompiera la brutalidad del encierro, aunque fuera fugaz. Sin embargo, el yogur que había acumulado se descompuso y no pudimos comerlo. Fue una catástrofe en dos sentidos: nos privamos de comida durante toda una semana solo para perderla, y además nos quedamos sin ese breve instante de una victoria simbólica frente a la crueldad

del carcelero y su desmedido castigo colectivo. Ese día nos invadió una profunda tristeza a todos.

Esa fue solo una de las muchas experiencias en prisión, y aunque sus detalles me acompañan hasta hoy con su brutalidad, no es la más terrible. Las historias de los prisioneros en las cárceles de la ocupación permanecen, en gran medida, en la sombra y el olvido.



Cobertura de Palestina después del 7 de octubre

□ Mustafa AL-KHAWAJA



Mustafa AL-KHAWAJA

Corresponsal y periodista independiente de Ramallah, Cisjordania. Fue arrestado por el ejército de ocupación el 16 de octubre de 2023, tras la irrupción y destroz de su hogar, aterrizando a quienes estaban dentro. Permaneció detenido durante 10 meses debido a su actividad periodística y mediática. Mustafa Al-Khawaja fue liberado en agosto de 2024.

Cobertura de Palestina después del 7 de octubre

Mustafa AL-KHAWAJA

El 16 de octubre de 2023, me desperté junto a mi esposa a las tres de la madrugada por el fuerte y violento sonido del ejército de ocupación israelí intentando derribar la puerta de nuestra casa con herramientas especiales. A pesar de que les informé que iba a abrir la puerta, continuaron intentando forzarla hasta que la demolieron. Mi esposa estaba a mi lado mientras los soldados nos apuntaban con sus armas. Avanzaron hacia nosotros y me preguntaron mi nombre, al cual respondí. Luego, pidieron a mi esposa que trajera mi documento de identidad y mi teléfono móvil. Acto seguido, exigieron que todos los presentes en la casa se reunieran, a lo que respondí que solo había niños, incluyendo a mi hijo Ahmed, de nueve años, quien tiene autismo, y a su hermana Lin, de cuatro años.

En ese instante, la preocupación me invadió por completo ante la posibilidad de que mis hijos despertaran, especialmente Ahmed, dado su estado. Mi esposa, sin duda, compartía la misma ansiedad, conscientes ambos de lo difícil que sería manejar la situación, sobre todo para él.

Cuando trajeron mi identificación y los soldados me reconocieron, me informaron que estaba detenido y que debía ir con ellos. Durante ese tenso momento, mi esposa, a pesar de la gravedad de la situación, trataba de darme fuerzas. Trajo mi

medicamento, ya que padezco de una afección estomacal. Sin embargo, los soldados no me permitieron regresar a la habitación para cambiarme de ropa. Mi esposa me alcanzó la ropa, que tuve que ponerme frente a los soldados. Luego, uno de ellos se acercó, tomó mis gafas y las guardó en una bolsa junto con mi medicamento. Me vendaron los ojos y ataron mis manos hacia atrás con una correa de plástico. Cuando me sacaron de la casa, uno de los soldados me golpeó en la cabeza, obligándome a bajar la cabeza y encorvar la espalda mientras me conducían fuera del hogar.

Luego los soldados me ordenaron subir al jeep militar, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Me arrojaron de espaldas dentro del vehículo militar, quedando tendido en el suelo entre sus pies. El convoy, compuesto por unas seis unidades militares, partió desde justo frente de mi casa.

Fui trasladado a una base militar cerca de la aldea de Rantis, al oeste de la ciudad de Ramala. Durante el trayecto, uno de los soldados vertió café caliente debajo de mí mientras permanecía tirado en el suelo, con las manos atadas y los ojos vendados. Al llegar al campamento, los soldados me bajaron del jeep y me dejaron en el suelo, todavía con las manos atadas y los ojos vendados. Cada soldado que pasaba me insultaba y me golpeaba, pero una de las agresiones fue especialmente violenta cuando uno de los soldados me golpeó en la cara, justo debajo del ojo izquierdo. En ese momento, sentí mareos y desorientación, y grité pidiendo ver a un médico, pero fue en vano.

Después, pedí a los soldados que me desataran las manos

para poder realizar la oración del amanecer. Uno de los soldados me respondió en inglés: "Dios está fuera de servicio" y no me permitieron rezar. Tras el amanecer, dos soldados se acercaron y me llevaron a una habitación, aún con las manos atadas y los ojos vendados. Deduje que era una sala de primeros auxilios, y que el encargado era un médico del ejército de ocupación. Me preguntó en hebreo sobre mi estado de salud, si padecía alguna enfermedad, y le conté todo lo que sufría, incluida la herida causada por el golpe. Resultó que el golpe me había provocado una herida con un leve sangrado en mi mejilla izquierda.

Luego de esta etapa, me llevaron a un autobús grande y me trasladaron al campamento de (Etzion), ubicado en el sur de Cisjordania.

Nos bajaron del autobús junto con el prisionero Majd Nafi, quien es de mi pueblo y fue arrestado conmigo esa misma noche. Nos obligaron a sentarnos en el suelo frente al campamento, con las manos atadas por detrás y los ojos vendados. Esta situación duró hasta el atardecer. Durante todo ese tiempo, no se nos permitió rezar ni utilizar el baño. Tampoco se nos permitió cambiar de postura; la posición que los soldados querían que mantuviéramos era la misma que la posición de la oración. Lo más agotador fue que el suelo donde nos sentaron estaba lleno de piedras, lo que nos causaba un dolor intenso.

Al llegar la tarde, me llevaron al interior del campamento donde me sometieron a una exhaustiva revisión, mientras uno de los soldados insultaba a líderes de la resistencia palestina. Finalmente, en lo que respecta al primer día de mi

arresto, nos llevaron a una de las habitaciones del campamento de Etzion. Pasé la noche allí junto con otros nueve prisioneros hasta la mañana del día siguiente, martes 17 de octubre. En esa mañana, me sacaron junto con decenas de prisioneros del campamento y nos trasladaron a la prisión de Megiddo, tras haber sido agredidos.

En resumen, la primera noche de mi detención fue angustiada y extremadamente dura; por un lado, debido a la agresión física que sufrí, y por otro, por haber sido arrancado de mi hogar, dejando repentinamente a mi esposa y a mi hijo autista, sin previo aviso. Mientras estaba ahí, todo el tiempo pensaba en ellos, en la casa, y me preguntaba qué habrían hecho los soldados después de que me sacaron. Son muchas las preguntas que invaden tu mente cuando estás atado y con los ojos vendados, pero no tienes ninguna respuesta. Esas horas parecían días y semanas interminables.

Ingreso a la prisión de Megiddo

Llegamos a la prisión de Megiddo el martes 17 de octubre de 2023 en la "bosta" (vehículo de transporte de prisioneros) de una manera brutal, no exenta de agresiones físicas. Fuimos bajados por la unidad "Nahshon"³⁰, una unidad especializada en trasladar a los prisioneros de una prisión a otra y entre las prisiones y los tribunales militares, y viceversa.

³⁰ La unidad oficial de transporte de prisioneros en Israel y Cisjordania traslada a los prisioneros palestinos con los ojos vendados, esposados y, en la mayoría de los casos, con grilletes en los pies. A menudo, estos prisioneros desconocen su destino y la duración del trayecto. Para un informe detallado sobre los graves abusos que sufren los prisioneros palestinos en los centros de detención y prisiones israelíes, consulta el informe de B'Tselem: "Bienvenido al infierno: el sistema penitenciario israelí como red de campos de tortura".

Allí nos registraron minuciosamente, luego me encontré en un patio lleno de prisioneros sentados en el suelo con las manos levantadas, mientras los guardias de la prisión los golpeaban y maldecían. Fui agredido en la cara y otras partes del cuerpo, y los guardias me obligaron a sentarme como los demás prisioneros, recibiendo varios puñetazos y patadas en la espalda. Después, cuando llegó mi turno, me llevaron a una pequeña habitación, me sentaron en una silla con la bandera de la ocupación detrás de mí y me tomaron una fotografía con la bandera en el fondo.

Después de salir de esa habitación, fui llevado a otra donde había dos oficiales de inteligencia de las prisiones. Me hicieron varias preguntas, principalmente sobre mi trabajo como periodista y si incitaba contra "Israel" o promovía la resistencia palestina. Respondí que soy un periodista profesional y que realizo mi labor de acuerdo con los estándares y requisitos de la profesión.

Me preguntaron sobre mis cuentas en redes sociales, específicamente en Instagram y TikTok. Les respondí que no tengo cuentas en esas plataformas, pero parecían no convencidos, ya que comenzaron a murmurar entre ellos. Luego, uno de ellos llamó a un guardia y le ordenó que me llevara a la sección 5. Antes de ser trasladado, me llevaron a ver a un paramédico que estaba sentado en una mesa en el mismo patio donde otros prisioneros eran golpeados en grupo. Me preguntó si padecía alguna enfermedad y luego me pesó en una balanza que estaba a su lado. Tras anotar mi peso, le indicó al guardia que había terminado conmigo.

Mientras me llevaban a la sección, con las manos atadas,

tres guardias me agredieron durante todo el trayecto, que duró unos cinco minutos. Al llegar a la entrada de la sección, uno de los guardias me golpeó con una barra de metal en las piernas, dejándome marcas que persistieron durante un largo tiempo.

Cuando le dije al oficial de inteligencia de la prisión que era periodista, no mostró ningún interés. De hecho, noté su burla a través de sus miradas. En ese momento, le pedí al oficial de inteligencia que me devolviera mis gafas, que los soldados me habían quitado cuando me sacaron de casa. Su respuesta fue una burla, diciendo que no las necesitaba.

Sección 5

La sección 5 del centro penitenciario de Megiddo estaba en condiciones extremadamente duras, similares a las de otras secciones de la prisión. Las redadas en las celdas de los prisioneros y las agresiones eran constantes. Más de diez prisioneros se veían obligados a compartir celdas diseñadas para albergar solo a seis personas, lo que obligaba a algunos a dormir en el suelo.

Durante mi estancia de un mes en la celda 11 de esta sección, los guardias confiscaron todas nuestras pertenencias, incluidos electrodomésticos y alimentos que los prisioneros habían comprado antes del estallido de la guerra. También se nos confiscaron las ropas, zapatos y productos de higiene personal, lo que provocó una situación insostenible, especialmente dado que éramos quince prisioneros en la celda. En muchos días, ni siquiera se nos permitía salir para ducharnos.

Un día, los guardias vinieron y nos ordenaron acercarnos a la puerta para que nos pudieran esposar antes de abrirla (tenían una abertura en cada puerta diseñada para este propósito). Posteriormente, con un tono amenazante, nos ordenaron quitarnos los zapatos y no usar más de un par de pantalones y una camiseta. Luego nos sacaron de la celda hacia los baños bajo una lluvia de insultos. Al llegar, nos obligaron a sentarnos en el suelo y comenzaron a golpearnos violentamente mientras proferían insultos obscenos, mencionando de manera despectiva al líder de Hamas, Yahya Sinwar. El objetivo era claro: despojarnos de nuestras pertenencias y humillarnos de la manera más degradante posible, sin ningún límite o restricción.

En el ámbito médico, solicitaba casi a diario al enfermero el medicamento que había traído de casa o un sustituto, pero siempre me encontré con una negativa constante. De la misma manera, pedí en repetidas ocasiones mis gafas, que estaban guardadas en las pertenencias, pero no obtuve ningún resultado.

Durante uno de los numerosos traslados que la administración de la prisión realizaba de vez en cuando, con el objetivo de privar al prisionero de cualquier sensación de estabilidad, incluso en el lugar de su encarcelamiento, un guardia se dirigió a uno de los compañeros periodistas. Al preguntarle sobre su delito, este respondió que era periodista. Tan pronto como pronunció esa palabra, el guardia lo golpeó brutalmente, y varios otros prisioneros también sufrieron golpizas. Entre los periodistas prisioneros que estaban conmigo en la misma sección estaba el colega Sabri Jibril, y en la misma prisión (Prisión de Megiddo) también se encon-

traban los colegas Nawaf al-Amer y Moath Amarneh³¹, quien previamente había perdido un ojo mientras trabajaba, tras ser herido por una bala del ejército israelí en 2019.

Las agresiones en la prisión: una cronología de golpes y humillaciones

- El 17 de octubre, el día de mi llegada a la prisión de Megiddo, fui golpeado en un pequeño patio donde se encontraban decenas de prisioneros. Los golpes incluían puñetazos en varias partes del cuerpo, frente a los demás prisioneros, y patadas en la zona lumbar mientras estaba sentado en el suelo con las manos levantadas.
- Mientras me trasladaban desde la entrada de la prisión hacia la sección 5, fui agredido por tres guardias a lo largo del trayecto. Al llegar a la entrada de la sección, me golpearon en las piernas con una barra de hierro, lo cual dejó marcas durante varias semanas.
- El 20 de octubre, un viernes, me trasladaron junto a decenas de prisioneros a la prisión de Ofer para un interrogatorio, y luego nos devolvieron a Megiddo. Durante el traslado, fuimos nuevamente golpeados.
- El 30 de octubre, salí de la sección 5 con un grupo de prisioneros para ser presentados en juicio mediante videoconferencia. Nos colocaron en una celda colectiva fuera de las secciones mientras esperábamos nuestro turno. Durante este tiempo, uno de los prisioneros más

³¹ Para conocer el relato en primera persona de Moath Amarneh sobre sus experiencias, consulta la página

jóvenes (de menos de 18 años) fue golpeado, lo que le provocó fracturas. Una de las oficiales instaba a los guardias a seguir golpeándolo.

- El 7 de noviembre, un mes después del inicio de la guerra, nuestro pabellón fue registrado completamente. Los guardias nos sacaron de las celdas, nos ataron las manos y nos llevaron a las duchas después de obligarnos a quitarnos los zapatos. Allí comenzó una brutal agresión acompañada de insultos groseros que atentaban contra la dignidad humana, así como blasfemias contra los líderes de la resistencia palestina.

- Tras un mes en la sección 5, fui llamado junto a un grupo de prisioneros, nos ataron las manos detrás de la espalda y nos obligaron a agacharnos con la cabeza baja, luego nos trasladaron a otra sección, la sección 8. Recuerdo que en una ocasión, uno de los prisioneros estaba haciendo el llamado a la oración del mediodía cuando los guardias irrumpieron en su celda, lo llevaron a una celda de aislamiento y lo golpearon severamente. Luego lo devolvieron a la sección en un estado deplorable, con su cuerpo cubierto de hematomas.

Desde el primer día de la guerra, se prohibieron tanto el sermón como la oración del viernes³². Posteriormente, también se prohibió el llamado a la oración (adhan) y se confiscaron los relojes de pulsera.

³² Los sermones del viernes y las oraciones colectivas son fundamentales en la práctica islámica, obligatorias para los hombres musulmanes y un pilar de la vida comunitaria. Sin embargo, testimonios e informes revelan una supresión sistemática del derecho de los prisioneros palestinos a practicar su fe, a menudo acompañada de insultos deliberados hacia su religión. Esta represión incluye la prohibición de las oraciones en grupo, la negación de acceso al agua para las abluciones, la prohibición de la recitación de oraciones y la confiscación de ejemplares del Corán.

Testigos del martirio

Uno de los momentos más difíciles que experimenté durante mis diez meses de detención, en medio de la guerra en Gaza, fue el martirio del prisionero Omar Daraghmeh³³, quien estaba conmigo en la misma sección del centro de detención. Cuando su estado de salud se deterioró gravemente y mostró síntomas de un infarto, los jóvenes comenzaron a llamar desesperadamente al guardia encargado, quien tardó unos 15 minutos en responder. Se le pidió que trajera con urgencia a un médico o un paramédico, y tras más retrasos, finalmente apareció un paramédico. Sin embargo, a Omar lo sacaron esposado y caminando, sin que supiéramos si se le brindó algún tipo de atención médica. Al día siguiente recibimos la noticia de su muerte. No hay palabras para describir el grado de opresión que reinaba en la sección en ese momento, una sensación de impotencia agravada por la imposibilidad de expresar cualquier tipo de protesta o indignación.

Qué difícil es ser testigo de la muerte de alguien que podría haber sido salvado. Afronté esa experiencia con gran dificultad, y los recuerdos de aquellos días, cuando el prisionero mártir Omar Dragameh falleció, aún me sumen en un estado mental complicado, como a la mayoría de los otros presos. Sin embargo, en mi caso, mi perspectiva como periodista parece haberse intensificado aún más.

³³ El 23 de octubre de 2023, Omar Hamza Daraghmeh, prisionero político palestino de 58 años, padre de familia y miembro destacado de Hamás, fue trágicamente hallado muerto bajo custodia israelí. Su fallecimiento ocurrió pocas horas después de una audiencia por videoconferencia en la que parecía encontrarse en buen estado de salud, lo que plantea serias dudas sobre las circunstancias de su muerte. Tanto él como su hijo Hamza fueron detenidos como parte de una amplia operación que resultó en el arresto de más de 1.000 palestinos tras el 7 de octubre, en el contexto de la brutal guerra de Israel contra Gaza.

Pensaba mucho en el mártir, en el trayecto de su vida, y en cómo su familia habría recibido la noticia, en particular su hijo Hamza, quien estaba en la misma prisión, aunque en otra sección. También, inevitablemente, pensaba en mi propia familia y en cómo habrían reaccionado al enterarse de la muerte de un prisionero en la misma cárcel donde yo me encontraba. Con las visitas y comunicaciones cortadas, la incertidumbre debió ser insoportable.

Este evento resonó profundamente no solo en mi propio corazón, sino también entre las familias de los prisioneros, incluido mi propio círculo cercano, según supe tras mi liberación.

Desde mi arresto el 16 de octubre de 2023, no supe cuál sería el rumbo legal de mi caso ni cuál sería la acusación que me impondría la ocupación en sus tribunales militares hasta el día 30 del mismo mes. Ese día, aproximadamente dos semanas después de mi detención, los carceleros me llamaron, me esposaron y me sacaron con el propósito de llevarme ante el tribunal.

Dentro de una sala cercana a la entrada de la sección 5, donde me encontraba detenido, dos guardias me introdujeron y me pidieron que me sentara frente a una pantalla de computadora. Al sentarme, me di cuenta de que estaba frente al Tribunal Militar de Ofer, y que la audiencia se realizaría a través de internet. El abogado que mi familia había contratado para mi defensa estaba presente y fue en ese momento cuando me informó, por primera vez, que se había dictado una orden de detención administrativa en mi contra por seis meses. La detención administrativa se emite

por orden del oficial de inteligencia israelí de la región donde resido, y la audiencia judicial es un mero trámite sin impacto real. Esta fue mi única audiencia desde mi arresto hasta pasados seis meses, ya que no volví a comparecer ante un tribunal hasta abril de 2024, cuando mi detención administrativa fue renovada por otros cuatro meses.

El traslado a la prisión de Shata

El 14 de diciembre fui trasladado, junto con otros veinte prisioneros, de la prisión de Megiddo a la prisión de Shata. Antes de la guerra en Gaza, las administraciones de las prisiones de la ocupación solían notificar a los prisioneros con un día o más de anticipación sobre la intención de trasladarlos de una prisión a otra. De este modo, el prisionero sabía de antemano su destino y se le permitía llevar consigo sus pertenencias personales, como ropa, artículos personales, fotos de su familia e incluso libros, si lo deseaba.

Todo eso cambió desde el 7 de octubre, cuando la forma de trasladar a los prisioneros también se modificó. Ahora, el guardia entra en la celda del prisionero, lo llama, le ata las manos a la espalda y lo lleva a una celda colectiva cerca de la entrada de la prisión. Luego, el traslado se realiza en el vehículo de transporte de prisioneros conocido como "bosta", hacia una prisión cuyo destino el prisionero desconoce.

Esto fue lo que me sucedió el 14 de diciembre de 2023, cuando varios guardias llegaron a la celda número 2 en la sección 8 de la prisión de Megiddo, donde me encontraba junto a otros diez prisioneros. Nos ordenaron acercarnos a la puerta de la celda para ser esposados de manera ur-

gente. Me trasladaron, junto a otros prisioneros de la misma sección, hacia la entrada de la prisión. Allí nos encontramos con otros prisioneros provenientes de diferentes secciones de Megiddo y comenzamos a preguntar sobre el destino al que nos podrían trasladar. Algunos prisioneros escucharon a los guardias murmurar entre ellos que el destino sería la prisión de Shatta.

Subimos al vehículo de traslado de prisioneros, conocido como "la bosta", después de una minuciosa inspección, durante la cual algunos de nosotros fuimos agredidos al entrar en el vehículo. El trayecto hacia la prisión de Shatta, que no está muy lejos de Megiddo, duró unos 40 minutos o un poco menos.

Al llegar, antes de que nos bajaran del vehículo, empezamos a escuchar los fuertes ladridos de perros, un sonido aterrador, especialmente porque los prisioneros no podíamos ver nada. En una situación de total oscuridad y desconocimiento del entorno, sumado a la naturaleza agresiva de los guardias, cualquier cosa parecía posible.

Los guardias comenzaron a bajarnos de la "bosta" y nos trasladaron a una celda común en la entrada de la prisión de Shatta. Durante todo el proceso, permanecemos esposados y obligados a caminar encorvados, con la cabeza tan baja que era imposible ver lo que había delante. Al ingresar a la celda colectiva, cada uno de nosotros fue golpeado por los guardias que estaban esperándonos, y una vez dentro, continuaron golpeándonos mientras permanecíamos sentados en el suelo con las manos atadas, insultándonos a nosotros y a nuestros seres queridos con todo tipo de obscenidades.

Uno de los momentos más difíciles que jamás podré olvidar ocurrió con uno de los compañeros prisioneros, originario de la localidad de Jaba en la provincia de Yenín. Como resultado de la brutal golpiza que sufrió, principalmente en la parte superior de su cuerpo, perdió el conocimiento. Empezamos a gritar desesperadamente a los guardias para que lo trasladaran a la clínica del centro penitenciario, pero nuestros gritos cayeron en oídos sordos y no recibimos ninguna respuesta. El hombre permaneció inconsciente por un tiempo, y cuando finalmente recuperó algo de consciencia, nos conmovió profundamente verlo y escucharlo. Aún debilitado por el dolor, nos pidió en un tono vacilante que, en caso de que muriera, cuidáramos de sus hijos. Ese fue uno de los momentos más angustiosos de mis primeras horas en la celda colectiva.

La golpiza era una constante mientras nos iban llamando uno por uno para sacarnos de la celda colectiva. Cuando llegó mi turno, sufrí una nueva ronda de golpes frente a la celda, y luego dos guardias me condujeron por un largo pasillo, con las manos atadas a la espalda y obligado a inclinarme de manera humillante y dolorosa. Esta postura era tan insoportable que me dificultaba respirar, lo que provocó que me derrumbara en el suelo por el dolor al menos dos veces. Finalmente, llegué a la nueva sección del centro penitenciario, una sección recién inaugurada el 3 de diciembre de 2023, apenas once días antes de mi llegada. Era la única parte del penal destinada a prisioneros políticos palestinos, mientras que el resto de las secciones estaban reservadas para presos civiles.

Entrada a la Sección 7 en la prisión de Shatta

Llegué a la entrada de la sección en muy mal estado, resultado de los golpes que había recibido en la entrada de la prisión y la posición incómoda en la que fui trasladado a través de los pasillos hasta la entrada de la Sección 7. En la entrada, uno de los guardias me propinó una bofetada tan fuerte que me dejó mareado, nublando mi visión y dificultando que pudiera ver con claridad. Debido a la paliza que había recibido en el camino, entré en la sección en una situación humillante y deplorable. En la entrada, me condujeron a una sala donde un médico, vestido con el mismo uniforme que los guardias, se sentaba frente a una computadora. Me preguntó si sufría alguna enfermedad. Le hablé de mi problema estomacal y de que había traído medicación conmigo, pero que los soldados la habían tirado a la basura. Me prometió que me enviaría el medicamento a mi celda, cosa que nunca sucedió, como era de esperar. Me costaba mantener los pantalones sujetos a la cintura, lo que me hizo darme cuenta de que había perdido peso. Sin embargo, la verdadera sorpresa fue cuando me subí a la balanza en la "clínica" y descubrí que había perdido veinte kilos en los dos meses que pasé en la prisión de Megiddo.

En cuanto a las condiciones de vida en la prisión de Shatta y su diferencia con la prisión de Megiddo, me sorprendió el tipo de prisioneros que encontré en Shatta. Después de ingresar a mi celda (celda número 7) y encontrarme con seis prisioneros, incluidos dos condenados a cadena perpetua, me enteré de que varios prisioneros con estas condenas están en la misma sección. Entre ellos se encontraba el prisionero político más antiguo del mundo y decano de los

prisioneros palestinos y árabes, Nael Barghouti, junto con otras figuras destacadas del movimiento de prisioneros, como Abdullah Barghouti³³, Bilal Barghouti y Mohammed Arman, entre otros.

Me sorprendió la forma en que se contaban a los prisioneros en esta nueva prisión. En Megiddo, el recuento se hacía mientras estábamos de pie al final de la celda y mirábamos al oficial y a los guardias durante el proceso. Sin embargo, en Shatta, el recuento se realizaba mientras estábamos sentados en el suelo, con la cara hacia la pared y de espaldas a la puerta, donde se ubicaba el oficial, con las manos sobre nuestras cabezas. Además, los registros y las redadas en las celdas, así como las agresiones, eran más frecuentes en Shatta. Las luces permanecían encendidas durante toda la noche, privándome de dormir en la oscuridad durante ocho meses consecutivos. El llamado a la oración estaba totalmente prohibido, así como las oraciones del viernes, que no pude realizar durante los 10 meses de mi estancia. Estuve privado de escuchar el adhan (llamado a la oración) durante esos largos ocho meses.

No me trataron de manera diferente por ser periodista en comparación con los otros prisioneros en la sección; de hecho, ser periodista a veces empeoraba el trato. El 14 de marzo de 2024, durante una inspección en nuestra celda, fui agredido por los guardias mientras estaba esposado por la espalda. Uno de ellos me golpeó en la pierna, lo que me

³⁴ Abdullah Barghouti, de 52 años, es un prisionero detenido en las cárceles israelíes y uno de los líderes más destacados de Hamás. También fue uno de los principales dirigentes de la Segunda Intifada, que estalló en el año 2000. Actualmente cumple una de las condenas más largas de la historia: 67 cadenas perpetuas más 5.200 años adicionales.

hizo caer al suelo. Desde ese día, incluso un mes después de mi liberación, aún no puedo doblar la rodilla y debo rezar sentado en una silla. Sigo recibiendo tratamiento médico para recuperarme de las secuelas de esa agresión.

Tratamiento y privación de las gafas médicas

Desde mi detención, informé al oficial a cargo de mi arresto de que sufría problemas digestivos y que tenía un medicamento específico para tratarlos. Sin embargo, tras mi ingreso en la prisión de Megiddo y luego en Shatta, comunicar mi enfermedad y el medicamento que tomaba al "médico" no sirvió de nada.

Después de la agresión sufrida el 14 de marzo, cuando me lesionaron la rodilla y no pude rezar más que sentado, informé al paramédico, que distribuía algunos analgésicos en las celdas, sobre mis dolores y problemas en la rodilla. También insistí en ver al médico varias veces. Finalmente, cuando lo vi, me dijo que necesitaba una operación quirúrgica en la rodilla, pero aun así, solo me proporcionó analgésicos. Continué en esa situación difícil hasta mi liberación.

Y posiblemente, el hecho de que me privaran de mis gafas desde el comienzo de mi detención, el 16 de octubre, hasta el 1 de mayo, fue una de las dificultades más graves que enfrenté. Sufro de problemas de visión y miopía, y aunque insistí en recuperar mis gafas cada vez que hablé con los oficiales de la prisión, con el médico que distribuía medicamentos a los prisioneros (antes de que se prohibiera su distribución) y con algunos de los guardias, no obtuve ninguna respuesta. Luego las solicité durante una audiencia ante el

juez para confirmar la extensión de mi detención por segunda vez el 25 de abril, y el abogado intervino pidiendo al juez que me entregaran mis gafas, que estaban guardadas en la prisión donde me encontraba, sin necesidad de ningún trámite oficial o esfuerzo adicional.

Esos seis meses y medio de mi detención, antes de recibir mis gafas, fueron los más difíciles. Durante ese tiempo, sufrí constantemente de mareos y dolores de cabeza, ya que he dependido de gafas durante los últimos veinte años. Además de las dificultades físicas, también enfrenté la desconexión total de cualquier tipo de noticias, tanto personales como públicas, especialmente relacionadas con la guerra. Sentía una profunda frustración al estar completamente privado de información, después de haber estado acostumbrado a seguir minuciosamente todas las noticias a nivel local, regional y global, especialmente en el contexto de un conflicto bélico.

El hecho de no saber nada sobre mi familia durante tantos meses tuvo un impacto psicológico muy negativo en mí. Mis padres, ambos con problemas cardíacos, y mi hijo mayor, Ahmed, que padece autismo, eran mi mayor preocupación. Entre los cuidados que solía brindar a mi hijo, acompañándolo a sus sesiones de rehabilitación y supervisando sus actividades, mi mente se llenaba de pensamientos sobre cómo estarían afrontando la situación en mi ausencia. Conocía bien las necesidades de Ahmed y sabía cómo tratarlo, por lo que la incertidumbre sobre su bienestar y el de mi familia se convirtió en una carga emocional muy pesada durante mi tiempo en prisión.

Es cierto que este es solo un aspecto de todo el sufrimien-

to que experimenté tanto a nivel personal como profesional durante los meses que estuve en prisión. Sin embargo, los pensamientos que involucraban a mi familia —y en especial a mi hijo Ahmed— fueron los más difíciles de soportar. Frecuentemente, me encontraba sentado en mi celda, tumbado sobre mi litera, cubriendo mi rostro e imaginándome junto a Ahmed, recordando momentos específicos que habíamos compartido.

En esos momentos, me sumergía tanto en mis pensamientos que no soportaba que nadie me interrumpiera. Era como si en esos breves espacios de tiempo lograra escapar de los muros de la prisión, reviviendo los recuerdos con mis hijos, mi familia y mis amigos.

A veces, los servicios de inteligencia del régimen de ocupación convocaban a algunos prisioneros para entrevistas en el campo militar de Ofer. Cuando se llamaba a un prisionero para encontrarse con el oficial de inteligencia asignado a la región donde vivía, el prisionero pasaba por un centro de reclusión en la ciudad de Ramla conocido como "Ma'abar Ramla". Este centro es un lugar donde los prisioneros de la mayoría de las cárceles de la ocupación se reúnen, y es allí donde los nuevos prisioneros se encuentran con los prisioneros más antiguos y donde intercambian noticias entre ellos. Era la única "sala de noticias" de los prisioneros durante ese período.

Un día, un prisionero de nuestra sección fue convocado para reunirse con el oficial de inteligencia de su región en el campo militar de Ofer. Al llegar al "Centro de Reclusión de Ramla", se encontró allí con prisioneros de otras cárceles

donde todavía se mantenían algunos transistores de radio que las fuerzas de ocupación no habían confiscado. Estos prisioneros le informaron del asesinato de Saleh Al-Arouri, el vicepresidente del Buró Político de Hamas. Al regresar, compartió esta noticia con nosotros, aunque ya habían pasado al menos tres semanas desde el asesinato. La noticia afectó profundamente a algunos de los prisioneros, especialmente a aquellos que habían convivido con Al-Arouri en prisión. Posteriormente, también recibimos la noticia del asesinato del jefe de Hamas, Ismail Haniyeh, de la misma manera.

El hecho de recibir noticias importantes, como el asesinato de figuras relevantes, semanas después de que ocurran, me causaba una sensación de impotencia profunda. Como periodista, acostumbrado a estar al tanto de los acontecimientos incluso antes que el público general, solía tener acceso a los detalles, los contextos y las interioridades de las noticias que otros podrían desconocer. Sin embargo, ahora me encontraba en una situación en la que no solo recibía la información tarde, sino que también carecía de la posibilidad de verificar o ampliar esos detalles. Esta desconexión me generaba una angustia que iba más allá de la de otros prisioneros. Para mí, no solo era un aislamiento físico, sino también un exilio profesional, una separación forzada de aquello que había definido mi vida: estar informado y ser la fuente de información para los demás.

La comida... o más bien la falta de comida

Hablé, con mi enfoque periodístico, con decenas de prisioneros con quienes me encontré dentro de la cárcel cuando comenzó la guerra. El tema de la privación alimentaria

fue un punto de consenso entre todos ellos. A partir del 7 de octubre, las unidades represivas de las cárceles israelíes asaltaron las habitaciones de todos los prisioneros y confiscaron todo lo que encontraron. No dejaron ni alimentos enlatados, ni aceite de oliva, ni ningún otro tipo de provisiones sin ser confiscadas. Además, la "cantina", que es algo así como una cafetería donde los prisioneros solían comprar lo que necesitaban, también fue allanada por las autoridades penitenciarias y todo su contenido fue requisado.

Ante esa situación, los prisioneros no tuvieron otra opción que depender de la comida que proporcionaba la administración de la prisión, la cual ya era de mala calidad, pero que empeoró considerablemente y se redujo aún más en cantidad. Pasé diez meses en la cárcel durante la guerra, y mi desayuno diario consistía en aproximadamente una cucharada y media de labneh, acompañada de medio pepino o medio tomate. En ocasiones esporádicas, se distribuía un solo pimiento para que lo compartieran tres prisioneros. Solo los sábados el desayuno incluía dos rebanadas de queso amarillo y un pequeño envase de yogurt para cada prisionero, además de algunas aceitunas.

En cuanto al almuerzo y la cena, ambos consistían en dos platos de arroz y dos platos de sopa (de garbanzos, lentejas o frijoles) por celda, junto con un plato de verduras como repollo, remolacha o pimiento dulce, y todo esto para una celda que albergaba alrededor de diez prisioneros, a veces más o menos, dependiendo de los traslados que hacía la administración. Durante cinco días a la semana, se repartía un huevo por prisionero para la cena.

Pero la cantidad no era el único problema, también lo era la calidad de los alimentos. El arroz que recibíamos a menudo llegaba sin estar bien cocido, especialmente en la prisión de Megiddo. Las sopas, por otro lado, carecían completamente de sal. Además, se prohibieron todas las bebidas calientes, así como cualquier tipo de fruta. También se nos privó de cualquier tipo de dulce o alimento que contuviera azúcar.

Con el paso de los meses, empecé a notar en mí y en los demás prisioneros una creciente falta de energía y una incapacidad para caminar o moverse con normalidad. Durante la única hora que se nos permitía salir de la celda para ducharnos, aprovechábamos la oportunidad para caminar en el pequeño espacio permitido dentro del patio de la prisión. Sin embargo, poco a poco, incluso esa pequeña actividad se hizo insoportable, y muchos de nosotros nos encontramos incapaces de mantener el ritmo o caminar con la misma vitalidad de antes.

La pérdida de peso se convirtió en un tema constante de conversación entre nosotros. La apariencia de los prisioneros cambiaba rápidamente debido a la notable reducción de peso. La mayoría de los prisioneros con los que conviví en la prisión de Shatta perdieron una cantidad significativa de peso, y no recuerdo haber conocido a nadie que no experimentara este descenso. Algunos prisioneros perdieron hasta 20 o 30 kilogramos. En mi caso particular, llegué a perder alrededor de 37 kilogramos, lo que ha dejado secuelas en mi salud que aún sufro.

Estas condiciones físicas debilitantes, junto con la escasez de alimentos adecuados y las pésimas condiciones de las

celdas, que apenas se limpiaban, crearon el entorno perfecto para la propagación de enfermedades. Una de las más comunes fue la escabiosis (sarna)³⁵, que se extendió rápidamente entre los prisioneros, aumentando el sufrimiento ya insoportable de la vida en prisión.

A mediados de julio, cuando las temperaturas alcanzaban su punto máximo, uno de los prisioneros de nuestra celda (la celda número 3 en el bloque 7 de la prisión de Shatta) comenzó a experimentar una picazón constante en todo su cuerpo. Poco después, aparecieron protuberancias en su piel, y en cuestión de tres días, la mayoría de los prisioneros en la misma celda comenzaron a presentar los mismos síntomas. Nos comunicamos con los guardias, quienes afirmaron que llamarían al médico. Sin embargo, en lugar de atendernos de inmediato, nos impusieron un confinamiento, impidiéndonos el contacto con otros prisioneros.

El médico no llegó hasta varios días después y, cuando lo hizo, mantuvo su distancia, hablando con nosotros sin realizar ningún examen físico directo. Este comportamiento era otro ejemplo claro de su desdén por nuestra salud, solo tomando medidas cuando algo podría afectarlos a nivel operativo. Finalmente, la administración de la prisión nos proporcionó ungüentos, después de que el médico, a través de esa breve consulta, sugiriera que estábamos padeciendo sarna (escabiosis). A pesar de la posible gravedad de la enfermedad, permitieron que continuáramos utilizando las

³⁵ La sarna es una infestación cutánea causada por un ácaro microscópico. Está ampliamente extendida entre los prisioneros palestinos debido a las medidas punitivas impuestas por las autoridades penitenciarias israelíes desde el 7 de octubre de 2023. Estas medidas incluyen la privación de derechos humanos fundamentales, como el acceso a duchas y agua, la confiscación de productos de higiene, la negación de cortes de cabello y restricciones para obtener ropa.

mismas duchas que el resto de los prisioneros, lo que agravaba el riesgo de propagar la infección aún más.

Golpes y más golpes

Quizás lo más devastador de mi estancia de diez meses en las prisiones de ocupación durante el período de guerra no fue solo la constante violencia física, sino también los insultos incesantes que se lanzaban contra los prisioneros, sin motivo aparente ni violación de las reglas carcelarias. Este tipo de trato, que combina crueldad con el propósito deliberado de humillar, representa a la perfección la conducta del ocupante al irrumpir en las celdas o habitaciones de los prisioneros en cualquier momento, creando un estado constante de incertidumbre y temor. El hecho de que los prisioneros nunca supieran cuándo serían invadidos aumentaba el sufrimiento y desgaste psicológico al nivel más extremo. De hecho, los guardias israelíes irrumpieron en nuestras habitaciones sin previo aviso, destruyendo pertenencias y atándonos sin importar la hora: ya fuera por la mañana, tarde, al amanecer, a medianoche, durante las comidas de Ramadán, en la vigilia de la Noche del Destino, o los viernes. No había ninguna limitación que detuviera estas incursiones desde la perspectiva de los guardias israelíes después del 7 de octubre.

Uno de los momentos más difíciles que viví fue cuando me vi obligado a escuchar los gritos de un prisionero que estaba siendo golpeado brutalmente. Esos sonidos aún resuenan en mi mente, los escucho venir de la habitación 3, y en otra ocasión, de la habitación 1, donde una unidad de represión irrumpió y comenzó a golpear a los prisioneros, muchos de

ellos ancianos. En una de esas redadas, se fracturó una de las costillas del prisionero Abdullah Barghouti, y se rompió la nariz del prisionero Laili Abu Rjeila³⁶, ambos condenados a cadena perpetua.

Tampoco fue fácil salir para las sesiones judiciales; ya había mencionado que el simple hecho de salir de la sección significaba una alta probabilidad de ser golpeado, lo cual me sucedió en una de las sesiones del tribunal, específicamente el 25 de abril de 2024.

Fui sacado por orden del guardia para asistir a una sesión judicial. En ese momento, la ocupación había renovado mi detención administrativa después de que expiraran los primeros seis meses, agregando cuatro meses adicionales. Después de cada renovación, se supone que te presentan ante la corte para una audiencia de confirmación, lo que significa confirmar la orden de detención administrativa emitida por el oficial de inteligencia de la región donde resido, bajo la ocupación israelí.

Aquel día, me sacaron de mi celda, me esposaron las manos por detrás, me vendaron los ojos, como de costumbre, y también me ataron los pies. Al llegar a una sala cercana a nuestra sección (la sección 7), los guardias me metieron en la sala y me quitaron la venda de los ojos, pero mantuvieron mis manos atadas por detrás, así como mis pies encadenados. Luego, me sentaron en una silla frente a una pantalla

³⁶ Laili Abu Rjeila fue arrestado en 2006 y condenado a cadena perpetua. Las autoridades israelíes le negaron el derecho de recibir visitas de su hijo pequeño, Ayoub, a pesar de numerosos intentos. Ayoub también fue arrestado en 2021, y al año siguiente se les permitió finalmente reencontrarse brevemente. Laili Abu Rjeila documentó este encuentro en un testimonio transmitido a su abogado.

de computadora. Me comuniqué por video con el abogado, que se encontraba en el Tribunal de Ofer. Me informó sobre la renovación de mi detención por cuatro meses adicionales después de haber cumplido los seis meses previos y me pidió que comentara sobre la renovación.

De inmediato, mencioné que soy periodista y que no sé qué delito he cometido para ser encarcelado, ya que no hay una acusación clara ni pruebas que justifiquen mi detención continua. Dije que esto era una gran injusticia, no solo para mí, sino para otros en la misma situación. La sesión no duró más de dos minutos, en los que el abogado me transmitió un saludo de mi esposa y mis padres, asegurándome que estaban bien y querían saber cómo estaba yo, especialmente después de escuchar rumores sobre fracturas en mis manos. Negué esa información al abogado y le dije: "Tranquiliza a mi familia, estoy bien y de buen ánimo". La sesión terminó allí.

Luego, el guardia me volvió a vendar los ojos y me llevó de regreso a la sección. Al entrar, noté que una unidad del penal estaba registrando la celda número 8 en nuestra sección y atacando a los prisioneros allí presentes. Rápidamente, el oficial a cargo de esa unidad se me acercó y me golpeó en la cara, y poco después, otro guardia, que estaba enmascarado, comenzó a golpearme en la cabeza, el cuello y en varias partes de mi cuerpo con las manos y los pies. Después de esta serie de golpes, me quitaron la venda de los ojos y me empujaron con fuerza dentro de mi celda.

El día antes de mi liberación, hablé con varios prisioneros que estaban cumpliendo cadenas perpetuas, sobre los men-

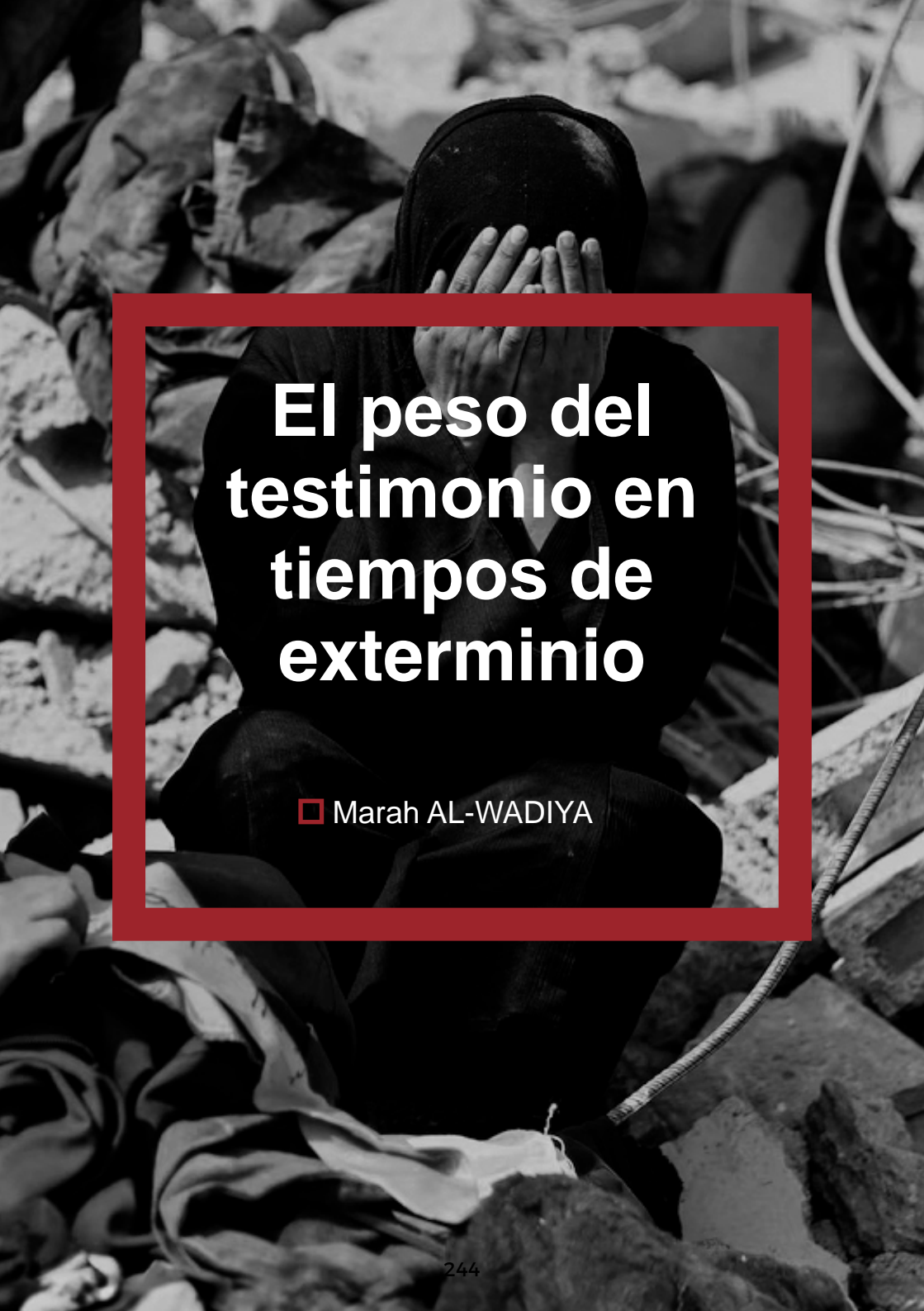
sajes que querían enviar a sus familias. Durante la guerra, casi no había medios para comunicarse con sus seres queridos, y la liberación de uno de los prisioneros era una oportunidad para hacerles llegar sus mensajes. Algunos me pidieron que transmitiera gestos simbólicos: uno me encargó besar a su único hijo y decirle que esos besos eran de su padre; otro me pidió que le dijera a su esposa que comprara un regalo significativo para el hijo de un mártir cercano a él y que se lo entregara en su nombre.

Un prisionero me pidió que felicitara a su padre por haber regresado sano del Hajj y que también felicitara a su hermano por haber aprobado el examen final de secundaria. Otro me pidió que le diera la enhorabuena a su hermana, que se había casado mientras él estaba en prisión. Un recién llegado, condenado a cadena perpetua, simplemente quería que le dijera a su madre que había memorizado una parte del Corán y que había completado un curso de recitación. Otro prisionero quería que les dijera a sus hijos que cuiden de su abuelo.

Estos mensajes sencillos y deseos llenos de bondad me hicieron sentir una profunda tristeza por la magnitud de la tragedia y la situación en la que se encuentran los prisioneros en las cárceles de ocupación, especialmente después del 7 de octubre.

Uno de los prisioneros solía decir, y con razón, que quien no haya sido encarcelado durante esta guerra en las prisiones de la ocupación, no puede afirmar que realmente ha conocido lo que es estar encarcelado en ellas. Esta afirmación refleja la brutal transformación que sufrieron las condiciones

carcelarias durante esos meses. Y lo mismo puede aplicarse a los periodistas, quizás incluso con mayor énfasis: quien no haya cubierto los eventos en Palestina durante esta guerra impulsada por la violencia genocida, no puede afirmar que ha cubierto Palestina en su totalidad.



El peso del testimonio en tiempos de exterminio

□ Marah AL-WADIYA

A black and white photograph showing a scene of destruction. The foreground and background are filled with rubble, including large chunks of concrete, twisted metal rods, and debris. A red rectangular box is overlaid on the left side of the image, containing text.

Marah AL-WADIYA

Periodista palestina de la Franja de Gaza, trabaja en la sala de noticias digitales de la red Al Jazeera, siendo responsable de las plataformas "Al Jazeera Palestine" y productora de historias humanas en formato audiovisual y escrito para varios sitios web árabes.

El peso del testimonio en tiempos de exterminio

Marah AL-WADIYA

Fue una noche sangrienta, completamente distinta al amanecer, sin ninguna relación con los rayos del sol que, a la fuerza, se colaron por la ventana, recordándonos que seguimos vivos en otro día de la guerra en Gaza.

Me encontraba sobre un colchón delgado y desgastado, de apenas 80 centímetros de ancho, y sentía cómo mis huesos crujían. Me giré hacia el otro lado, donde mi hijo Omar, de cuatro años, dormía profundamente, exhausto tras las "pesadillas del apocalipsis" provocadas por los bombardeos que sacudieron la zona.

Desde hacía meses, compartía este colchón con él. La casa a la que habíamos huido, junto con mi esposo y otros familiares, nos ofrecía refugio, aunque no seguridad. Todos nos aferrábamos a la idea de estar juntos en la misma casa, creyendo que, si la muerte nos alcanzaba, al menos nos encontraría unidos.

Por primera vez en mucho tiempo, me miré al espejo. Había perdido al menos 12 kilos. Mi rostro estaba pálido, cubierto de granos, y el sol había castigado mi piel. Pero, ¿a quién le importa la apariencia en este contexto, cuando el sufrimiento y la angustia ajenos pesan tanto?

En Gaza, la gente valora mucho el trabajo que hacemos los periodistas. Nos llaman "caballeros de la verdad", e incluso algunos nos ven como "soldados en el campo de batalla". Pero esos comentarios, en lugar de alentarme, me llenan de una gran carga, especialmente cuando cada día perdemos a un compañero o compañera debido a los bombardeos israelíes, tanto en los sitios de cobertura como en sus propios hogares, vehículos de transmisión o tiendas de campaña.

En tiempos de genocidio, Israel no solo ha atacado las oficinas de prensa, sino que también ha impedido la entrada de periodistas extranjeros y de los equipos necesarios para nuestro trabajo: cámaras, herramientas de seguridad laboral, y más. Esto nos ha dejado con pocas opciones: continuar sin identificaciones de prensa, sin cascos, sin chalecos protectores, y sin los derechos que el mundo proclama pero que, para nosotros, han demostrado ser simples eslóganes en una era dominada por la ley del más fuerte.

Por cierto, ¿qué ha hecho el derecho internacional por Shireen Abu Akleh, quien fue asesinada a sangre fría mucho antes de esta guerra? ¿O por Yasser Murtaja, abatido durante las Marchas del Retorno hace algunos años? ¿Deberíamos esperar que haga algo por Rushdi Al-Sarraj o Ismail Al-Ghoul esta vez? Por supuesto que no.

Durante esta campaña de exterminio, los periodistas palestinos han pasado de trabajar en oficinas a montar tiendas de campaña como redacciones improvisadas. Nuestros teléfonos móviles se han convertido en nuestras cámaras predilectas. Aquellos que tenían coches los han dejado en el polvo o entre los escombros de la guerra, debido a la falta

de combustible. Ahora nos movemos en carros tirados por animales o en taxis que funcionan con aceite de cocina, cuyos humos llenan nuestros pulmones. Nuestras ropas están impregnadas del olor a cadáveres, y nuestros oídos cargan el peso de los gritos de los que han perdido a sus seres queridos. En más de una ocasión, los que han perdido a los suyos han descargado su ira contra nosotros, preguntándonos: "¿Dónde está el mundo?" Y con amargura, solo podemos murmurar: "Qué vergüenza para el mundo".

No somos de otro planeta. Nosotros también vivimos el sufrimiento. Morimos como ellos, padecemos el hambre, hemos adelgazado, y nuestra ropa se volvió holgada porque no tenemos con qué reemplazarla. Y aun así, seguimos adelante, porque revelar la verdad es nuestra misión y nuestro deber.

Las personas despiden a sus mártires y a los fallecidos por diversas enfermedades bajo el estricto bloqueo israelí, mientras nosotros, los periodistas, caminamos delante de ellos, levantando nuestras cámaras, procesando las emociones que llevamos dentro. Enterramos cientos de funerales en nuestros corazones, reprimimos nuestros dolores y seguimos adelante, pues no hay espacio para el colapso emocional en medio de una locura de eventos incesantes.

Al principio de la guerra, pensé que era afortunada por haber salido de mi casa con mis equipos y los de mi esposo, lista para documentar todo lo que sucedía. Pero rápidamente ese sentimiento de orgullo se transformó en una maldición. Cada día, el micrófono me traicionaba. Después de cada historia humana que contaba, historias de vidas destrozadas.

das por las masacres israelíes, parecía como si el mismo teléfono me gritara: "¡Basta! ¿Cómo puedes soportar tanto dolor?". Al revisar las grabaciones, me encontraba con la amarga realidad: entrevistas que duraban más de una hora, solo para descubrir que el sonido se había perdido una vez más. El micrófono, que me había fallado nuevamente, parecía conspirar con la cruel realidad para silenciar la verdad.

El micrófono funcionaba perfectamente durante las pruebas y al principio de las entrevistas, pero dejaba de grabar a mitad de camino, justo cuando las personas se habían abierto emocionalmente y compartían hasta los detalles más pequeños. Al final, me encontraba preguntando: "¿Podemos repetir la grabación?". Algunos comprendían la situación, otros accedían con reticencia, y algunos más postergaban el proceso para otro día. Sentía un profundo respeto por quienes no podían repetir su historia y, en esos casos, me retiraba silenciosamente, entendiendo que sus emociones no debían ser usadas solo para cumplir con un informe.

El incidente se repitió muchas veces, y en cada ocasión luchaba contra el impulso de lanzar el micrófono contra el suelo debido a la ira que me invadía. Pero era la necesidad lo que me retenía. Esa misma necesidad que me llevaba a "acariciar" con cuidado un micrófono que no valía más de 30 dólares, aferrándome a él para poder continuar con mi trabajo. No había equipos disponibles, ni alternativas, y rendirse no era una opción. Esa pequeña herramienta era lo único que tenía a mano, y me convencía a mí misma de tener paciencia... más paciencia.

Siempre me preguntaba cómo mi esposo, el fotoperiodista

Anas Abu Diya, y yo lográbamos llegar a todos los lugares de filmación en el sur de la Franja de Gaza: en Al-Bureij, Al-Nuseirat, Deir al-Balah, Al-Qarara, Bani Suhaila, Khuza'a, Abasan, Mirage y Rafah, en los barrios de Al-Jeninah, Al-Shaboura y el barrio de Tel al-Sultan.

Caminábamos bajo la lluvia cuando no podíamos encontrar un paraguas, y aunque lo tuviéramos, ¿realmente nos habría protegido de la lluvia torrencial en una ciudad donde los cielos parecían estar abiertos de par en par, recibiendo a las almas y al rugido de los aviones? ¡Cuánto odio a los aviones y a su inventor!

Durante la guerra de exterminio, intenté pisotear todo lo que intentaba aplastarnos. Ya no temía la posibilidad de pisar una bomba sin explotar en cualquier lugar, pero me di cuenta de que esta valentía no era solo "palabras en un momento de angustia". Esta verdad se reveló cuando un dron nos persiguió en las primeras horas tras la retirada del ejército israelí de Khan Yunis en la primera semana de abril de 2024, después de una invasión terrestre y combates que se prolongaron durante cuatro meses consecutivos.

¿Qué se puede decir de Khan Yunis? ¿Decir que fue sacudida por un terremoto? Eso sería injusto para la naturaleza, incluso en sus momentos más furiosos. Israel hizo mucho más que eso. La escena en la ciudad era devastadora, abrumadora para el corazón y difícil de contemplar con los ojos. Las calles estaban completamente vacías de personas, mientras algunos cadáveres en descomposición yacían en el suelo, y ni una sola casa, sin exagerar, había escapado del bombardeo. El bombardeo parecía un acto de venganza

ciega, irracional, sin ninguna relación con cualquier tipo de "objetivo militar" del que Israel siempre habla.

Éramos tres: Anas, el conductor —a quien conocimos por casualidad y quien nos animó a adentrarnos en la zona— y yo. Al bajarnos del coche, comenzamos a explorar el lugar, tan devastado que casi no lo reconocimos. Con nuestros teléfonos en mano, comenzamos a documentar el horror que nos rodeaba. De repente, una aeronave no tripulada disparó en nuestra dirección. Cada uno de nosotros corrió en direcciones distintas, sin saber adónde ir, hasta que la amenaza pasó. Luego nos reunimos en una zona que consideramos, de manera ingenua, como "segura" al ver a algunas personas en las cercanías.

Nos encontramos con una familia que intentaba rescatar lo que pudiera de los escombros de su casa. Nos acercamos y saludamos a algunas mujeres que, tras asegurarse de que estábamos bien, respondieron con amabilidad. Le pedí a una de ellas que me permitiera entrevistarla, pero ella se negó de manera firme. Me dijo con franqueza: "Estuvimos sitiados por el ejército durante días. Rogamos al mundo entero, a la Cruz Roja y a todas las organizaciones humanitarias, a los periodistas y a todos los medios de comunicación. ¡No vino nadie a rescatarnos! Sobrevivimos de milagro. Quien no estuvo con nosotros entonces, no lo necesitamos hoy. Bienvenida con todos los títulos que tengas, pero no como periodista. No sois bienvenidos, ni los periodistas ni los trabajadores de ayuda humanitaria".

Sentí una profunda impotencia, como una carga aplastante sobre mi corazón. Permanecí en silencio porque no había

palabras que pudieran aliviar la situación. Luego, me retiré en silencio. La recuerdo cada vez que recibo una súplica de una familia atrapada bajo los escombros, y la culpa se entierra de nuevo en mi corazón. Me pregunto: ¿cómo es que mi corazón se ha convertido en un cementerio de culpas colectivas?

Y los "drones cuadricópteros" tienen otra historia. Recuerdo una noche durante los intensos bombardeos sobre Khan Yunis, cuando estaba en lo que probablemente era mi "cuarta" evacuación. El agotamiento me venció, cayendo al suelo como si el peso de la guerra me hubiera derribado. Logré dormir apenas media hora, solo para despertarme con un sonido aún más aterrador: el viento furioso que arrastró la cortina, revelando la ventana rota por los ataques violentos. Y ahí estaba él, el dron acechando la casa, girando a su alrededor como un depredador insaciable. Emitía un ruido espeluznante que nos aterrorizó a todos. Tuve una inmensa tentación de tomar una foto, pero sabía que ese momento podría ser, con toda probabilidad, el último de mi vida.

En la casa de enfrente, mi esposo y otros hombres de la familia estaban en la azotea, tendidos en el suelo bajo el cielo, tras haber dejado el apartamento para que nos acomodáramos las mujeres. El cuervo de la muerte sobrevoló sobre ellos y graznó. El dron los descubrió acostados, y todos cerraron los ojos, pronunciando las últimas oraciones, simulando ser cadáveres, hasta que la máquina decidió partir y llevar la muerte a otro lugar.

Al día siguiente, compartimos nuestra experiencia con compañeros que dormían en tiendas de campaña. Uno de el-

los nos relató cómo el artefacto "visitó" su casa, recorriendo cada rincón mientras todos permanecían tendidos en el suelo. Otra compañera contó que sus hijos la culpaban por ser periodista, pensando que los drones buscaban periodistas para matarlos, ya que ellos eran los que "exponían" lo que hacía Israel. "Como si a Israel le importaran ya esas 'exposiciones'", comenté con ironía.

En la tienda de periodistas, instalada por la organización "Falastiniyat" donde mi amiga y colega Shorouq Shahin, reportera de la Televisión Siria, encontraba su refugio, yo también hallaba el mío. No para llorar, sino para compartir el dolor, aunque la mayoría de las veces, lo hacíamos en silencio. Nos entendíamos sin necesidad de palabras, sumergidas en las tragedias que cubríamos. Recordábamos a Salsabil, Malak, Mohamed y Sabrin, héroes de nuestras historias, pero víctimas de la masacre.

A veces, rompíamos el silencio recordando comidas limpias que habíamos disfrutado en Gaza, nuestras casas, y el olor de nuestra ropa. Reíamos de nuestras apariencias y los rostros de miseria que se dibujaban en nuestras caras, confirmando que ya no nos importaba. Hablábamos de las "oportunidades" en tiempos de guerra, cómo la guerra creaba esas oportunidades, cómo algunas personas aumentaban su número de seguidores aprovechando las circunstancias, y cómo algunos se centraban más en sus cuentas personales que en la calidad del contenido periodístico y en la sangre de las víctimas.

Después de un largo día cubriendo historias humanas en los campos de desplazados, volví con mi esposo, Anas, ag-

otados. No pudimos llegar a la tienda de Al Jazeera para subir el material filmado y enviarlo para edición. Decidimos regresar a casa, lo que nos tomó dos horas debido a la falta de transporte en Gaza. La guerra hace que los periodistas acepten que no siempre tienen que estar al tanto de todo lo que sucede, incluso si están cerca de los acontecimientos. Cuando Israel corta las comunicaciones e Internet, es imposible saber los lugares de los bombardeos que escuchamos, salvo por coincidencia. A veces, descubrimos demasiado tarde que esos bombardeos estaban dirigidos a nuestros corazones. Por ejemplo, cuando supe de la muerte del compañero Samer Abu Daqqa³⁷, camarógrafo de Al Jazeera, el 15 de diciembre de 2023, fue por pura casualidad.

A través de una pequeña televisión en la esquina de una calle, cuyo resplandor iluminaba la penumbra causada por el corte de electricidad, apareció la noticia en una cinta roja que se destacaba con claridad: el fallecimiento del compañero Samer Abu Daqqa y las heridas sufridas por el reportero de Al Jazeera, Wael Dahdouh.

Me froté los ojos, pensando que la visión borrosa era producto de caminar entre los escombros de los hogares y el humo de los bombardeos, a pesar de que la imagen era nítida. Mi cuerpo se paralizó y leí el titular una y otra vez mientras jadeaba, al punto que algunos hombres a mi alrededor creyeron que el difunto era un familiar cercano.

No lloré. Mis lágrimas ya se habían secado. Mi corazón, quebrado de dolor, no logró reaccionar adecuadamente en ese

³⁷ Para obtener más información sobre la trágica muerte de Samer Abu Daqqa, consulta la nota de pie de página

momento. ¿Incluso tú, Samer? ¿Incluso a ti te asesinaron? El joven lleno de vida, con sueños de reunirse con su familia en el extranjero, asesinado por Israel a la vista de todo el mundo, mientras Al Jazeera sigue adelante con su misión.

Todas las palabras de "reconocimiento" que se publican para honrar los esfuerzos de los periodistas que cubren esta guerra de exterminio que Israel libra contra Gaza me parecen inútiles, al menos desde mi perspectiva. En este momento, las palabras no tienen valor en comparación con la necesidad de acción, con la urgencia de contar con los medios para seguir informando. Necesitamos equipos, ropa, y hasta los cupones de alimentos que solo conseguimos tras largas colas y humillación.

En medio del dolor de la pérdida, no encontramos consuelo ni siquiera entre nosotros mismos. Nos rodeamos en silencio, sintiendo cómo la vida nos ha pasado factura, contemplando el cielo con la mirada perdida, hasta que alguien nos interrumpe con la misma pregunta de siempre: "¿Cuánto más durará la guerra? ¿Qué noticias tienen?". Son, sobre todo, aquellos que viven en las tiendas cercanas a las nuestras, quienes se agrupan a nuestro alrededor, ansiosos por saber qué está ocurriendo. No tienen acceso a televisión, radio ni internet, y nosotros nos convertimos en su único medio para comprender lo que sucede más allá de sus fronteras inmediatas.

El "reconocimiento" que hemos recibido desde el inicio de esta guerra no ha sido más que una carga adicional que nos empuja a resignarnos frente a lo que está sucediendo. Para el mundo, no somos más que herramientas para facilitar el

acceso a la cobertura informativa, aunque nosotros sabemos en lo más profundo que nuestra labor va mucho más allá de eso. A pesar de los elogios y la difusión de nuestras historias, se espera de nosotros no solo que informemos, sino también que nos las arreglemos para sobrevivir: conseguir alimentos, encontrar refugio, ropa, calzado, e incluso recolectar leña para cocinar. Esa expectativa nos convierte en los primeros en despertar y los últimos en dormir, trabajando en un silencio amargo que solo crece con el tiempo.

A black and white photograph of a damaged building. The structure is made of concrete blocks and has a corrugated metal roof that is partially collapsed. A person is sitting on a ledge of the building, looking down. The overall scene is one of destruction and desolation.

La eficacia cultural frente al genocidio radical

□ Hamza Al-AQRABAWI



Hamza Al-AQRABAWI

Periodista palestino de Cisjordania e investigador especializado en el patrimonio popular y la memoria nacional palestina. Ha escrito para numerosos sitios web y revistas árabes, entre ellos la revista Estudios Palestinos, el sitio web Al Jazeera Net, Ultra Palestine y Metras.

La eficacia cultural frente al genocidio radical

Hamza Al-AQRABAWI

La guerra de genocidio radical que la sociedad palestina ha estado enfrentando de manera intensiva desde el 7 de octubre de 2023, especialmente en la Franja de Gaza, ha impuesto un nuevo papel sobre los actores y observadores de la situación palestina: la cobertura mediática, el seguimiento y la documentación. Lo que está ocurriendo es una brutalidad colonial sin precedentes, que provoca un cambio fundamental en la naturaleza de la sociedad, destruye su estructura y socava las bases de su estabilidad. Cuando se sepulta el pasado y se destruye el presente, esto tendrá como consecuencia un cambio en la forma de la sociedad y en la naturaleza de su futuro.

Por lo tanto, como actor cultural interesado en documentar el legado de Palestina, la historia de su pueblo y su identidad patrimonial, me encuentro ante grandes acontecimientos que suceden cada día, e incluso cada instante. Esto no se puede abordar desde la lógica del trabajo habitual, en el que comenzamos la documentación y recopilación de historias una vez finalizada la guerra. La velocidad y magnitud de los eventos nos han llevado a actuar desde el primer momento, realizando una documentación parcial para captar al menos una mínima parte de las historias y vivencias diarias de la gente. Esta documentación no tenía como objetivo la simple creación de archivos o museos, sino que era una respuesta

a una pregunta personal: ¿Dónde debo estar en esta batalla? ¿Y qué papel puedo desempeñar en una guerra decisiva en la historia de nuestra causa?

Gaza: Seguimiento y documentación diaria

Durante los primeros meses de la guerra genocida, mi responsabilidad, como alguien interesado en la documentación y el archivo, era seguir diariamente varios temas que aparecían en los medios de comunicación, dado que residí en Cisjordania y observo la masacre abierta en Gaza, siguiéndola a través de los medios, ya sea por canales como Al Jazeera o en las plataformas de redes sociales, donde periodistas y activistas de Gaza informan de los acontecimientos en tiempo real.

Dado que no me dedico a la cobertura periodística urgente y no deseaba simplemente replicar lo que ya estaba siendo informado y transmitido, mi enfoque en el seguimiento y la documentación fue un tanto diferente. Me centré en buscar la historia detrás de la noticia periodística, explorando la narrativa directa e intensa que se encontraba dentro de la cobertura mediática.

¿Qué historias busco entre los escombros y los restos en Gaza?

La transmisión continua de las masacres en Gaza, con todo el dolor, la pérdida y la sangre sin precedentes, contenía también historias humanas y mensajes poderosos que reflejaban la situación del pueblo del enclave. De los labios de los afligidos, los heridos y sus familiares brotaban palabras y

frases cargadas de un significado profundo, tan elocuentes como el tamaño de su dolor.

Un ejemplo de esto es lo que dijo el periodista Wail Al-Dahdouh al observar a su pequeño hijo y a su familia después de que fueron asesinados por un ataque aéreo sionista: "Se están vengando de nosotros a través de nuestros hijos... no pasa nada". O las palabras de un anciano que le dijo a otro: "No llores, mantente fuerte como un hombre". También la joven que identificó a su madre mártir diciendo: "Esa es mi madre, la reconozco por su cabello". Cientos de frases como estas dejaron una huella profunda en quienes las escucharon.

Detrás de cada escena que veíamos y escuchábamos desde Gaza había historias y relatos impregnados de carne y sangre. Había un legado de experiencias y vidas que la ocupación aniquilaba con cada bombardeo. Era nuestra responsabilidad prestar atención a todo eso y documentarlo en su sencillez, o bien recogerlo de quienes lo registraban, como escritores, poetas y activistas que lo transformaban en narraciones completas. A menudo me apoyaba en colegas de Gaza, quienes, cada vez que intentábamos asegurarnos de que estuvieran bien, nos inundaban con un mar de historias llenas de dolor.

La documentación de historias: El eje central de nuestro trabajo

La documentación de historias fue el eje central del trabajo que emprendí. Sin embargo, la magnitud de los acontecimientos superaba la capacidad individual de abarcarlo todo,

incluso contando con voluntarios que convertían los vídeos y las escenas filmadas en materiales útiles. El trabajo de almacenar, transcribir y clasificar ese contenido requiere tiempo y esfuerzo, recursos que no tenía a mi disposición. Además, la cantidad de imágenes transmitidas desde Gaza era abrumadora debido a la enormidad de la herida, el alcance de los ataques y la insistencia del enemigo en continuar con los asesinatos deliberados.

Cuando surgieron diversas iniciativas para documentar las historias de los mártires, los desaparecidos y otros relatos, decidimos centrar nuestro esfuerzo en las historias o frases que, por su brevedad, fueran especialmente significativas. Reunimos cientos de relatos y declaraciones que aportaban valor a nuestra labor documental. Todo esto mientras continuaba con mi trabajo de investigación y de campo en Cisjordania.

¿Había algo más allá de las historias y relatos que se podía documentar?

En la primera fase de la guerra, diariamente se mencionaban numerosos detalles importantes que debía registrar y documentar, especialmente en el contexto de las coberturas de campo y en vivo. Durante ese periodo, intenté compartir parte de lo que se recopilaba, aunque fuera mucho, como la información sobre las armas y proyectiles que el ejército de ocupación utilizaba en sus ataques contra los civiles palestinos y sus hogares.

También tratábamos de entender las formaciones y conceptos del ejército de ocupación a través de lo que se pub-

licaba y transmitía en los medios. No dejamos de lado el seguimiento de las armas de la resistencia palestina, sus nombres y el significado detrás de cada denominación. Sin embargo, el aspecto que requería más tiempo era el seguimiento de los términos utilizados para describir las acciones y la dinámica en las batallas y enfrentamientos. Intentamos también buscar lo que podría considerarse como material inicial para un "diccionario del enfrentamiento y la resistencia". Además, explorábamos lo que aparecía en los medios y en las palabras de la gente sobre los significados populares de victoria y derrota.

Abu Ubaida: Símbolo de resistencia

Como parte de nuestro interés en los símbolos palestinos que adquieren protagonismo y presencia en los medios de comunicación, también seguimos de cerca los discursos y las reacciones que generaban, ya fueran comentarios, cánticos, textos o incluso bromas. Uno de esos símbolos fue Abu Ubaida, a quien las masas elevaron a un estatus legendario, vitoreándolo como una auténtica figura icónica palestina. Durante todo este tiempo, tratamos de investigar la geografía de la batalla y el significado de los lugares que se mencionaban de manera recurrente en los medios, antes de que el alcance se ampliara para incluir a Palestina y Líbano.

El cerco y el hambre: La guerra del hambre en Gaza

Uno de los aspectos imposibles de ignorar en esta guerra fue el cerco y el hambre que se impusieron sobre la población, ejerciendo presión al privarles de alimentos y recur-

sos, con el objetivo de forzarlos a desplazarse o rendirse. Los habitantes de la Franja de Gaza, tanto en el norte como en el sur, enfrentaron una situación crítica debido a la escasez de alimentos y suministros. La búsqueda de alternativas para evitar la muerte, tanto para ellos como para sus hijos, se convirtió en su principal preocupación diaria.

Por ello, fue fundamental realizar entrevistas que documentaran las alternativas alimenticias, así como los métodos de preparación e innovación que surgieron bajo estas circunstancias. Este esfuerzo fue particularmente difícil al inicio de la "guerra del hambre". Sin embargo, a través de un grupo de amigos en Gaza, logramos llevar a cabo decenas de entrevistas, grabaciones de audio y textos escritos en los que la gente se esforzaba por documentar sus experiencias y sufrimientos personales. Estas entrevistas fueron de gran importancia, ya que no solo hablaban con detalle sobre la cocina de Gaza antes de la guerra, describiendo sus alimentos y sabores, sino que también abordaban el dolor, el hambre y los desafíos de la supervivencia que enfrentaron durante todo un año de conflicto.

Una mirada a Cisjordania

En Cisjordania, se lleva a cabo una guerra de exterminio silenciosa desde hace años. Los colonos han intensificado su campaña expansiva de robo de tierras y establecimiento de asentamientos coloniales, atacando aldeas, matando a sus habitantes y bloqueando caminos para agredir a los palestinos. Después del 7 de octubre, estos ataques se han intensificado, aprovechando la guerra genocida en Gaza y el manto de impunidad que cubre sus acciones de saqueo y violencia.

Con las carreteras entre ciudades y pueblos cortadas por cientos de controles, y muchos de los caminos principales y accesos a las aldeas bloqueados, era crucial no ausentarse de la escena. Especialmente, al ser originario de la aldea de Aqraba, al sureste de la ciudad de Nablus, una región que ha sido escenario constante de ataques y asesinatos sistemáticos. En la temporada pasada, en octubre-noviembre de 2023, nos vimos privados de recolectar nuestras aceitunas. Enfrentamos enormes desafíos para llegar a nuestras tierras y poder ararlas, ya que todos los caminos agrícolas alrededor de la aldea estaban bloqueados.

No pasó mucho tiempo antes de que fuéramos testigos de la guerra que los colonos desataron en las zonas pastorales, estableciendo asentamientos en los márgenes de nuestra aldea. Miles de dunums de tierras agrícolas y de pastoreo fueron confiscados, especialmente en la región de Shafa Al-Ghor, en las tierras de Khirbet Al-Tawil. Documentamos una serie de ataques que nuestra aldea pagó con sangre, con la pérdida de tres de sus hijos que fueron mártires. Además, tuvimos que seguir de cerca lo que ocurría en las aldeas vecinas, como Huwara y Qusra, al sur de Nablus, que sufrieron los mayores ataques en esta guerra.

Documentación de campo: Testimonios de resistencia en Cisjordania

Durante este período, tuve que desplazarme para realizar entrevistas y documentación de campo con agricultores y ciudadanos en diversas áreas de Cisjordania. Estos desplazamientos implicaban un gran riesgo, tanto por las carreteras dominadas por los colonos como por las zonas de tra-

bajo, que frecuentemente sufrían ataques debido a que son consideradas áreas "C", donde el régimen colonial busca desalojar a sus habitantes por la fuerza.

En lugares como Khirbet Yanun, por ejemplo, el jefe de la aldea, Rashid Marar, nos pedía que lo visitáramos solo los sábados, que no permaneciéramos demasiado tiempo y que evitáramos caminar entre las casas o llevar cámaras. Esto se debía a que, pocos minutos después de nuestra partida, los colonos solían invadir la aldea y atacarlos, una situación que presenciamos varias veces en los últimos años.

Solidaridad en Ramala: Documentación de manifestaciones
Otra parte de mi labor fue la cobertura cultural y la documentación de eventos en la ciudad de Ramala, donde al comienzo de la guerra se vivió un fuerte movimiento de solidaridad con Gaza, manifestado a través de marchas y protestas que condenaban la agresión. Con el tiempo, sin embargo, estas manifestaciones comenzaron a disminuir, volviéndose más esporádicas y relacionadas con los momentos de mayor violencia, como las masacres y los asesinatos selectivos.

Desde el primer día de la guerra, comencé a cubrir estas marchas, grabando sus cánticos, apoyado por varios voluntarios dedicados a la documentación de campo. Posteriormente, otros se unieron para documentar los cánticos en ciudades como Nablus, Tulkarem y Yenín. Este proyecto sigue en marcha hasta hoy, con el objetivo de abordar la cobertura periodística desde una perspectiva de documentación, ya que consideramos que los cánticos representan una "documentación histórica" importante. Contienen muchos detalles

relacionados con el desarrollo de la guerra, sus símbolos y eventos clave.

Del campo al escenario: Transformando la documentación en arte

La documentación y la cobertura cultural son trabajos esenciales y necesarios para nosotros, ya que la memoria viva es nuestra arma frente a la política de borrado, exterminio radical y los intentos del enemigo por robar nuestro patrimonio y eliminar nuestra existencia. Como decía el escritor Salman Natour: "Nos devorarán las hienas si permanecemos sin memoria". Por eso, me esfuerzo en este proceso de documentación, siguiendo las historias de las personas, sus relatos y su legado. Sin embargo, para mí, la documentación no significa simplemente archivar o realizar una cobertura periodística del evento y del lugar. Este no es mi objetivo principal con todo este esfuerzo.

La documentación es solo el primer paso en mi trabajo, ya que también soy un artista que presenta espectáculos narrados, un investigador que escribe y publica sobre la memoria y el patrimonio, y un guía turístico que lleva a grupos de jóvenes a recorrer el país. Las historias, relatos y documentos que recopiló serán de gran utilidad para muchos que trabajan en estos campos, ya que estarán disponibles como referencia y fuente rica que enriquece su trabajo y contenido. Estas son las historias de la gente, sus vivencias, sus memorias sobre su tierra, su identidad y su patrimonio.

Estudios recientes: Wadi Al-Maleh y la resistencia palestina
A principios de este año 2024, terminé un estudio sobre el

valle del norte del Jordán titulado Wadi Al-Maleh: Memoria del ser humano y el lugar. Este trabajo de investigación, basado en un esfuerzo de campo, se construyó principalmente a partir de las historias y relatos de las personas sobre los lugares amenazados por el desarraigo en medio de esta feroz guerra. Antes de finalizar el año pasado, 2023, terminé otro libro titulado La resistencia resiliente: Comunidades palestinas frente al entorno forzoso del desplazamiento, que también se apoyaba en investigación de campo y entrevistas.

Lamentablemente, algunas de las comunidades que investigué y documenté en diversas áreas de Cisjordania, como Wadi Al-Maleh en el norte del valle del Jordán, Masafer Yatta en el sur de Cisjordania, y Wadi Al-Seq y Al-Marajat entre Ramala y Jericó, fueron desplazadas tras los eventos del 7 de octubre y ya no existen hoy en día. Esto otorga una urgencia a nuestro trabajo de campo, además de enfocar nuestro periodismo hacia una investigación más profunda y centrada en el conocimiento, creando una narrativa de conocimiento necesaria para enfrentar la narrativa colonialista que distorsiona la historia de estas áreas, robadas por la fuerza de las armas y luego envueltas en una "historia toráica" fabricada.

Revivir las historias: Dar vida a los relatos

El acto más importante de lo que presentamos, desde mi punto de vista, es revivir las historias y relatos que documentamos. No podemos permitir que la documentación se convierta en un simple archivo acumulado. Debemos devolver estas historias a la vida, ya que están directamente ligadas a la supervivencia de un pueblo y a la vida de una nación. Contienen un mensaje vivo, esencial para nuestra causa.

Las palabras del mártir Refaat Alareer³⁸ resumen este esfuerzo en su célebre poema:

*"Si he de morir, tú debes vivir para contar mi historia.
Si he de morir, que mi muerte traiga esperanza, y se convierta en un relato".*

Este es el trabajo que hemos realizado con seriedad durante un año de guerra. Decenas de historias recogidas del conflicto se han convertido en presentaciones artísticas narradas por cuentacuentos de Cisjordania y del mundo árabe. En nuestras presentaciones, nos centramos en contar nuevas historias que relatan el sufrimiento de Gaza bajo la brutalidad colonial. En algunas presentaciones, como las de Ammán y Bagdad, compartimos historias del éxodo de 1948 hacia Gaza. En Ammán, en febrero de 2024, presentamos "Jair Ya Tair", que concluyó con la lectura de textos de Gaza sobre mártires asesinados en las masacres sionistas.

Colaboración con la Red Hakaya: Historias de Gaza

En un paso más avanzado en el trabajo con estas historias recopiladas y documentadas desde Gaza, junto con el equipo de la Red Hakaya árabe (Jordania-Egipto-Palestina), intentamos hacer accesibles estas historias a los grupos que estamos entrenando en el arte de la narración. Estas histo-

³⁸ Refaat Alareer fue asesinado en un ataque aéreo israelí el viernes 8 de diciembre. Era uno de los líderes de una joven generación de escritores en Gaza que optaron por escribir en inglés para contar sus historias. También fue cofundador del proyecto We Are Not Numbers, que conecta a escritores de Gaza con mentores en el extranjero para ayudarles a relatar sus experiencias. Alareer era profesor de literatura inglesa en la Universidad Islámica de Gaza.

rias sociales y humanas, conectadas con nuestra gran herida en Gaza, sirven como alternativa a los cuentos tradicionales que suelen presentar los cuentacuentos, ya que estas narraciones contemporáneas tienen un mensaje importante para el oyente árabe actual.

Ofrecimos entrenamientos y talleres variados, como el de Ramala en julio-agosto titulado Yo soy la historia, y el de Ammán en julio-septiembre titulado El arte de narrar historias. Las historias en estos talleres llevaban un mensaje de resistencia y vida, que resuena especialmente con el pueblo de Gaza.

Nadar contracorriente: El desafío de la represión mediática

"Persecución, asesinato... prohibición y arresto". Así podría describirse la situación de los trabajadores en el campo mediático y sobre el terreno en Palestina. No es un secreto para nadie que el enemigo se esfuerza por silenciar la imagen viva y las escenas impactantes que se transmiten desde la Franja de Gaza, o que reflejan los crímenes y la brutalidad que ocurren en toda Palestina. El asesinato de periodistas en Gaza, el cierre de las oficinas de Al Jazeera en Jerusalén y Ramala, y el arresto de activistas y periodistas en Cisjordania, son solo parte de este esfuerzo constante por silenciar las voces y bloquear las imágenes.

El objetivo de esta represión es cometer masacres en silencio, impidiendo que el mundo vea y conozca la realidad. Sin embargo, a pesar de estos intentos, ha comenzado a formarse una opinión pública consciente, cada vez más atenta

al peligro que representa esta ocupación y a la necesidad urgente de detener las masacres genocidas en Gaza.

Nuestro compromiso como trabajadores culturales

Esta persecución y prohibición nos obliga, como trabajadores y actores en el campo cultural, que se cruzan con el ámbito mediático y que participamos en eventos árabes e internacionales, a nadar contra la corriente. Es una lucha inevitable. Debemos estar hombro con hombro con nuestros compañeros que, a través de sus cámaras, combaten a esta bestia, intensificando el significado de cada imagen y palabra capturada desde el campo de batalla. Así, convertimos esas imágenes y palabras en una obra artística, en un texto visual y escrito.

Estas coberturas, con todas las historias que contienen, deben ser empleadas en diversos medios artísticos para servir a nuestra causa y mensaje justo. De este modo, la sangre y las vidas entregadas para transmitir este mensaje adquieren un impacto más profundo y un legado más duradero. Esto es lo que me esfuerzo por hacer en la medida de lo posible en esta guerra, que no deja de expandirse, con el consecuente aumento del dolor, la pérdida y la responsabilidad de nuestro trabajo y esfuerzo.


Participación en conferencias: Un año de documentación

Es importante destacar que este esfuerzo de documentación a lo largo de un año me permitió participar en conferencias

que abrieron el espacio para presentar trabajos relacionados con la guerra de Gaza. Una de ellas fue el congreso "Palestina piensa", donde presenté una ponencia titulada "La cultura popular y los patrones de pensamiento en Palestina". La segunda participación fue en el segundo congreso internacional de Belén, "Antigüedades y patrimonio cultural palestino: Hacia la preservación de nuestro patrimonio frente al despojo y la destrucción", donde expuse mi trabajo titulado "La cocina gazatí: Cultura alimentaria y su papel en la preservación de la memoria y la construcción de la identidad nacional". Ambas ponencias se basan en las observaciones y documentación de la vida social en el contexto de la guerra.

Conclusión: Redefinición de nuestra identidad en tiempos de guerra

Para concluir, puedo decir que esta guerra, con toda su brutalidad, dolor, pérdida y sufrimiento, ha redefinido mi identidad y me ha situado en el contexto de una confrontación natural con este ocupante. No tiene sentido nuestra existencia en esta tierra mientras el ocupante siga presente. Es cierto que nuestra prioridad inmediata es que la guerra y la muerte, que caen sobre las cabezas de los inocentes, se detengan. Sin embargo, como actores comprometidos con este país, miramos hacia un futuro en el que la ocupación ya no exista, y donde nuestra tierra y la región puedan disfrutar de paz y seguridad.



La profanación de la humanidad en Palestina. Testimonio de un periodista

Amir ABU ARAM



Amir ABU ARAM

Periodista palestino independiente de Cisjordania. El 5 de noviembre de 2023, las camas de ocupación allanaron su hogar en Ramallah y lo arrestaron como parte de una campaña que afectó a decenas de periodistas y profesionales de los medios tras el 7 de octubre. Amir Abu Arram fue liberado a principios de mayo.

La profanación de la humanidad en Palestina. Testimonio de un periodista

Amir ABU ARAM

Periodista palestino independiente de Cisjordania. El 5 de noviembre de 2023, las fuerzas de ocupación allanaron su hogar en Ramallah y lo arrestaron como parte de una campaña dirigida contra decenas de periodistas y profesionales de los medios tras el 7 de octubre. Amir ABU ARAM fue liberado a principios de mayo de 2024.

Con el comienzo de la Intifada de Jerusalén en octubre de 2015, estaba preparando mi primer reportaje televisivo en una carrera profesional que apenas empezaba. Solo habían pasado unos pocos meses desde mi graduación universitaria, y el reportaje trataba sobre el papel de los movimientos estudiantiles en la resistencia contra la ocupación. Durante la filmación, fuimos atacados por el ejército, y nuestro equipo periodístico no nos protegió de la persecución ni de inhalar el gas lacrimógeno junto a los jóvenes. Fue en ese momento cuando realmente empezó mi trayectoria en este campo en Palestina, donde el periodismo es una forma de resistencia, lo que, para los israelíes, equivale a una forma de terrorismo.

Exactamente dos años después, en la madrugada del 3 de octubre de 2017, me desperté con el sonido de la explosión

de la puerta de mi casa, al norte de Ramala. En cuestión de segundos, vi a los soldados de la ocupación en la puerta de mi habitación, sacándome de la cama, mientras comenzaban a golpearme, empujarme e insultarme desde todos los lados, antes de arrestarme, como si mi detención fuera algún tipo de logro para ellos, aunque se tratara de la detención de un civil y periodista.

Esa fue la primera noche de dos meses que pasé detenido sin ningún fundamento ni justicia, durante los cuales fui sometido a cerca de 20 sesiones de interrogatorio y audiencias judiciales. En estos interrogatorios, revisaban minuciosamente las emisiones del programa televisivo que presentaba, analizando palabra por palabra. Se detenían en términos como "mártir" o "prisionero", despojándolos de su contexto y tergiversándolo arbitrariamente para fabricar una acusación de incitación en mi contra. Además, las entrevistas que realicé con los familiares de los mártires o con los ciudadanos cuyos hogares y tierras fueron confiscados por la ocupación también formaron parte de las acusaciones.

A finales de noviembre, el tribunal emitió una orden para mi liberación con la condición de que mi juicio continuara en libertad. Después de siete meses de audiencias constantes, el tribunal de ocupación me impuso una multa y una condena de un año de prisión con suspensión, acusándome de incitación.

Ese arresto fue un capítulo que casi había olvidado de mi vida, pese a la dureza y la humillación que experimenté en aquel momento. Especialmente cuando reflexiono sobre lo que mi identidad como periodista debería haberme otorgado

en términos de protección, apoyo por parte de la comunidad periodística internacional, o al menos una condena ante los repetidos crímenes israelíes contra los periodistas. Sin embargo, apenas había cerrado ese capítulo de mi vida cuando el ocupante volvió a derribar la misma puerta y decidió arrestarme nuevamente. Esto ocurrió siete años después, nuevamente en octubre. Con el anuncio de la guerra en Palestina, comenzamos una cobertura exhaustiva e intensa. El trabajo de campo para cubrir los eventos en Cisjordania, incluidas marchas, actividades y enfrentamientos, a veces se prolongaba hasta 20 horas seguidas. Trabajábamos de manera profesional y casi en condiciones normales, codo a codo con las agencias locales e internacionales.

Durante esos enfrentamientos, como de costumbre, fuimos perseguidos y se nos prohibió trabajar. En varias ocasiones, junto con otros periodistas, fuimos directamente atacados durante las marchas y enfrentamientos; nos dispararon balas y lanzaron gases lacrimógenos, especialmente aquellos que eran arrojados sobre nuestras cabezas directamente desde drones.

Mi trabajo continuó entre el campo y las coberturas informativas hasta la madrugada del 5 de noviembre, cuando las fuerzas de ocupación irrumpieron en mi casa y decidieron arrestarme por seis meses. Esos meses, con cada minuto, hora y día sombrío, fueron los más difíciles y dolorosos de mi vida.

Pocos momentos después de la incursión en mi hogar, me esposaron las manos y me cubrieron los ojos con un trozo de tela. Pedí a los soldados que habían irrumpido en las

habitaciones que me permitieran despedirme de mis tres hijos, que dormían en sus camas, pero me negaron ese último adiós y me sacaron de la casa a pie durante varios metros. Al cabo de un rato, me encontré con un oficial militar cerca de la casa, quien se acercó para informarme sobre mi arresto y la prohibición de continuar con mi trabajo en los medios. Me quedé allí parado, y por unos breves instantes me quitaron la venda de los ojos. El oficial levantó ambas manos y dijo: "A partir de hoy, se acabó el periodismo".

Los soldados me llevaron hacia los vehículos militares para trasladarme a un puesto militar cercano, donde se reanudó el interrogatorio de manera rápida. La conversación giraba en torno a mi labor periodística, y me dijeron: "Tú filmas las marchas y eventos, y eso no es aceptable para nosotros. Estás difundiendo material que constituye incitación". Les respondí que ese era mi trabajo como periodista, y que lo ejercía al igual que otros corresponsales palestinos, extranjeros e incluso israelíes. Sin embargo, me interrumpió y me dijo: "Ahora vas camino a la cárcel, y ahí pensarás bien sobre el trabajo en el periodismo".

Los soldados me volvieron a llevar a un autobús lleno de militares, me arrojaron al suelo, quedando entre sus pies, y comenzaron a acosarme verbalmente mientras intentaban introducir un objeto pequeño y alargado en mi oído con la intención de causarme daño. Desde los primeros momentos, sentí que la ocupación ejercía una profanación total sobre mi cuerpo, en el sentido más literal de la palabra. No añado esta frase como un recurso retórico vacío, sino que quiero que el lector recuerde que la ocupación, al igual que profana la tierra, también "profaná" los cuerpos palestinos,

sin ningún límite ni restricción. La deshumanización, como se suele mencionar hoy en los medios de comunicación al hablar de Gaza, es una práctica habitual de la ocupación israelí, que no ve ningún valor en el cuerpo palestino. Por eso, la palabra "profanación" es central en la experiencia del encarcelamiento, especialmente desde el 7 de octubre. Esto es exactamente lo que me sucedió a mí y a miles de prisioneros que permanecen en las cárceles de la ocupación.

Menos de una hora después, el autobús llegó a uno de los campamentos. Me bajaron junto a otro prisionero, nos colocaron en el suelo bajo el sol, con los ojos vendados y las manos atadas con esposas de plástico. A partir de ese momento, comenzó una cadena de insultos y gritos de cada soldado o colono que entraba por la puerta del campamento. Esta situación se prolongó durante unas ocho horas, hasta que finalmente nos trasladaron en un vehículo pequeño al campamento de Etzion, al norte de Hebrón.

Cuando llegamos al campamento de Etzion, perteneciente al ejército israelí, habían pasado ya cerca de 12 horas desde mi arresto. Durante ese tiempo, no había comido ni bebido una sola gota de agua. Además, se nos negó el acceso al baño, y también se nos prohibió hablar o incluso movernos para mejorar nuestra postura al sentarnos. Fueron horas de sufrimiento extremo, pero eso no fue lo peor.

La ocupación utiliza este campamento para retener a los prisioneros durante períodos variables que van desde dos días hasta, en ocasiones, dos meses, con el fin de gestionar su ingreso a las cárceles bajo la administración del Servicio Penitenciario Israelí. Al llegar a la entrada del campamento,

nos volvieron a arrojar al suelo, aún con las manos atadas, en un espacio abierto donde comenzamos a escuchar los gritos de otros prisioneros que estaban siendo brutalmente golpeados. Sentí que estaba en la antesala de un infierno en la Tierra, y que me esperaba una serie de torturas en las que los demás prisioneros escucharían mis gritos, tal como yo oía los suyos al enfrentar la misma experiencia.

Después, me llevaron a una habitación para realizarme una inspección, y me ordenaron quitarme toda la ropa. Durante este proceso, un soldado registró mi información personal y confiscó mi teléfono, que ya había sido solicitado y revisado por los soldados cuando me arrestaron en mi casa.

Después de salir de la habitación, los soldados me quitaron las esposas y la venda de los ojos. Mientras me llevaban a la sección de detención, vi a un joven empapado en su propia sangre; su ropa interior, que originalmente era blanca, se había teñido de rojo por los golpes continuos que recibía de los soldados.

Pasé tres días en ese campamento, y durante ese tiempo no comí debido a la horrible calidad de la comida. Los soldados traían los restos y los arrojaban al suelo para más de 70 prisioneros. Nadie comía a menos que fuera absolutamente necesario para no desmayarse por completo. El aspecto, el color, el olor y la textura de la comida eran tan repugnantes que instintivamente se rechazaba. Lo único constante en esos días era la violencia: los golpes, los insultos y los gritos. Por las noches, los soldados irrumpían en la sección, gritando y lanzando maldiciones. En una ocasión, vi cómo sacaban a varios prisioneros para golpearlos brutalmente.

Una soldado incluso participó en la agresión, insultando a Dios mientras golpeaba las puertas de las celdas con palos, impidiéndonos dormir.

En la mañana en que nos informaron que era nuestro turno para ser trasladados a la prisión de Ofer, llegó la unidad de transporte entre prisiones y comenzaron a registrarnos (de nuevo, con la orden de quitarnos toda la ropa, acompañada de insultos humillantes y agresiones físicas). Fuimos trasladados en el vehículo conocido como "bosta", completamente cerrado, sin ventanas, con asientos de metal, que parecían tumbas temporales en las que los prisioneros eran colocados durante horas con las manos esposadas.

Al llegar a la entrada de la prisión de Ofer, las agresiones se reanudaron. Fui golpeado por los soldados de la unidad de transporte, quienes apretaron aún más las esposas, lo que me provocó una hinchazón en las manos que duró varios días. Una vez más, nos sometieron a una revisión desnudos, y la administración de la prisión confiscó mi ropa, entregándome el uniforme de la cárcel: unos pantalones y una camisa de color marrón. No se me permitió cambiarlos durante los seis meses de mi detención; dormía y me despertaba con la misma ropa, y solo pude lavarla unas pocas veces. Aunque este abuso parece menor en comparación con las diversas formas de tortura y violaciones que sufrimos en prisión, su impacto sobre el prisionero es indescriptible. La sensación de suciedad impedía cualquier tipo de descanso o sueño, generando un dolor tanto físico como psicológico. Era aterrador tener que acostumbrarse a esa situación.

Los israelíes saben que somos un pueblo orgulloso y entienden el valor que damos a nuestra dignidad, la esencia misma de la humanidad, independientemente del género. Con estas prácticas, tanto dentro como fuera de prisión, el ocupante busca quebrar la firmeza del palestino en su dignidad. Esto nos recordaba constantemente que el ocupante es ignorante, y que su impulso sanguinario por exterminar a los palestinos proviene de su comprensión de que es imposible que abandonemos nuestra dignidad o nuestra tierra.

A partir de mediados de octubre de 2023, la administración del Servicio Penitenciario decidió retirar todos los aparatos eléctricos de las celdas, así como la comida almacenada en las habitaciones y secciones de la prisión. También nos confiscaron las mantas y la ropa, dejándonos a cada prisionero solo con un pantalón, una camisa y una única prenda de ropa interior.

Al ingresar a la prisión de Ofer, me pesé en un aparato en la clínica del centro, pero no pude regresar a la clínica después debido a la prohibición de recibir atención médica para los prisioneros. Tras mi liberación a principios de mayo de 2024, tuve la oportunidad de pesarme nuevamente y descubrí que había perdido 32 kilogramos a causa de la privación de comida y sueño.

Cada día nos daban una ración de comida que no era suficiente para una persona. El menú consistía en 50 gramos de yogurt o labneh con pan, tres cucharadas de arroz, un huevo y una o dos verduras o legumbres en cantidades muy pequeñas. Esta escasa dieta, a lo largo de los meses de detención, provocó una rápida pérdida de peso, además de

desmayos y agotamiento que sufrí, al igual que los demás prisioneros, de manera diaria.

Una semana después de mi detención, fui llamado a interrogatorio en la comisaría para presentar una acusación formal. Al entrar en la sala de interrogatorio, no se me hizo ninguna pregunta. El interrogador no paraba de gritar, insultarme e intentar humillarme. Puso delante de mí varios documentos impresos que contenían decenas de preguntas, todas con la respuesta "No", y me pidió que los firmara. Discutimos cuando le dije que no iba a firmar, a lo que él respondió que, si no lo hacía yo, lo firmaría él en mi lugar. Las preguntas eran generales y estaban relacionadas con mi actividad periodística y algunas páginas en las plataformas de redes sociales.

Después de devolverme a la prisión, esa misma noche fui presentado ante el tribunal por primera vez, ocho días después de mi arresto. El juez emitió una orden para extender mi detención por un tiempo que no me comunicaron, ya que seguí la audiencia de forma remota a través de una videollamada. Sin embargo, mi abogado me dijo que esta audiencia era el prelude para emitir una orden de detención administrativa en mi contra.

El 19 de noviembre, alrededor de las seis de la mañana, me sacaron junto con más de 70 prisioneros de la misma sección en la que estábamos. Nos esposaron, nos ataron y nos vendaron los ojos. No sabíamos dónde estábamos ni hacia dónde nos dirigíamos. Fuimos entregados a la unidad de transporte, y así viví los días más difíciles de mi vida. Ese día fui golpeado brutalmente en varias ocasiones en todo el cuerpo y me arrojaron en la "bosta", en una celda cerrada

sin ventilación junto a otros cinco prisioneros. Casi perdimos el conocimiento debido a la falta de oxígeno. En una de las golpizas, me golpearon en la espalda con una barra de metal, lo que provocó un dolor que todavía sufro hoy, casi 10 meses después.

Ese día fui llamado a una sesión de interrogatorio. Las preguntas giraban en torno a mi trabajo como periodista, sobre cómo trabajo y con quién. Respondí con la información que tenía, la cual era de dominio público, ya que ejerzo mi profesión frente al mundo. Sin embargo, me sorprendió descubrir que no había un motivo claro para mi arresto, ni una acusación real. El motivo principal del encarcelamiento era la guerra, y su objetivo era evitar que estuviera en libertad por temor a que informara al mundo sobre lo que estaba sucediendo.

En ese momento, me pregunté cuál era la diferencia entre yo y los periodistas israelíes que trabajan en el campo y reportan para sus medios, o los periodistas extranjeros que acompañaban al ejército de ocupación en sus operaciones dentro de Gaza. ¿Por qué a ellos se les permite trabajar con total libertad y bajo la protección del ejército, mientras que a mí me prohíben hacerlo, me arrestan y me encarcelan? Una vez más, no recibí ninguna respuesta clara, y fue entonces cuando comprendí que mi detención era simplemente un acto de represalia, un intento de intimidar a los periodistas palestinos y evitar que comunicáramos nuestra versión de los hechos.

Ese mismo día, el tribunal de la ocupación emitió una orden para mi detención administrativa por seis meses, justificán-

dola con el argumento de que representaba "una amenaza para la seguridad de la región". Esta es la excusa habitual para la detención administrativa de los palestinos, quienes son arrestados sin causa alguna y juzgados por decisión del comandante militar. Este tipo de detención no requiere cargos formales, y el prisionero es encarcelado sin acusación alguna, mientras que quienes toman estas decisiones injustas no enfrentan ninguna consecuencia.

Diez días después, me presentaron ante un nuevo tribunal. Solicité hablar con el juez, un oficial militar israelí, y le expresé que quería entender la razón de mi detención, por qué me encontraba allí cuando debería estar libre, junto a mi familia y mis hijos, ejerciendo mi trabajo, tal como lo establecen todas las leyes internacionales. Le expliqué también que, durante la guerra, había proporcionado material periodístico a agencias extranjeras cuyos corresponsales trabajaban ahora con el ejército de ocupación en la franja de Gaza, bajo protección. Le pregunté si el simple hecho de ser palestino era motivo suficiente para justificar mi arresto y prohibirme trabajar, a pesar de que poseo una credencial de prensa internacional, la cual debería garantizarme, al igual que a mis colegas extranjeros, el derecho a moverme y trabajar, según lo estipulado en tratados y acuerdos internacionales.

Estas comparaciones no hacían más que aumentar nuestra frustración, ya que somos los legítimos dueños de esta tierra, y deberíamos poder vivir una vida libre, independientemente de nuestras profesiones o trayectorias. Una vida en la que la ocupación deje de oprimirnos, a nosotros y a nuestros hijos.

El tribunal decidió reducir mi sentencia de seis meses a tres meses. Sin embargo, antes de que concluyera ese periodo, la Corte Suprema, la autoridad judicial más alta del Estado ocupante, emitió una orden renovando mi detención, lo que me llevó a cumplir un total de seis meses en prisión.

Durante mi tiempo en prisión, sufrí represalias al ser trasladado repetidamente de una sección a otra. Me colocaron en una celda de aislamiento durante largas horas antes de moverme a otra. El motivo de este castigo fue que llevaba papeles con los números de teléfono de las familias de otros prisioneros que convivían conmigo, con la intención de entregárselos al abogado para que pudiera tranquilizar a sus familias sobre el estado de sus seres queridos. No teníamos forma de comunicarnos con nuestras familias ni de recibir noticias de ellas, salvo a través de la visita del abogado, a la cual solo tuve acceso tres veces en todo mi periodo de detención. Esto significaba que estuve privado de saber cualquier cosa sobre mi esposa, mis hijos, mis padres y hermanos, excepto durante esas tres visitas. Los días restantes fueron un tormento, llenos de incertidumbre y miedo por su bienestar. Es importante señalar que muchos prisioneros también quedaron sin poder recibir la visita de un abogado.

En la mañana del tercer viernes de Ramadán de 2024, nos despertamos con los sonidos de gritos y golpes en las puertas. Las fuerzas de represión habían irrumpido en la sección en la que me encontraba y comenzaron a atacar a los prisioneros. En ese momento, la habitación en la que estaba fue objetivo directo, y un grupo de represión irrumpió en el lugar, dirigiendo a un perro entrenado hacia mí. El perro me atacó violentamente, causando contu-

siones en mi caja torácica, cuyos dolores duraron varios días.

Después de que el perro terminó de agredirme, los guardias continuaron golpeándonos brutalmente. Para empeorar la situación, arrojaron nuestras mantas en el pequeño baño con el objetivo de hacernos la vida aún más insoportable, convirtiendo las celdas en espacios inhumanos. La habitación en la que vivía apenas tenía 35 metros cuadrados, incluyendo el baño, y a pesar de ello, allí convivíamos 12 prisioneros. Pasábamos juntos las 24 horas del día, comiendo, durmiendo y sobreviviendo en esas condiciones insalubres.

Tras cumplir mi sentencia y ser liberado a principios de mayo de 2024, finalmente pude volver a casa para abrazar y besar a mi familia por primera vez después de tan largo período de ausencia. En ese momento, se difundieron muchos videos de ese emotivo reencuentro, una experiencia desgarradora de regresar a los tuyos tras una ausencia injustificada, sin cargos ni necesidad de justificación, pero con un alto precio y sin rendición de cuentas.

Al salir de la prisión, dejé atrás a varios de mis colegas periodistas, algunos de los cuales fueron liberados más tarde, mientras que otros fueron arrestados. Hoy en día, la ocupación mantiene a decenas de periodistas en sus cárceles, acusados simplemente por ejercer su profesión. La mayoría de ellos están detenidos bajo la modalidad de detención administrativa, y algunos son procesados bajo la acusación de incitación.

Al escribir este testimonio, a petición de mis colegas de la

Revista de Periodismo del Al Jazeera Media Institute, donde documenté parte de los detalles de mi experiencia de detención en las cárceles de la ocupación debido a mi labor periodística, se reabrieron en mí viejas heridas y dolores por el impacto de esa época. Recordé otros detalles horribles que preferí no mencionar, debido a la dificultad de revivirlos y a la resistencia a verlos plasmados de manera tan detallada y clara. Sin embargo, muchas preguntas continuaron rondando mi mente sobre la realidad del periodismo palestino, cuyos profesionales, independientemente de su especialidad, sufren bajo un contexto de terror y coerción sistemática por parte de la ocupación israelí. Este terror ha afectado a nuestro pueblo durante décadas, pero se ha intensificado y alcanzado niveles inimaginables de brutalidad desde el 7 de octubre.

Durante los nueve años que llevo trabajando, he sobrevivido a decenas de situaciones en las que estuve a punto de ser herido o incluso asesinado. Mis colegas y yo fuimos blanco de disparos directos de las fuerzas de ocupación en múltiples ocasiones mientras cubríamos enfrentamientos o incursiones en aldeas y ciudades. También sufrimos las constantes agresiones y hostigamientos de los colonos, quienes nos perseguían para impedir que llegáramos a las comunidades palestinas aisladas, las cuales enfrentan el desalojo y la opresión. A pesar de las restricciones y el peligro, recorríamos largas distancias, muchas veces dando rodeos, para llegar a los lugares donde ocurrían los hechos. No puedo olvidar cómo caminamos por las montañas bajo el sol abrasador en el valle del Jordán para llegar a áreas remotas, donde encontrábamos a niños y ancianos buscando desesperadamente ayuda, a alguien que transmitiera su voz

y mostrara su sufrimiento al mundo. Ellos ansiaban recibir una señal de que, en algún lugar, todavía hay personas que escuchan y se preocupan por la justicia humana, que en Palestina ocupada está siendo absolutamente violada.

Quizás la experiencia fue dura y amarga, pero los miles de personas a las que llegamos, cuyas historias y sufrimientos compartimos a través de nuestros programas, reportajes y escritos, lograron que su mensaje llegara al mundo. Aún quedan miles, decenas de miles, que siguen esperando que alguien eleve sus voces y le recuerde a la ocupación que no ha ganado su guerra contra los palestinos. Porque su historia, una historia tejida con verdad y justicia, es la que finalmente prevalecerá, aunque tarde en llegar ese día.



**AL JAZEERA
MEDIA INSTITUTE**



AJMInstitute



+974 44897666

institute@aljazeera.net

<http://institute.aljazeera.net/>